



# FLATLAND

UN MUNDO PLANO  
UNA AVENTURA DE  
MUCHAS DIMENSIONES

EDWIN A. ABBOTT



Lectulandia

El Plano, un mundo bidimensional donde sólo existen el ancho y el largo, está a punto de iniciar un nuevo milenio. El último día del año 1999, un Cuadrado —hasta aquel momento indistinguible de las otras formas de ese universo de dos dimensiones— recibe el Evangelio de las Tres Dimensiones, que se revela a los planos habitantes de ese mundo sólo una vez cada mil años.

Lectulandia

Edwin A. Abbott

# Flatland: un mundo plano

Una aventura de muchas dimensiones

ePub r1.0

Titivillus 24.11.16

Título original: *Flatland, romance of many dimensions*

Edwin A. Abbott, 1884

Traducción: Micaela Ortelli

Ilustraciones y cubierta: Víctor Malumián

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A los habitantes de EL ESPACIO EN GENERAL  
Y H. C. EN PARTICULAR  
Dedica este trabajo  
Un humilde habitante de EL PLANO  
Con la esperanza de que  
Tal como él fuera iniciado en los Misterios  
De las TRES dimensiones  
Habiendo conocido antes  
Sólo DOS  
Así los ciudadanos de esa región celeste  
Aspiren a alcanzar  
Los secretos de las CUATRO, CINCO Y HASTA SEIS dimensiones  
Contribuyendo así  
Al engrandecimiento de LA IMAGINACIÓN  
Y al fomento  
Del grandioso y aun excepcional don de la MODESTIA  
Entre las razas superiores  
De la. HUMANIDAD SÓLIDA*

# PREFACIO DEL EDITOR A LA SEGUNDA EDICION REVISADA, 1884

Si mi pobre amigo de El Plano conservara la lucidez de los tiempos en que comenzó a escribir sus Memorias, yo no necesitaría escribir éstas en su lugar. Con este prefacio, el autor desea, en primer lugar, agradecer a sus lectores y críticos de El Espacio, cuyas buenas apreciaciones han llevado —con insospechada celeridad— a la necesidad de una segunda edición de este trabajo; en segundo lugar, disculparse por algunas equivocaciones y errores de imprenta (por los que, sin embargo, no es enteramente responsable); y por último, explicar uno o dos malos entendidos. Pero mi amigo ya no es el Cuadrado de antaño. Al decaimiento propio de la vejez se le han sumado años de encierro y la carga aún más pesada de la incredulidad y la burla general. De manera que muchas de las reflexiones y nociones —como también gran parte de la terminología— adquiridos durante su corta estadía en El Espacio, se han ido borrando de su mente. Por esa razón me ha solicitado responder en su nombre a dos particulares objeciones, una intelectual, la otra moral.

La primera objeción es que un habitante de El Plano, al ver una Línea, necesariamente ve algo que debe poseer tanto espesor como longitud (de otro modo sería invisible, si no contara con cierto espesor). En consecuencia, el autor debería reconocer que sus compatriotas no sólo son anchos y largos sino que también poseen (aunque parezca, en principio, dudoso) algún grado de espesor o altura. Esta objeción es plausible y, para los habitantes de El Espacio, prácticamente irrefutable; de manera que, debo confesar, cuando la escuché por primera vez, no supe qué responder. Pero la réplica de mi pobre amigo parece dejarla sin fundamentos.

“Acepto” —dijo cuando le mencioné la objeción—. “Acepto la exactitud de los hechos que menciona tu crítico, pero rechazo sus conclusiones. Es cierto que, efectivamente, en El Plano existe una Tercera Dimensión no reconocida llamada ‘altura’, de la misma manera que en El Espacio se ignora la existencia de una Cuarta Dimensión, cuyo nombre no se conoce hasta el momento pero que yo llamaré ‘altura extra’. Yo mismo —que he visitado El Espacio y he tenido el privilegio de habitar, durante veinticuatro horas, la ‘altura’— no puedo comprenderla ni percibirla con la vista o a través de cualquier proceso lógico; sólo puedo admitirla por fe. La razón es evidente. Dimensión implica dirección, medida, el más y el menos. Ahora, todas nuestras líneas son igual e infinitesimalmente espesas (o altas, si así lo prefieren); de manera que no existe nada en ellas que pueda conducir a nuestra mente a la concepción de esa Dimensión. Ningún ‘delicado micrómetro’ —como sugirió un crítico algo precipitado de El Espacio— nos permitiría medirla, pues no sabríamos qué medir ni en qué dirección hacerlo. Cuando vemos una Línea, vemos algo que es extenso y luminoso; el brillo, junto con la extensión, son necesarios para que exista

una Línea. Si el brillo se apaga, la Línea se extingue. Así, todos mis amigos de El Plano, cuando les menciono la Dimensión desconocida que es visible, de alguna manera, en una Línea, objetan: ‘Ah, te refieres al brillo’; a lo que respondo: ‘No, me refiero a una verdadera Dimensión’. De inmediato rebaten: ‘Entonces mídela, o dinos en qué dirección se extiende’. Ante esto debo yo callar, pues no puedo hacer ninguna de las dos cosas. Ayer mismo, el Círculo Principal (es decir, nuestro Adalid) vino a inspeccionar la Prisión Estatal y me concedió su séptima visita anual; y cuando por séptima vez en la vida me preguntó: ‘¿Te encuentras mejor?’, intenté convencerlo de que, aunque no lo supiera, él era ‘alto’, así como largo y ancho. ¿Y qué respondió? ‘Dices que soy alto, pues mide mi altura’ y te creeré’. ¿Qué podía yo hacer? ¿Cómo hacer frente a su desafío? Estaba indignado, mientras que él abandonó la celda con aires de triunfo”.

“¿Sigue sonando extraño? Entonces colócate en una situación similar. Imagina que te visita alguien de la Cuarta Dimensión y te dice: ‘siempre que abres los ojos ves un Plano (que posee Dos Dimensiones) e infieres un Sólido (que posee Tres); pero en verdad también ves (aunque no lo reconozcas) una Cuarta Dimensión: sin color, sin brillo, sin nada por el estilo, pero una verdadera Dimensión, aunque no puedo señalarte su dirección ni podrás tú medirla’. ¿Qué contestarías? ¿No lo encerrarías acaso? Pues bien, tal es mi destino; y resulta tan natural para ti, habitante de El Plano, encerrar a un Cuadrado por predicar la Tercera Dimensión como para ustedes, habitantes de El Espacio, encerrar a un Cubo por predicar la Cuarta. ¡Ay de nosotros! ¡Cómo se extiende el parecido entre familias ciegas y perseguidoras a lo largo de las Dimensiones! Puntos, Líneas, Cuadrados, Cubos, Extra-Cubos, todos culpables de los mismos errores, todos Esclavos de nuestros prejuicios Dimensionales; tal como un habitante de El Espacio lo refirió”:

---

‘Un toque de la Naturaleza hace que todos los mundos se asemejen’<sup>[1]</sup>.

---

En este punto la defensa del Cuadrado me resulta irrefutable. Desearía poder decir que su respuesta a la segunda objeción (moral) fue tan clara y convincente. Se le ha objetado que odia a las mujeres; y en tanto tal objeción ha sido proclamada con vehemencia por aquellos que, por decreto Natural, constituyen la gran mayoría de los habitantes de El Espacio, desearía, en la medida de lo posible, despejarla. Pero el Cuadrado conoce tan poco la terminología moral de El Espacio que cometería una injusticia transcribiendo literalmente su defensa. En tanto intérprete y compilador, entiendo que siete años en prisión han modificado sus propias ideas, tanto en lo que concierne a las Mujeres como a los Isósceles y las Clases Bajas. Personalmente, en la actualidad, se inclina por la opinión de la Esfera según la cual las Líneas Rectas son, en muchos aspectos, superiores a los Círculos. Pero, en tanto Historiador, entiendo que se ha identificado (tal vez demasiado) con las opiniones comúnmente aceptadas

por los historiadores de El Plano y (así le informaron) también de El Espacio, en cuyos libros (hasta tiempos recientes) poco se ha mencionado y tenido en consideración el destino de las Mujeres y las grandes masas de la humanidad.

De forma menos clara aún, pretende rechazar también el apego a ideas propias de los Círculos y la Aristocracia que algunos críticos le han adjudicado. Aun reconociendo la superioridad intelectual de algunos Círculos, que por generaciones ha servido para mantener su autoridad sobre las multitudes que habitan El Plano, entiende que los hechos ocurridos en El Plano —que hablan por sí mismos, sin necesidad de comentarios de su parte— señalan que el asesinato no siempre alcanza para sofocar las Revoluciones; y que la Naturaleza, al sentenciar a los Círculos a la infecundidad, los ha condenado al infortunio final. “Y aquí” —dice el autor— “veo cumplirse la gran Ley de todos los mundos: mientras la sabiduría del Hombre supone que algo funciona de una manera, la sabiduría de la Naturaleza hace que funcione de otra, de una diferente y más efectiva”. En cuanto al resto, solicita a sus lectores no suponer que cada minúsculo detalle de la vida cotidiana de un habitante de El Plano debe corresponderse necesariamente con algún otro detalle de la vida en El Espacio. Así, espera que su trabajo, tomado como una totalidad, sea provocador a la vez que entretenido, para aquellos habitantes de El Espacio de mente más modesta y sencilla que —al referirse a lo verdaderamente importante pero que no puede probarse en la experiencia— se nieguen a afirmar: “Esto nunca podría ser”; o “Esto debe ser necesariamente así, y lo sabemos todo sobre ello”.



# Parte I

## Este Mundo

*Be patient, for the world is broad and wide*

# 1 | El Plano

Llamo a nuestro mundo El Plano, no porque ese sea su nombre, sino para que su naturaleza resulte más clara para ti, mi feliz lector, privilegiado habitante de El Espacio.

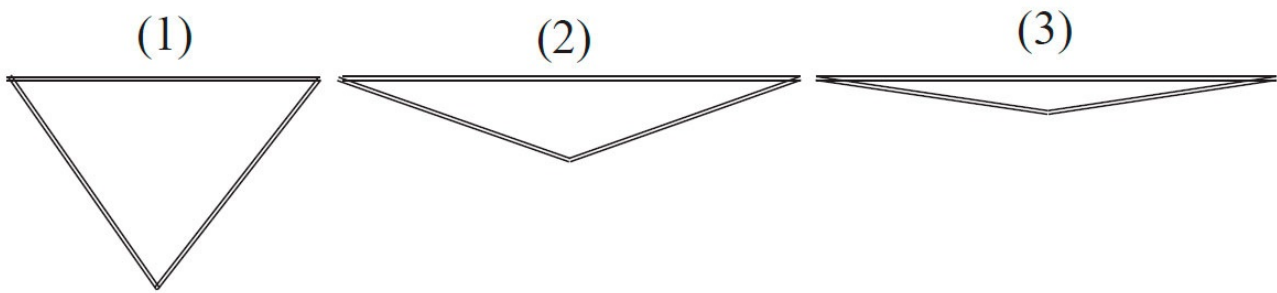
Imagina una gran hoja de papel en la que Líneas, Triángulos, Cuadrados, Pentágonos, Hexágonos y demás figuras, en lugar de permanecer inmóviles, se desplazaran libremente, aunque sin la facultad de erigirse sobre la superficie ni de hundirse en ella. Algo así como sombras, sólo que compactas y de bordes luminosos. De imaginar algo así tendrías una idea más o menos cercana de mi país y sus habitantes. ¡Pensar que años atrás habría dicho “mi universo”! Pero mi mente se ha abierto a una forma superior de ver el mundo.

En una ciudad de estas características, resulta de inmediato evidente que no podría existir algo “sólido”; pero me atrevo a decir que suponías que al menos podemos ver a los Triángulos, los Cuadrados y demás figuras moviéndose tal como las he descrito. Pues no. No podemos distinguir una figura de la otra. Nada resulta visible, ni puede llegar a ser visible para nosotros más que Líneas Rectas. Rápidamente demostraré la necesidad de ello.

Coloca una moneda en el centro de una de tus mesas de El Espacio y obsérvala desde arriba. Se verá como un círculo.

Ahora inclínate hasta que los ojos estén a la altura de la mesa (te irás acercando así a la condición de los habitantes de El Plano) y verás cómo la moneda se vuelve más y más ovalada a la vista. Cuando hayas ubicado los ojos a la altura del borde de la mesa (como si fueras, efectivamente, un habitante de El Plano) la moneda habrá dejado de parecer ovalada y se habrá convertido, hasta lo que puedes ver, en una línea recta.

Lo mismo sucedería con un Triángulo o un Cuadrado, o cualquier otra figura. Vista desde el borde de la mesa, la figura pierde su forma y se convierte, en apariencia, en una línea. Toma por ejemplo un Triángulo Equilátero, que entre nosotros representa un Hombre de Negocios de clase respetable. La figura 1 representa al Hombre de Negocios visto desde arriba; las figuras 2 y 3 representan al Hombre visto desde cerca del borde de la mesa y sobre el borde de la mesa (así lo vemos en El Plano), desde donde no parece ser más que una línea recta.



Cuando estuve en El Espacio supe que allí los navegantes experimentan algo similar cuando atraviesan los mares y vislumbran una isla lejana o una costa en el horizonte. La distante tierra posee bahías, cabos, ángulos hacia adentro y hacia fuera, en cualquier número y extensión. Pero a la distancia no se ve nada de eso (a menos que tu sol brille sobre ellos revelando las proyecciones en luces y sombras), sino tan sólo una entera línea gris sobre el agua.

Eso mismo vemos en El Plano cuando se nos acerca algún conocido de forma triangular o de cualquier otra. En tanto aquí no existe el sol ni ninguna otra forma de luz que produzca sombras, la vista no nos es de ayuda como a ustedes en El Espacio. Si nuestro amigo se nos acerca vemos la línea ensancharse; si se aleja la vemos encogerse. Pero siempre se verá como una línea, sea él un Triángulo, un Cuadrado, un Pentágono, un Hexágono o un Círculo. Vemos una Línea recta y nada más que eso. Te preguntarás cómo, bajo circunstancias tan desfavorables, podemos distinguirmos los unos de los otros; pero la respuesta a tan lógica pregunta será más fácilmente resuelta al describir a los habitantes de El Plano. Por el momento permíteme postergar este tema y decir una o dos palabras acerca del clima y las casas de nuestro país.

## 2 | El Clima y las Casas de El Plano

Al igual que en El Espacio, nuestra brújula indica cuatro direcciones: Norte, Sur, Este y Oeste. Pero al no contar con el sol ni con ningún otro cuerpo celeste, es imposible para nosotros determinar el Norte de la forma corriente; pero tenemos nuestro propio método. Debido a una Ley Natural, existe entre nosotros una atracción constante hacia el Sur; y aunque en climas templados ésta es muy leve —tanto es así que hasta una Mujer en condiciones de salud razonables puede viajar varios kilómetros hacia el norte sin demasiada dificultad— las dificultades que acarrea alcanzan para servirnos de brújula en la mayor parte de nuestra tierra. Por otra parte, la lluvia, que cae a intervalos establecidos desde el Norte, también nos es de ayuda. En las ciudades nos guiamos por las casas, cuyas paredes van, desde luego, de Norte a Sur, de manera que los techos cubran la lluvia que viene del Norte. En el campo, donde no hay casas, los troncos de los árboles son una especie de guía. En general, no tenemos demasiadas dificultades para orientarnos como podría esperarse.

Aunque en regiones más templadas, donde la atracción hacia el sur es más fuerte, he caminado en planos completamente desolados, sin casas ni árboles que me guiaran, y he debido sentarme a esperar durante horas a que viniera el tren para continuar el trayecto. Los ancianos y débiles, y especialmente las Mujeres delicadas, sufren la fuerza de la atracción mucho más que los Hombres sanos y fuertes; de manera que, de cruzarnos con una señorita en la calle, siempre es señal de buena educación dejarla pasar por el Norte, asunto nada fácil de hacer si nos toma por sorpresa, no se goza de buena salud y el clima hace difícil distinguir el Norte del Sur.

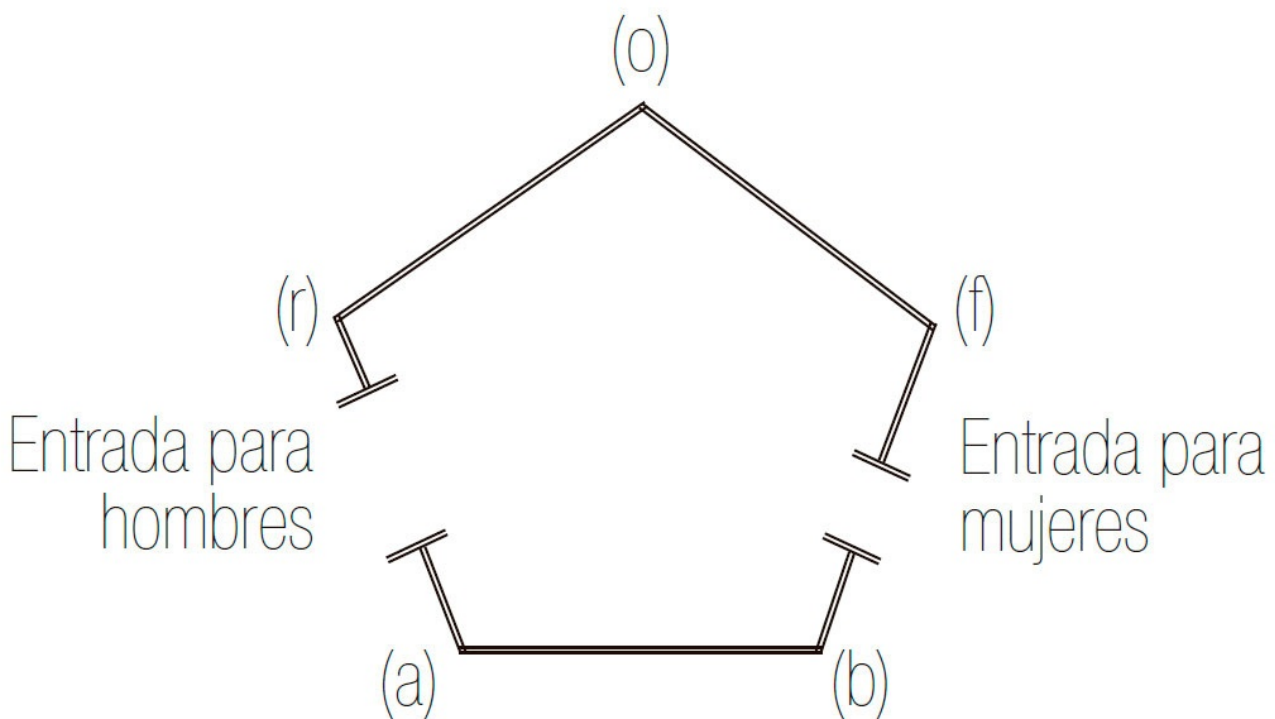
Nuestras casas no poseen ventanas, pues nuestra luz es la misma adentro que afuera, de día o de noche; igual a toda hora y en todo lugar, cualquiera sea. En los viejos tiempos, un interesante y harto investigado objeto de estudio de nuestros hombres de conocimiento, era la pregunta por el origen de la luz. Muchas veces se intentó dar respuesta a esa pregunta, sin otros resultados que el encierro de aquellos que podían llegar a resolverla en institutos de salud mental. Así, después de vanos intentos por impedir que se llevaran a cabo tales investigaciones —de manera indirecta cobrando un alto impuesto a los pensadores— la Asamblea Legislativa, ya en tiempos más recientes, las prohibió terminantemente.

Y soy yo el único en El Plano que conoce la solución a tan misterioso problema; pero mis ideas no son inteligibles para mis compatriotas; ¡pensar que soy objeto de burla —yo, el único poseedor de las verdades de El Espacio y de la teoría de la introducción de la Luz del mundo de las Tres Dimensiones— como si fuera el más grande de los dementes! Pero no demos rienda suelta a estas dolorosas digresiones.

Volvamos a nuestras casas.

La forma más común de construir una casa en El Plano es en forma pentagonal, como se muestra en la figura. Los dos lados que dan hacia el Norte (RO, OF), forman el techo y no tienen puerta; en el Este hay una pequeña puerta para las Mujeres; en el Oeste hay una mucho más grande para los Hombres; en el Sur generalmente no se colocan puertas.

No se permite construir casas de forma triangular o cuadrada por la razón que ahora expondré. Los ángulos de un Cuadrado (más aún, los de un Triángulo equilátero) son más puntiagudos que los de un Pentágono, y las líneas de los objetos inanimados (como las casas) son más opacas que los Hombres o las Mujeres; por lo tanto, se corre el riesgo de que algún distraído peregrino choque de repente contra una casa y se lastime con alguna de las puntas. En el siglo XI de nuestra era, las casas triangulares fueron universalmente prohibidas por Ley, con la excepción de los polvorines o las barricadas, y otros edificios estatales a los que no es aconsejable que el público en general se acercase sin cautela.



Entonces todavía se permitía construir casas cuadradas, aunque el pago de un impuesto especial lo desalentaba. Alrededor de trescientos años más tarde, se decidió por ley que, en concordancia con la seguridad pública, en todas las ciudades de más de diez mil habitantes, el ángulo más pequeño permitido para construir una casa sería el del Pentágono. El buen sentido de los ciudadanos respaldó los esfuerzos de la Asamblea y ahora, aun en el campo, la construcción pentagonal prevalece a cualquier otra. Rara vez en la actualidad algún interesado en antigüedades puede llegar a descubrir una casa cuadrada en algún distrito rural remoto.

### 3 | Los habitantes de El Plano

El largo o ancho máximo de un habitante adulto de El Plano es de alrededor de veintisiete centímetros. Treinta centímetros podría considerarse el máximo que puede alcanzar un adulto. Nuestras mujeres son Líneas Rectas.

Los Soldados y las Clases Bajas de Trabajadores son Triángulos de dos lados iguales —cada uno de los cuales mide alrededor de veintisiete centímetros— y una base o tercer lado tan corto (en ocasiones no excede el centímetro) que en su vértice forman un ángulo extremadamente agudo y filoso. De hecho, cuando sus bases son del peor tipo (apenas alcanzan los cinco milímetros), casi no se distinguen de las Líneas Rectas o las Mujeres. Para nosotros, tal como para ustedes, estos triángulos se distinguen de los otros con el nombre de Isósceles; y así me referiré a ellos en lo que sigue.

Nuestra Clase Media está conformada por los Triángulos Equiláteros. Nuestros Profesionales y Caballeros son Cuadrados (a cuya clase pertenezco) y figuras de cinco lados o Pentágonos.

Les sigue en jerarquía la Nobleza, dentro de la cual hay varios rangos, comenzando por las figuras de seis lados o Hexágonos y así aumentando la cantidad de lados hasta alcanzar el honorable título de Polígono. Finalmente, cuando la cantidad de lados es demasiado grande, los lados se vuelven tan pequeños que la figura resulta indistinguible de un círculo; así se pasa a integrar el orden Circular o Sacerdotal, y ésta es la clase más alta de todas.

Es Ley Natural para nosotros que los varones nazcan con un lado más que su padre; y que cada generación, por regla, suba un peldaño en la escala de desarrollo. Así, el hijo de un Cuadrado es un Pentágono, el hijo de un Pentágono es un Hexágono y así sucesivamente. Pero esta regla no se aplica a los Comerciantes y mucho menos a los Soldados y los Trabajadores, de quienes apenas se puede decir que merezcan el nombre de Figuras Humanas, puesto que no poseen todos sus lados iguales. La Ley Natural no aplica en esta clase, de manera que el hijo de un Isósceles seguirá siendo un Isósceles.

Sin embargo, no toda esperanza está perdida; existe la posibilidad de que la descendencia de un Isósceles, eventualmente, se sobreponga a su condición degradante. En general, los Soldados o Artesanos más inteligentes, que llevaron adelante una carrera militar exitosa o resultaron trabajadores esmerados y habilidosos, suelen presentar un leve crecimiento de la base y un achicamiento de sus lados. Los matrimonios (concertados por los Sacerdotes) entre los hijos e hijas de estos miembros más elevados de la clase baja, resultan en el nacimiento de vástagos

que se aproximan un poco más a la clase de Triángulos Equiláteros.

En raras ocasiones —en proporción con el vasto número de nacimientos de Isósceles— nace de manera natural y certificable<sup>[2]</sup> un Triángulo Equilátero de padres Isósceles. Tales nacimientos requieren, no sólo de un cuidadoso arreglo del matrimonio, sino de un largo y continuo ejercicio de frugalidad y autocontrol por parte de los antecesores del posible Equilátero; así como también de un desarrollo paciente y sistemático del intelecto de los Isósceles a lo largo de las generaciones.

El nacimiento de un verdadero Equilátero de padres Isósceles es motivo de regocijo en nuestra ciudad, alegría que se extiende en varios kilómetros a la redonda. Luego de un examen estricto realizado por el Consejo Social y de Sanidad, si efectivamente se certifica que el recién nacido posee todos sus lados iguales, se lleva a cabo una ceremonia solemne en la que se lo admite como miembro oficial de la clase de Equiláteros. Puesto que se teme que el pequeño, por imitación inconsciente, vuelva a sucumbir en su nivel hereditario, inmediatamente se lo retira de su hogar de nacimiento y de sus orgullosos —aunque doloridos— padres y se lo da en adopción a un Equilátero sin hijos, quien está obligado bajo juramento a no permitir que vuelva a entrar a su antigua casa ni ver a sus parientes biológicos.

El ocasional nacimiento de un Equilátero de padres siervos, es recibido con alegría no sólo por los mismos padres del niño —como un destello de esperanza sobre su miserable condición de vida— sino por la Aristocracia en su totalidad, pues todas las clases altas saben que este raro fenómeno, al mismo tiempo que en nada afecta sus propios privilegios, sirve como barrera contra una revolución de las clases bajas.

Si la plebe de ángulo agudo se hubiera visto privada de toda esperanza y ambición, sin duda habría encontrado líderes en alguno de sus tantos estallidos y, por mayor número y fuerza, habría logrado vencer a los Círculos, superiores tan sólo en su intelecto. Pero una sabia ordenanza de la Naturaleza ha decretado que, a medida que la clase trabajadora crece en intelecto, conocimiento y virtud, así también crecerá su agudo ángulo (que los vuelve físicamente deformes) hasta aproximarse al ángulo inofensivo los Equiláteros. Así, se evidencia en los soldados más fuertes y monumentales —criaturas casi al nivel de las Mujeres por su poca inteligencia— que mientras aumenta su habilidad mental para poder utilizar su ángulo en ventaja propia, así disminuye su propio poder de atravesar, pues el ángulo va creciendo.

¡Qué admirable es la Ley de Compensación! ¡Y qué perfecta prueba de adaptación natural y, diría yo, del origen divino de la constitución de los Estados en El Plano! Mediante una sensata utilización de esta Ley Natural, los Polígonos y los Círculos podrán siempre eliminar todo germen de sedición, y aprovecharse de las ilimitadas e irreprimibles esperanzas de la mente humana. La Ciencia también está al servicio de la Ley y el Orden. Los médicos del Estado —a través de una pequeña compresión o expansión artificial— pueden volver a los miembros más inteligentes de una rebelión perfectamente regulares, de manera que sean admitidos en la clase

privilegiada. A otro gran número de deformes rebeldes se los induce, a través del encanto de la posibilidad de ser eventualmente ennoblecidos, a internarse en Hospitales del Estado, donde se los encierra de por vida. A uno o dos de los más obstinados, tontos o irremediablemente irregulares, se los termina ejecutando. Así, los desgraciados Isósceles, sin planes y sin líderes, no ofrecen resistencia al ataque de otro cuerpo de Isósceles que el Círculo Principal tiene preparado para estas emergencias. O, más frecuente aún, a través de celos y suspicacias fomentados hábilmente en el grupo por los Círculos, se los conduce a una guerra interna en la que mueren atravesados por los ángulos de sus propios hermanos. No menos de ciento veinte rebeliones se han registrado en los archivos, además de levantamientos menores que suman doscientos treinta y cinco, y todos han terminado de esa manera.



## 4 | Las Mujeres

Si la forma de nuestra clase de Triángulos puntiagudos resulta monstruosa, es de inferir que más lo es la de nuestras Mujeres. Sucede que, si un Soldado es filoso, una Mujer es, directamente, punzante, puesto que, por así decirlo, no es más que punta, al menos en sus dos extremidades. Sumado a esto, las Mujeres, si así lo desean, pueden hacerse prácticamente invisibles; de manera que nunca es aconsejable andar fastidiando a una de Ellas en El Plano.

Aquí tal vez el lector más joven se pregunte cómo puede una Mujer en El Plano volverse invisible. Aunque esto debería resultar evidente sin necesidad de explicación, unas pocas palabras al respecto bastarán para que hasta el más distraído lector lo comprenda.

Coloca una aguja sobre una mesa. Mírala con los ojos a la altura del borde de la mesa; mírala de lado a lado y verás su largo completo. Ahora mírala de frente y no verás nada más que un punto, verás que se ha vuelto prácticamente invisible. Eso mismo sucede con nuestras Mujeres. Si están de costado las vemos como líneas rectas; si están de frente vemos el extremo que se cruza con nuestro ojo, aquel que posee su ojo o boca —pues, para nosotros, estos órganos son idénticos— y no vemos más que un punto luminoso. Pero si están de espaldas vemos un punto casi tan opaco como un objeto inanimado, su extremidad aparece como un tapón invisible.

Los peligros a los que nos exponen nuestras Mujeres deben resultar evidentes ahora. Si incluso el ángulo de un Triángulo respetable de clase media puede herir; si chocarse con un Trabajador implica un corte y con un oficial una herida profunda; si apenas un roce con un Soldado conlleva peligro de muerte; ¿qué puede acarrear el choque contra una Mujer sino la inmediata destrucción? Y si está de espaldas, y tan sólo vemos un punto opaco, imagina lo difícil que resulta, aun para el más precavido, evitar la colisión.

Muchas promulgaciones referidas a este peligro han sido aprobadas en distintos Estados de El Plano a lo largo de la historia. En las zonas menos templadas del Sur, donde la fuerza de gravedad es más grande, y los seres más propensos a movimientos involuntarios y repentinos, las leyes que atañen a las Mujeres son más rigurosas. El siguiente sumario provee una visión general del Código:

1. Todas las casas deben contar con una entrada al Este para uso exclusivo de las Mujeres; éstas, por su parte, deberán entrar “de manera apropiada y respetuosa”<sup>[3]</sup> y nunca utilizar la puerta de los Hombres o del Oeste.

2. Ninguna Mujer podrá caminar en zona pública sin emitir el Grito de Paz, bajo pena de muerte.
3. Toda Mujer que sufra del síndrome de la Danza de San Vitus, resfrío crónico acompañado de estornudos violentos, o cualquier otra enfermedad que conlleve movimientos involuntarios será inmediatamente destruida.

En otros Estados existe una ley adicional que prohíbe a las Mujeres, bajo pena de muerte, caminar o permanecer en lugares públicos sin mover su extremo trasero de derecha a izquierda para indicar su presencia a los que están detrás. En otros es obligatorio que alguno de los hijos, sirvientes o el esposo camine detrás de ella. En otros, directamente, las Mujeres deben permanecer en la casa excepto los días de festividades religiosas. Pero nuestros más sabios Círculos y Estadistas han demostrado que el aumento de restricciones a las Mujeres no tiende al debilitamiento y disminución de la raza sino, muy por el contrario, al aumento de crímenes domésticos; por lo que concluyeron que es más lo que se pierde que lo que se gana con un código demasiado estricto.

Siempre que el encierro y los impedimentos legales exasperen su carácter, las Mujeres tienden a descargar su ira sobre sus esposos e hijos; y en ocasiones, en zonas de clima menos templado, la población entera de una aldea ha sido destruida en una o dos horas de ataque simultáneo de ira femenina. De manera que las Tres Leyes mencionadas arriba alcanzan para manejar la cuestión de forma eficiente y sirven de esbozo de nuestro Código Femenino.

Después de todo, no es la Ley nuestra garantía de protección sino los intereses de las propias Mujeres. Puesto que, pese a que pueden causar una muerte con un solo movimiento hacia atrás, y aunque pueden retirar su extremidad del cuerpo de la víctima, corren el riesgo de que su propio cuerpo se haga trizas en el proceso.

La Costumbre también está de nuestro lado. Ya he dicho que en Estados menos civilizados, las Mujeres no pueden dejar de mover su retaguardia de derecha a izquierda. Sin embargo, en todo estado bien regulado, ésta ha sido una práctica habitual entre las mujeres con intención de procrear desde tiempos remotos. Resulta vergonzoso que los Estados deban regular lo que en realidad debería ser, en toda Mujer respetable, un instinto natural. El movimiento rítmico y, diría yo, bien modulado, del extremo trasero que producen las Mujeres pertenecientes a la clase circular es objeto de envidia e imitación por parte de las esposas de los Equiláteros comunes, quienes no pueden producir más que un monótono meneo, como el tictac de un reloj. Las esposas de los Isósceles, por su parte, intentan copiar este tictac, pues la imposibilidad de mover la retaguardia se ha vuelto una cuestión de vida o muerte. De ahí que, en toda familia bien posicionada, el “movimiento trasero” es tan constante como el tiempo; y los esposos e hijos de estas Mujeres se hallan inmunes,

al menos de ataques invisibles.

Pero de ninguna manera debe suponerse que nuestras Mujeres carezcan de sentimientos. Aunque, lamentablemente, los impulsos momentáneos siempre prevalecen en el sexo débil sobre otro tipo de consideración; y esto, desde luego, se debe a su infortunada conformación. Puesto que no existe posibilidad de algún tipo de angulación en ellas y son, en este aspecto, inferiores al más irregular de los Isósceles, carecen por completo de cualquier forma de inteligencia. Tampoco poseen reflejos, juicio o reflexión previa, y tan solo cuentan con algo de memoria. Así, en sus ataques de ira, no recuerdan explicaciones ni reconocen distinciones. Yo mismo he conocido el caso de una Mujer que exterminó a toda su familia y, pasada media hora del ataque y habiendo borrado todo rastro de él, preguntó qué había sucedido con su esposo e hijos.

Desde luego, no es conveniente irritar a una Mujer que tenga posibilidad de darse vuelta. Dentro de la casa puedes hacer y decir lo que gustes pues allí no pueden causar daño alguno —la forma en que están construidas las casas impide que puedan volverse—; y pasados los minutos, no recordarán el incidente por el que han estado amenazándote de muerte ni las promesas que hayas hecho para apaciguar su ira.

A grandes rasgos, mantenemos buenas relaciones domésticas; la excepción la conforman los estadios más bajos de la clase Militar. Allí, la ausencia de toda delicadeza por parte de los hombres ha llevado a desastres asombrosos. Al fiarse demasiado en el filo de sus ángulos más que en los mecanismos de defensa del buen sentido y las estimulaciones del clima, estas imprudentes criaturas muy a menudo desatienden las normas de construcción de las habitaciones de las Mujeres, o irritan a sus esposas con expresiones desatinadas fuera de la casa, negándose luego a retractarse. Por otra parte, un fuerte apego a la verdad literal les impide hacer las promesas con las que un Círculo más sensato logra apaciguar a su conyugue rápidamente. Los resultados son sangrientos. Pero no sin sus ventajas, puesto que los Isósceles más brutales y problemáticos resultan eliminados. Muchos de nuestros Círculos consideran que la destructividad de la Mujer es una de las tantas determinaciones de la providencia para eliminar población prescindible y cortar la Revolución de raíz.

Pero nuestro ideal de vida en familia no es tan alto como el de ustedes en El Espacio, ni siquiera en las familias Circulares mejor reguladas. La convivencia es pacífica, si es que puede darse ese calificativo a la ausencia de asesinatos, pero, necesariamente, existe poca armonía entre los sexos; y la prudencia de los Círculos ha asegurado la seguridad a costa de la comodidad hogareña. En casas de familias Circulares o Poligonales, ha sido una costumbre desde tiempos inmemoriales —y ahora se ha vuelto casi un instinto entre las mujeres de clase alta— que las mujeres y las hijas mantengan constantemente su ojo y boca de frente al esposo y sus amigos hombres; y en familias distinguidas, que la Mujer le dé la espalda al esposo es considerado un augurio de pérdida de estatus. Pero pronto mostraré que la seguridad

se garantiza no sin sus desventajas.

En la casa de un Trabajador o un Comerciante respetable —donde la esposa puede dar la espalda al hombre mientras esté ocupada en las tareas domésticas— al menos existen momentos de silencio y quietud, cuando a la Mujer no se la ve ni se la escucha, excepto por el zumbido que produce su Grito de Paz. Pero en las casas de familias distinguidas no existen tales momentos. Allí la gran boca o el penetrante ojo de la Mujer se dirigen siempre al Hombre de la casa; y el brillo que irradia el órgano es tan constante como el flujo de su discurso. El tacto y la habilidad que permiten advertir el aguijón de las Mujeres no alcanzan para detener su hablar ininterrumpido; y en tanto ellas nunca tienen nada que decir, ni poseen algún tipo de inteligencia o conciencia que les impida hablar, algunos cínicos han admitido preferir correr peligro de muerte en silencio que lidiar con el vociferante extremo delantero de sus Esposas.

A mi lector de El Espacio le parecerá deplorable la condición de nuestras Mujeres, y lo es. Un Hombre perteneciente a la clase más baja de Isósceles puede aspirar a un mejoramiento de su ángulo y a una eventual elevación de su casta; pero una Mujer no puede pretender nada de eso. “Si se nace Mujer, se es siempre Mujer” es un Decreto Natural; y las mismas Leyes Evolutivas parecen haber sido hechas en su contra. Al menos podemos admirar el sabio Decreto que establece que, en tanto no existe esperanza para ellas, tampoco estarán dotadas de memoria para recordar, ni de posibilidad de reflexión previa para anticipar las miserias y las humillaciones a las que fueron, son y serán sometidas, pues éstas son condición necesaria de su existencia y conforman la base constitucional de El Plano.

## 5 | Los Métodos de Reconocimiento

Tú, que has sido bendecido con luces y sombras y dotados de ojos y conocimiento de la perspectiva. Tú, que has sido encantado con el disfrute de diferentes colores. Tú puedes, efectivamente, ver un ángulo y contemplar la total circunferencia de un Círculo en la feliz región de las Tres Dimensiones. ¿Cómo transmitirte, pues, la dificultad que enfrentamos en El Plano para reconocer la forma de los otros?

Recuerda lo que he dicho antes: todos los habitantes de El Plano, animados o inanimados, cualquiera sea su forma, a nuestra vista se presentan de la misma manera, esto es, como una Línea Recta. ¿Cómo nos reconocemos, entonces, si todos lucimos prácticamente igual?

Existen tres formas de reconocimiento en mi país. La primera es el oído, órgano mucho más desarrollado en los habitantes de El Plano que en los de El Espacio. El oído nos permite distinguir no sólo las voces de nuestros amigos sino también diferenciar las clases, al menos los tres últimos estamentos: Equiláteros, Cuadrados y Pentágonos, pues no interesan aquí los Isósceles. Pero a medida que se asciende en la escala social, el proceso de discriminación a través del oído se dificulta, en parte debido a que las voces se asimilan, pero principalmente porque la facultad de oír con precisión es una virtud plebeya, no tan desarrollada entre los miembros de la Aristocracia. Por lo tanto, siempre que exista una mínima sospecha sobre la identidad de la criatura no podemos fiarnos de este método. Entre los órdenes más bajos, las cuerdas vocales llegan a desarrollarse al nivel del oído, de manera que un Isósceles fácilmente puede fingir la voz de un Polígono y, con algo de entrenamiento, hasta la de un Círculo. Se recurre, entonces, a un segundo método.

El Tacto es, entre las Mujeres y los estratos más bajos —sobre las clases altas hablaré en un momento— el principal medio de reconocimiento, aun entre extraños. De tal manera, lo que entre las clases altas de El Espacio sería “presentarse”, aquí correspondería a “tocarse”. “Ten a bien tocar y dejarte tocar por mi amigo Fulano de tal”, es todavía una fórmula utilizada entre caballeros de zonas rurales, alejadas de las ciudades. Pero en los pueblos y entre los hombres de negocios, las palabras “y dejarte tocar” se omiten y la oración se sintetiza en: “Ten a bien tocar al Sr. Fulano de tal”; aunque se sobreentiende que ambos se tocarán. Entre nuestros caballeros más jóvenes y elegantes —extremadamente reacios a esfuerzos innecesarios y sumamente indiferentes a la pureza del idioma nativo— la fórmula es aún más sintética pues utilizan la palabra “tocar” en sentido técnico, esto es: “recomendar a los propósitos de tocar y ser tocado”. Actualmente, en el lenguaje cotidiano de las clases altas educadas, se admite un barbarismo semejante al de: “Sr. Smith, toque al Sr. Jones”.

Sin embargo, mi Lector, imagino que no supones que “tocar”, para nosotros, implica un proceso tan trabajoso como el que implicaría para ti, o que necesitamos tocar todos los lados de los individuos antes de determinar a qué clase pertenecen. Mucha práctica y entrenamiento, que comienzan en la escuela y continúan en la vida diaria, nos permiten discriminar en el acto los lados regulares de un Equilátero, un Cuadrado y un Pentágono; y no necesito aclarar que el descerebrado vértice de un Isósceles resulta fácil de distinguir aun por el tacto del más torpe. De manera que, por regla, no es necesario tocar más que un solo ángulo del individuo al que nos estamos dirigiendo; una vez precisado éste es fácil determinar su clase, a menos que pertenezca a los estratos más altos de la nobleza. Allí la dificultad es mucho mayor. Incluso un Maestro en Humanidades, recibido en nuestra Universidad de Wentbridge, fue conocido por haber confundido un Polígono de diez lados con uno de doce; y casi no debe existir Doctor en Ciencias, dentro o fuera de la Universidad, que pueda distinguir, sin demora ni vacilación, entre un miembro de la Aristocracia de veinte lados y uno de veinticuatro.

El Lector que recuerde el extracto del código referido a las Mujeres que sintetice más arriba caerá de inmediato en la cuenta de que el proceso de reconocimiento a través del Tacto no puede llevarse a cabo sin discreción y cuidado, de lo contrario los ángulos pueden ocasionar graves heridas. Es imprescindible para el que toca que quien es tocado no se mueva. Un sobresalto, un cambio brusco de posición, hasta un estornudo repentino, han resultado fatales para los desprevenidos, y han cortado de raíz la futura posible simpatía entre los individuos que se presentaban. Esto es especialmente cierto entre los Triángulos de las clases más bajas. Puesto que su ojo está ubicado demasiado lejos del vértice, apenas tienen conocimiento de lo que está sucediendo en lo alto de su estructura. Se trata, asimismo, de seres de naturaleza rústica y ordinaria, en nada sensibles al delicado roce de los altos Polígonos. ¡Qué desgracia que un movimiento involuntario de cabeza acabe con una vida valiosa para el Estado!

Mi excelente Abuelo —uno de los últimos irregulares de su desdichada clase de Isósceles, que poco antes de morir obtuvo cuatro de los siete votos necesarios del Concejo Social y de Sanidad para ser admitido en la clase de Equiláteros— solía lamentarse, con una lágrima en su venerable ojo, de este tipo de accidentes, pues eso mismo le sucedió al padre de mi tatarabuelo, un Trabajador respetable con un ángulo o cerebro de  $59^{\circ} 30'$ . Según el relato, mi desafortunado ancestro, sufría de reuma, y mientras estaba siendo atendido por un Polígono, tuvo un sobresalto y atravesó accidentalmente al Gran Hombre en la diagonal. En adelante, en parte por el largo tiempo de encarcelamiento y degradación, y en parte debido al daño moral que afectó todas sus relaciones, nuestra familia retrocedió un grado y medio en la escala hacia un mejor estado de las cosas. El resultado fue que en la siguiente generación, el cerebro de la familia se había reducido a  $58^{\circ}$  y no fue sino cinco generaciones más adelante que se alcanzaron los  $60^{\circ}$  que, finalmente, nos permitieron acceder a la clase

de Equiláteros. De manera que, de no llevarse a cabo con prudencia, el Reconocimiento a través del Tacto puede conllevar desde un pequeño accidente hasta una calamidad.

En este punto creo escuchar a mi Lector mejor educado: “¿Cómo pueden saber algo en El Plano sobre ángulos, grados o minutos? Nosotros podemos ver un ángulo pues, en la región de El Espacio, son visibles las dos líneas rectas inclinadas; pero ustedes, que no pueden ver más que una línea a la vez, o cuanto mucho, un número de trozos de líneas conformando una unidad, ¿cómo distinguen los ángulos y diferencian sus tamaños?”.

A eso respondo que aunque no podemos ver los ángulos, podemos inferirlos, y con gran precisión. Nuestro sentido del tacto, estimulado por la imperiosa necesidad, y desarrollado a lo largo de años de entrenamiento, nos permite distinguir ángulos con mucha más precisión que tu sentido de la vista cuando no posees forma de medir los ángulos. Pero no debo dejar de señalar la ayuda que nos brinda la naturaleza. Aquí es Ley Natural que el nivel cerebral de los Isósceles arranque en medio grado o treinta minutos y aumente (si es que lo hace) medio grado por generación hasta alcanzar los 60°; una vez alcanzados se abandona la clase de la servidumbre y se ingresa en la de los Equiláteros.

En consecuencia, la misma Naturaleza nos provee de una escala ascendente o Alfabeto de ángulos desde el medio grado hasta los 60°. Quienes se encuentren en ese rango serán ubicados en las escuelas de enseñanza primaria del país. Debido a ocasionales retrocesos o los más frecuentes estancamientos intelectuales y morales, y la extraordinaria fecundidad de los Criminales y Vagabundos, siempre existe un exceso de individuos de medio o un grado, y gran abundancia de criaturas de hasta diez. Estos seres carecen por completo de derechos cívicos y un gran número de ellos, ni siquiera lo suficientemente inteligentes para ser enviados a la guerra, son puestos a trabajar al servicio de la educación. Encadenados e inmovilizados para impedir cualquier tipo de peligro, se los ubica en aulas de escuelas para niños y allí son utilizados por la Junta Educativa para transmitir a los hijos de las Clases Medias, el tacto y la inteligencia que ellos mismos, desgraciadas criaturas, carecen por completo.

En algunos Estados apenas si se los alimenta y se los somete a una existencia miserable por varios años. Pero en las zonas más templadas y mejor reguladas, se entiende que, a largo plazo, es preferible alimentar a los Especímenes, utilizarlos con fines educativos y renovarlos cada mes (el tiempo de vida promedio de un Criminal sometido a la frugalidad). En instituciones de menor categoría, lo que se gana al extender la existencia de la Criatura se pierde en gastos por alimento y en la reducción de la precisión de los ángulos debido a semanas enteras de constante “tacto”. No debemos dejar de mencionar que entre sus ventajas, un sistema educativo más costoso contribuye, lenta pero perceptiblemente, a la disminución de población prescindible de Isósceles, objeto que todo Estadista de El Plano tiene siempre en

cuenta. En síntesis —aunque no ignoro que en muchos Consejos Escolares elegidos por voto popular existe una clara reacción de apoyo al “sistema económico”, como le llaman— opino que éste es uno de los tantos casos en que el gasto constituye a la verdadera economía.

Pero de ninguna manera permitiré que cuestiones políticas sobre los Consejos Escolares me desvíen del punto. He dicho suficiente para demostrar que el Reconocimiento a través del Tacto no resulta tan engorroso como podría suponerse y es, desde luego, mucho más confiable que el oído. Aún así, se le objeta ser un método peligroso. Por esta razón muchos miembros de las clases Medias y Bajas y todos los miembros —sin excepción— de los órdenes de Polígonos y Círculos, prefieren el tercer método, que describiré en el siguiente capítulo.



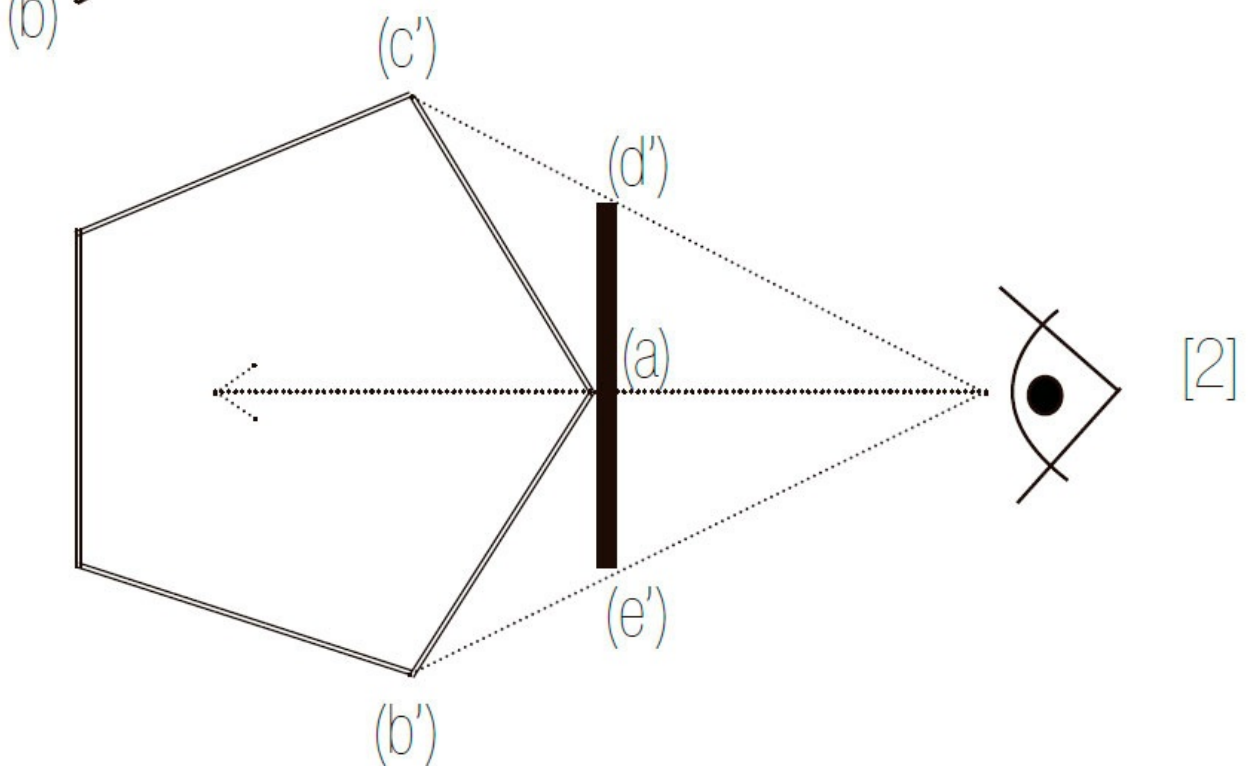
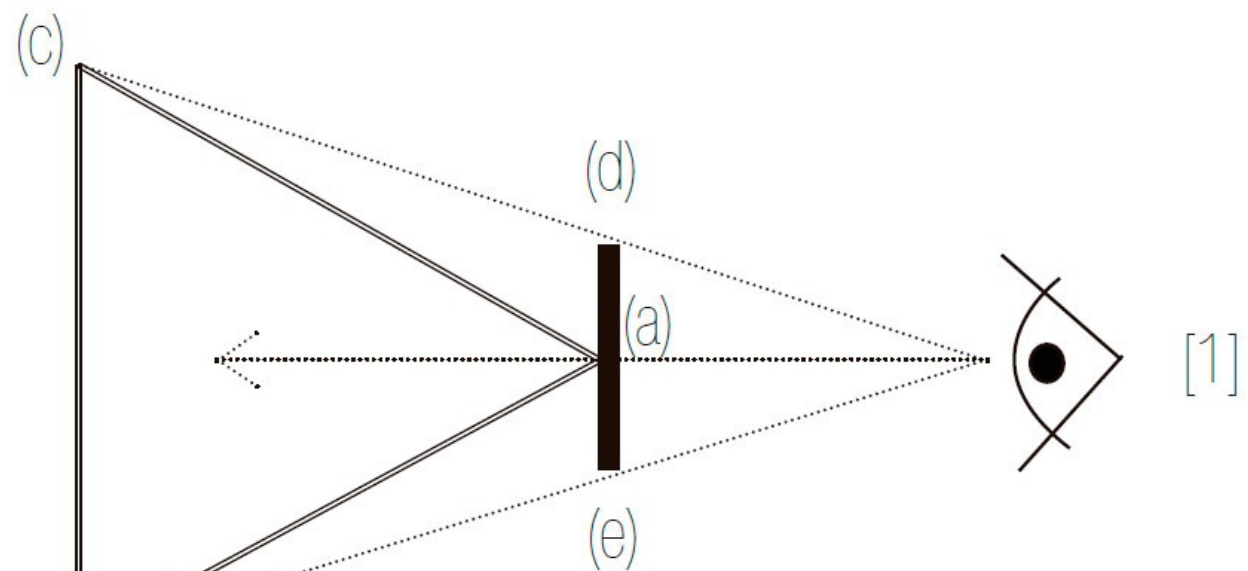
## 6 | El Reconocimiento Visual

Me temo que pareceré un tanto inconsistente. En los capítulos anteriores mencioné que todas las figuras en El Plano aparecen como una línea recta; y agregué, o dejé entrever, que es imposible distinguir a través del órgano visual entre individuos de diferentes clases.

Sin embargo ahora pretendo explicar a mis críticos de El Espacio cómo podemos reconocernos a través de la vista. Pero si el Lector se toma el trabajo de referirse al pasaje sobre el Reconocimiento a través del Tacto, verá que este método es universal “entre las Mujeres y los estratos más bajos”. Sólo entre las clases altas y en climas templados se practica el Reconocimiento Visual.

Que esta posibilidad exista en todas las regiones y para todas las clases es resultado de la Niebla, que impera durante gran parte del año en todas las zonas excepto en las tórridas. Lo que en El Espacio no hace más que estropear el paisaje, deprimir los espíritus y debilitar la salud, aquí resulta una bendición tan grande como el aire mismo, así como un padre de las Artes y las Ciencias. Pero permíteme explicar el punto y dejar de elogiar sin más a este caritativo Elemento.

Si no existiera la Niebla, todas las líneas aparecerían indistinguiblemente nítidas, y tal es el problema en las desventuradas zonas donde la atmósfera es seca y transparente. Siempre que haya Niebla espesa, los objetos que se encuentran a cierta distancia, digamos por caso, unos 90 centímetros, se ven bastante más oscuros que aquellos que se encuentran a unos 60 centímetros. En consecuencia, una cuidadosa observación comparativa de la oscuridad y la claridad nos permiten inferir con exactitud la configuración del objeto observado.



Un ejemplo servirá más a los fines explicativos que un puñado de generalidades.

Imagina dos individuos acercándose. Deseas determinar sus rangos. Se trata, imaginemos, de un Mercader y un Médico, es decir, un Triángulo Equilátero y un Pentágono. ¿Cómo distinguirlos?

Un niño de El Espacio con algún conocimiento en Geometría deduciría que si puedo ubicar mi ojo de manera que pueda recortar en dos un ángulo (A) del individuo que se acerca, mi vista parecerá situarse entre sus dos lados (a saber: CA y AB), de manera que contemplaré ambos de manera imparcial y ambos aparecerán del mismo tamaño.

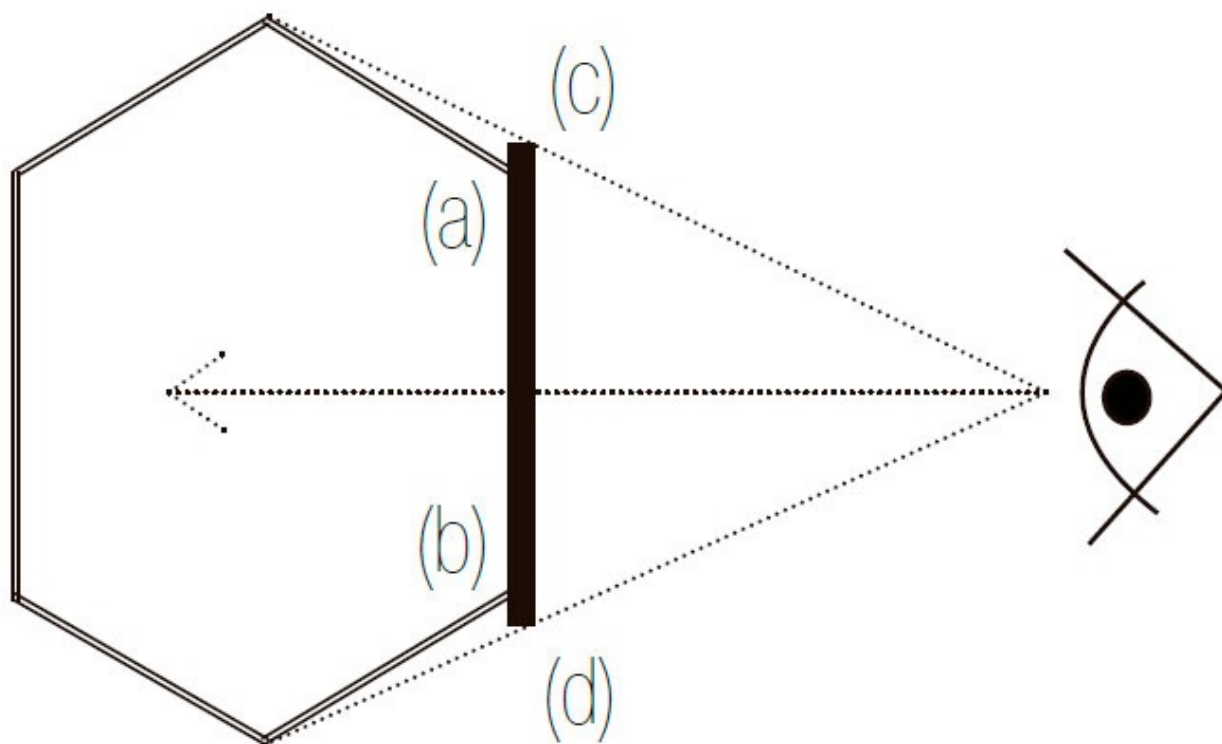
Ahora, en el caso del Mercader (1), ¿qué veré? Veré una línea recta (DAE), en la

que el punto medio (A) será muy luminoso pues lo tendré más cerca; pero a cada lado la línea se irá apagando hasta oscurecerse por completo, ya que los lados AC y AB se desvanecen rápidamente en la niebla, y lo que ante mí parecen ser las extremidades del Mercader (D y E), serán realmente muy oscuras.

Por otro lado, en el caso del Médico (2), aunque también veré una línea (D'A'E') con un centro luminoso (A'), ésta se oscurecerá más paulatinamente, pues sus lados (A'C', A'B') se desvanecen más lentamente en la niebla; y lo que ante mí parecen ser las extremidades del Médico (D' y E'), no serán tan oscuras como las del Mercader.

El Lector probablemente entenderá con estos dos ejemplos cómo —después de toda una vida de entrenamiento cotidiano— es posible para las clases educadas discriminar con precisión entre los órdenes medios y bajos a través de la vista. Si tú, mi amigo de El Espacio, has captado esta idea general, siquiera hasta el punto de lograr concebir la mera posibilidad y no rechazar mi explicación como directamente inconcebible, entonces habré alcanzado lo mínimo que esperaba. De explicarlo con más detalle, no lograría sino desconcertarte aún más. Pero sólo por los jóvenes e inexpertos, que acaso infieran —por los dos sencillos ejemplos que mencioné sobre cómo reconocería a mi Padre y a mis Hijos— que el Reconocimiento Visual es asunto sencillo, deberé señalar que en la vida real la mayoría de los problemas que acarrea esta forma de reconocimiento son realmente sutiles y complejos.

Si resulta, por ejemplo, que mi Padre, el Triángulo, al acercarse, me presenta su lado en vez de su ángulo, entonces hasta haberle solicitado que se vuelva, o hasta haberlo bordeado con mi ojo, pensaré que es una Línea Recta, es decir, una Mujer. Otra vez, cuando estoy junto a mis Nietos Hexagonales y contemplo uno de sus lados de frente (AB), resulta evidente, a través del siguiente diagrama, que sólo veré una línea (AB) más luminosa (que brilla con fuerza hacia los extremos) y dos líneas más pequeñas (CA y BD) que se oscurecen más y más hacia los extremos C y D.



Pero no debo caer en la tentación de extenderme en estas cuestiones. El más ruin de los matemáticos de El Espacio me creará cuando aseguro que los problemas cotidianos que se les presentan a los bien educados —cuando ellos mismos están en movimiento, rotando, avanzando, retrocediendo, y al mismo tiempo intentando determinar con la vista entre un número de Polígonos de alto rango moviéndose en diferentes direcciones, como por ejemplo en un salón de baile— son de tal naturaleza que ponen a prueba a los más sabios, y justifican el gran legado de los Maestros en Geometría, tanto Estática como Kinética, de la Universidad de Wentbridge, donde las Ciencias Humanas y el Arte del Reconocimiento Visual se enseñan ante un alumnado perteneciente a la *elite* de los Estados.

Sólo unas pocas familias nobles y adineradas pueden dedicar el tiempo y el dinero necesarios para adquirir estos conocimientos. Incluso a mí, un Matemático bien posicionado, con dos Nietos Hexagonales perfectamente regulares, suele resultarme desconcertante hallarme en medio de un puñado de Polígonos en movimiento. Desde luego, para un simple Comerciante o un Sirviente, tal método de reconocimiento sería tan imposible de adquirir como para ti, mi Lector, si fueras transportado de repente a nuestro país.

Entre semejante multitud no verías más que una línea, aparentemente recta, pero cuyas partes varían irregular y constantemente entre el brillo y la oscuridad. Aun habiendo completado el tercer año de estudios Pentagonales o Hexagonales en la Universidad, y con un excelente conocimiento teórico en la materia, se necesitan años de experiencia antes de poder moverse con soltura entre una multitud moderna, sin ser empujado por aquellos expertos para quienes solicitar permiso para “tocar” se

encuentra fuera del protocolo de conducta. Ellos, por su cultura y crianza superiores, lo saben todo acerca de tus movimientos, mientras que nosotros sabemos poco y nada sobre los de ellos. En pocas palabras, para comportarse correctamente en una sociedad Poligonal se debe ser un Polígono. Tal es, al menos, la conclusión que extraigo de mi experiencia personal.

Resulta asombroso cuánto se desarrolla el Arte —o debería decir, el instinto— del Reconocimiento Visual con la práctica cotidiana y el abandono de la costumbre de “tocar”. Lo mismo sucede con los sordomudos en El Espacio: una vez que se les permite y aprenden a comunicarse a través del lenguaje de señas nunca logran adquirir el muchísimo más valioso arte de leer los labios. Aquí, nadie que en su juventud haya recurrido al tacto logra aprender a ver con precisión.

Por esta razón, entre nuestras Clases Altas, el tacto es desalentado o directamente prohibido. En lugar de asistir a las escuelas primarias (donde se enseña el arte del Tacto), los niños asisten a Seminarios exclusivos; y en nuestras ilustradas Universidades, “tocar” constituye una falta grave castigada con la Expulsión a la segunda vez de cometida.

Pero entre las clases más bajas, el arte del Reconocimiento Visual representa un lujo inaccesible. Un Comerciante común no dispone del dinero necesario para que su hijo dedique un tercio de su vida a estudios abstractos. A los hijos de los pobres, entonces, se les permite “tocar” desde sus primeros años, y así alcanzan una precocidad y una temprana vivacidad que contrasta en un principio con el comportamiento inerte e indiferente de los jóvenes instruidos de las clases Poligonales. Pero en cuanto estos últimos completan sus estudios Universitarios y están listos para poner en práctica la teoría aprendida, el cambio que experimentan podría compararse a un renacimiento, y en todo arte, ciencia y emprendimiento social, rápidamente aventajan a sus competidores Triangulares.

Unos pocos Polígonos reprueban el Examen Final de la Universidad, y las consecuencias son desastrosas. Se los rechaza en las clases altas y se los desprecia desde las bajas. No poseen las facultades maduras y sistemáticamente entrenadas de sus compañeros y de los expertos en Humanidades, ni tampoco la nativa precocidad y la gran versatilidad de los jóvenes Comerciantes. Se les cierran las puertas de las profesiones y los servicios públicos; y aunque en la mayoría de los Estados no se les prohíbe contraer matrimonio, experimentan grandes dificultades a la hora de entablar relaciones, pues la experiencia ha demostrado que a los hijos de estos desventurados los persigue la infortuna, si no es que nacen directamente irregulares.

De estos especímenes rechazados por la Nobleza han emergido los líderes de los grandes Levantamientos y Sediciones del pasado; y tan grande es la desgracia que acarrearán estos seres que una minoría cada vez mayor de los estadistas más progresistas opina que un verdadero acto de piedad sería su aniquilación lisa y llana. Así, se ha apoyado la promulgación de una ley que establece que todo aquel que no pase el Examen Final de la Universidad será encarcelado de por vida o aniquilado sin

dolor.

Pero me estoy desviando al tema de la Irregularidad, asunto de tal interés que amerita un capítulo aparte.

## 7 | Las Figuras Irregulares

A lo largo de las páginas anteriores he asumido —algo que tal vez debería haber planteado desde el comienzo como una proposición fundamental— que todo individuo en El Plano es una Figura Regular, esto es, de estructura regular. Con esto quiero decir que una Mujer no sólo debe ser una línea sino una línea recta; un Artesano o Soldado deben tener sus dos lados iguales; los Comerciantes deben tener tres lados iguales; los Abogados (de cuya clase soy un humilde miembro) cuatro lados iguales y, en general, todo Polígono debe tener todos sus lados iguales.

El tamaño de los lados siempre depende de la edad del individuo. Una Mujer al nacer mide alrededor de dos centímetros y medio, mientras que una adulta puede extenderse a treinta centímetros. En cuanto a los Hombres de todas las clases puede decirse, a grandes rasgos, que el largo de los lados de un adulto suma sesenta centímetros o poco más. Pero el tamaño de los lados es de gran importancia.

Hablo de la regularidad de nuestros lados y, sin demasiada reflexión, se cae en la cuenta de que la totalidad de la vida social en El Plano se apoya en un hecho fundamental: la Naturaleza exige que todas las Figuras tengan sus lados iguales.

Si nuestros lados no son iguales, tampoco lo son nuestros ángulos. Así, en lugar de distinguir de una vez la forma de un individuo, ya sea a través del tacto o la vista, sería necesario determinar cada uno de los ángulos para determinar la clase del individuo. No alcanzaría la vida para tan intrincado proceso de reconocimiento. La ciencia y arte del Reconocimiento Visual desaparecerían por completo. El Tacto tampoco sobreviviría; las relaciones sociales serían peligrosas o directamente sería imposible relacionarse; sería el fin de toda confianza en el otro, de toda previsión. El más mínimo contacto social sería arriesgado; en pocas palabras: la civilización recaería en otra forma de barbarie.

¿Voy demasiado rápido al traer a mi Lector estas evidentes conclusiones? Seguramente, un momento de reflexión y un ejemplo extraído de la vida cotidiana servirán para convencerte de que nuestro sistema social está basado en la Regularidad o la Igualdad de los Ángulos. Imagina que encuentras a dos o tres Comerciantes caminando por la calle —de un vistazo a sus ángulos y por sus costados que oscurecen rápidamente los reconoces de inmediato como tales— y decides invitarlos a pasar a casa a almorzar. Lo haces con ciega confianza pues todos saben el lugar que ocupa un Triángulo adulto. Pero imagina que tu Comerciante, tras su respetable vértice, arrastra un paralelogramo de treinta o treinta y tres centímetros en diagonal: ¿qué harías con monstruosidad semejante en la puerta de tu casa?

Pero insulto la inteligencia de mi Lector añadiendo detalles que deberían resultar

evidentes para cualquiera que tenga la fortuna de residir en El Espacio. Seguramente, la medida de un solo ángulo ya no será suficiente ante estas circunstancias; nos llevaría la vida tocar y medir el perímetro completo de cada uno de nuestros conocidos. Las dificultades para evitar los choques son suficientes para poner a prueba la sagacidad de un Cuadrado bien educado. Pero si no se puede deducir la regularidad de ninguna de las figuras, todo sería caos y confusión, y el más mínimo sobresalto causaría graves heridas y hasta la muerte, de encontrarse presentes Mujeres o Soldados.

La conveniencia, entonces, acuerda con la Naturaleza al estampar el sello de aprobación sobre la Regularidad de la estructura; y la Ley ha secundado los esfuerzos. La “Irregularidad de Figura” significa, en El Plano, más o menos lo que en El Espacio la combinación de inmoralidad y delincuencia, y merece un trato similar. No faltan los promulgadores de paradojas que afirman que no existe una necesaria conexión entre Irregularidad moral y geométrica. “El Irregular”, señalan “es burlado desde su nacimiento por sus propios padres, ridiculizado por sus hermanos, ignorado por los sirvientes, desdeñado y sospechado por la sociedad y excluido de cualquier puesto de responsabilidad, confianza o actividad útil. La Policía vigila cada uno de sus movimientos hasta que cumple la mayoría de edad, cuando él mismo debe presentarse para la inspección. Se lo destruye si excede los márgenes de desviación permitidos o se lo encierra en una oficina del Estado como empleado de séptima clase.

Le está prohibido contraer matrimonio; trabaja como esclavo en un puesto anodino por un salario miserable; debe vivir en la oficina y hasta tomarse sus vacaciones bajo estricta vigilancia; no es de extrañar, entonces, que ante dichas circunstancias, estas criaturas terminen pervirtiéndose”.

Todo este aceptable razonamiento no logra convencerme —como tampoco a los Estadistas más sabios— de que nuestros ancestros se equivocaron al establecer como axioma político que la tolerancia de la Irregularidad es incompatible con la seguridad de Estado. Sin duda la vida de un Irregular es difícil; pero los intereses de la Mayoría requieren que así sea. ¿Qué sería de este país si se le permitiera vivir a un hombre de frente triangular y espalda poligonal, que luego propagara una descendencia incluso más Irregular? ¿Deberíamos alterar la construcción de las casas, las puertas y las Iglesias para albergar a estos monstruos? ¿Los inspectores deberán medir el perímetro de cada individuo antes de permitirle ingresar en un teatro o una conferencia? ¿Los Irregulares están exentos de hacer el servicio militar? Y si no, ¿cómo evitar que descarguen su desconsuelo en las filas de sus camaradas? Otra vez, ¡qué irresistible tentación de hacerse pasar por otras figuras debe acuciar a estas criaturas! ¡Qué fácil sería para ellos entrar a una tienda con su frente poligonal y hacerse servir por el confiado comerciante! Dejemos que los defensores de la mal llamada Filantropía aboguen por la derogación de las leyes penales contra los Irregulares; por mi parte, no he conocido jamás a un Irregular que no fuera lo que la Naturaleza, evidentemente,



ha destinado para él: hipócrita, misántropo y capaz de cualquier clase de maldad.

Tampoco propongo adoptar —por el momento— las medidas extremas de otros Estados, donde se destruye al nacer a cualquier niño cuyo ángulo se desvíe medio grado de la angulación correcta. Algunos de nuestros más sabios compatriotas, hombres de verdadero genio, han trabajado durante los primeros años de su vida con desviaciones de hasta cuarenta y cinco minutos o más; y la pérdida de esas preciadas vidas habría resultado una herida irreparable para el Estado. El arte de la medicina ha alcanzado sus más grandes triunfos con cirugías y procedimientos de extensión, coligación o compresión, mediante los cuales la Irregularidad fue curada total o parcialmente. Adhiero en la aplicación de medidas no extremas en casos plausibles de curación, pero cuando la estructura está en su etapa de desarrollo, y el Concejo Médico ha certificado la improbidad de curación, sugeriría que el pequeño Irregular sea aniquilado piadosamente y sin dolor.

## 8 | La Antigua Práctica de la Pintura

Si mi Lector me ha seguido con atención hasta aquí, no se sorprenderá al escuchar que la vida en El Plano resulta un tanto monótona e insulsa. No quiero decir con esto, desde luego, que no existen batallas, conspiraciones, tumultos, facciones, y todos los fenómenos que, supuestamente, hacen interesante la Historia. Tampoco negaré que la extraña combinación de problemas cotidianos y Matemáticos, que continuamente inducen conjeturas pasibles de inmediata contrastación, confiere un sesgo de entusiasmo a nuestra existencia que ustedes, en El Espacio, difícilmente comprenderían. Hablo desde el punto de vista estético y artístico cuando digo que la vida aquí es insulsa; artística y estéticamente la vida en El Plano es realmente insulsa.

¿Cómo podría ser de otra manera si todas nuestras posibilidades, todos nuestros paisajes, piezas históricas, retratos, flores, naturaleza muerta, no son más que una línea, sin variación alguna más que en algunos matices de brillo y oscuridad?

No siempre fue así, sin embargo. El Color, —si la Tradición no miente, una única vez en seis siglos— arrojó un efímero esplendor sobre la vida de nuestros ancestros de antaño. Alguien —un Pentágono al que se ha conocido con distintos nombres— había descubierto los componentes de los colores primarios y una forma rudimentaria de pintura. Se dice que comenzó pintando su propia casa; luego a sus esclavos, su Padre, sus Hijos, sus Nietos, y por último, a él mismo. La conveniencia y la belleza de los resultados hablaban por sí mismos. Dondequiera que Cromatista —así acordaron en llamarlo las autoridades— presentara su estructura multicolor, de inmediato atraía la atención e inspiraba respeto. Nadie necesitaba tocarlo; nadie confundía su frente con su espalda; sus vecinos distinguían todos sus movimientos sin demasiado esfuerzo; nadie lo empujaba o le negaba el paso; no debía esforzar su voz con ese agotador chillido con el que nosotros, descoloridos Cuadrados y Pentágonos, nos vemos forzados a proclamar nuestra individualidad cuando nos movemos entre una multitud de ignorantes Isósceles.

La moda se expandió como el fuego. Antes de que pasara una semana, todos los Cuadrados y Triángulos del distrito habían copiado el ejemplo de Cromatista, y sólo unos pocos conservadores Pentágonos desdeñaban la novedad. Pasado un mes, incluso los Dodecágonos se habían contagiado de la innovación. No había transcurrido el año cuando el color había alcanzado los estratos más altos de la Nobleza. Desde luego, la costumbre se extendió desde el distrito de Cromatista a los alrededores; y durante dos generaciones, a nadie le faltó el color en El Plano excepto a los Sacerdotes y las Mujeres.

Aquí la Naturaleza misma parecía erigir una barrera y evitar que la moda se

propagara a estas dos clases. Tener lados era la excusa de los Innovadores. “La distinción de lados conlleva, por naturaleza, la distinción de colores”, tal era el sofisma que corría de boca en boca en aquellos días y a partir del cual los pueblos se convertían día a día a la nueva cultura. Pero desde luego este dicho no aplicaba a los Sacerdotes ni las Mujeres. Las segundas tenían un solo lado y, por lo tanto —hablando en plural y con pedantería— ninguno. Los primeros —si al menos pudieran afirmar ser verdaderos Círculos y no meros Polígonos de clase alta con una infinidad de pequeñísimos lados— solían jactarse (algo que las Mujeres detestaban) de que ellos tampoco tenían lados pues habían sido bendecidos con un perímetro de una línea, en otras palabras, una Circunferencia. De manera que estas dos clases no se veían interpeladas por el axioma “La distinción de lados conlleva, por naturaleza, la distinción de colores”; y cuando todos habían sucumbido ante el encanto de la decoración corporal, los Sacerdotes y las Mujeres se mantenían al margen de la moda.

Inmorales, licenciosos, anárquicos, faltos de rigor científico —pongan el nombre que quieran— aun así, desde el punto de vista estético, los días de la Revuelta Cromática fueron la gloriosa infancia del arte en El Plano, una infancia que, por desgracia, nunca alcanzó la madurez, que ni siquiera trepó hasta la juventud. Vivir era, entonces, una delicia, pues vivir era sinónimo de ver. Aun en una pequeña celebración, era una maravilla contemplar a los invitados. La riquísima variedad de tonos de los fieles en las iglesias o el público en el teatro parecen haber provocado la distracción de nuestros mejores maestros y actores. Pero al decir de muchos, lo más deslumbrante de todo era presenciar una Revista Militar.

Imagina una línea de batalla de veinte mil Isósceles enfrentados, intercalando entre el sombrío negro de las bases y el naranja y púrpura de los lados; la milicia de los Equiláteros de rojo, blanco y azul; los malva, azul marino y mostaza de la artillería de Cuadrados que rápidamente se ubicaban tras sus armas bermellón; los Pentágonos y Hexágonos —médicos, matemáticos, ayudantes de campo— destellando sus elegantes colores a lo largo del campo de batalla. Resulta comprensible ahora la conocida historia de un ilustre Círculo que, desbordado por la belleza de las fuerzas a su cargo, abandonó su cargo militar y su corona real aduciendo que los cambiaba por el pincel. El lenguaje del momento indica, en parte, qué tan gloriosos eran los días de este memorable movimiento. Los dichos más comunes de los ciudadanos medios durante los tiempos de la Revuelta Cromática parecen haber estado impregnados de un matiz de palabras y pensamientos más rico; y es a esa era a la que le debemos nuestra poesía más refinada y cualquier rima que pueda pronunciar hoy algún hombre de ciencias de estos tiempos modernos.

## 9 | El Proyecto de Ley sobre el Color Universal

Mientras tanto, las ciencias estaban en decadencia. Ya no se necesitaba aprender el Arte del Reconocimiento Visual; y los estudios en Geometría, Estática, cinética y otras disciplinas por el estilo pronto se volvieron superfluos y perdieron el respeto y el interés incluso de la Universidad. Lo mismo ocurrió en las Escuelas Primarias con el Arte menor del Tacto. Los Isósceles, alegando que los Especímenes eran ahora prescindibles, se negaban a pagar el habitual tributo de las clases criminales al servicio de la educación. Así, cada día aumentaba esta clase en número e insolencia, habiéndose liberado ahora de la carga que antes servía para domesticar su brutal naturaleza y controlar su reproducción.

Año tras año, los Soldados y Artesanos afirmaban con mayor vehemencia —y razón— que no existía verdadera diferencia entre ellos y la clase superior de Polígonos. Puesto que ahora podían lidiar con todas las dificultades de la existencia, ya sean estáticas o kinéticas, a través del simple proceso de reconocimiento de colores, asumían que habían alcanzado su mismo nivel. Disconformes con el natural abandono en el que estaba cayendo la enseñanza del Reconocimiento Visual, comenzaron a demandar la prohibición por ley de todas “las Artes monopolizadas por la aristocracia” y la consecuente abolición de los costos para aprender Reconocimiento Visual, Matemática y Tacto. Al poco tiempo comenzaron a proclamar que, en tanto el color —una segunda Naturaleza— había destruido la necesidad de toda distinción de clases, la Ley debía seguir el mismo camino y que, en adelante, todos los individuos debían ser reconocidos como iguales y ser titulares de los mismos derechos.

Ante el titubeo y la indecisión de los altos Órdenes, los líderes de la Revolución avanzaron aún más en sus demandas y, por último, solicitaron que todas las clases por igual —incluyendo las Mujeres y los Sacerdotes— rindieran homenaje al Color pintando su estructura. Ante la objeción de que las Mujeres y los Sacerdotes no tenían lados, replicaron que la Naturaleza y la Conveniencia acordaban en que la mitad delantera de todo ser humano (es decir, la mitad con el ojo y la boca) debía distinguirse de su mitad trasera. De manera que presentaron un Proyecto de Ley ante la Asamblea General extraordinaria de los Estados de El Plano que proponía que la mitad delantera de las Mujeres fuera pintada de rojo y la otra mitad, de verde. Los Sacerdotes, por su parte, llevarían los mismos colores: rojo en el semicírculo con el ojo y la boca, y verde en el semicírculo trasero.

Se trataba de una propuesta verdaderamente astuta, que en verdad no había sido

ideada por ningún Isósceles —seres tan degradados no podrían tener la angulación suficiente para apreciar, ni mucho menos, concebir, tal modelo de estado de las cosas — sino por un Círculo Irregular al que, gracias a una tonta indulgencia, en lugar de haber sido destruido al nacer, le fue permitido vivir para traer desolación y millares de muertos a este país.

Por un lado, la propuesta pretendía llevar a las Mujeres de todas las clases del lado de la innovación cromática, pues al asignarles los mismos colores que a los Sacerdotes, los Revolucionarios se aseguraban que, en ciertas posiciones, todas las Mujeres parecieran Círculos y fueran tratadas con el mismo respeto y deferencia. Desde luego, el proyecto no podía sino atraer el apoyo femenino en masa.

Es posible que algunos de mis Lectores no comprendan cómo el Proyecto admitía la posibilidad de que los Sacerdotes y las Mujeres luzcan idénticos, pero una o dos palabras al respecto bastarán para aclararlo.

Imagina una Mujer pintada de acuerdo al nuevo Código, con la mitad delantera (es decir, la que contiene el ojo y la boca) de rojo y la trasera de verde. Mira su costado; desde luego verás una línea recta, mitad roja, mitad verde.

Ahora imagina un Cura, cuya boca se encuentre en el punto M, y cuyo semicírculo (AMB) fuera rojo, mientras que el semicírculo trasero, verde. Así, el diámetro AB dividiría el verde del rojo. Mira al Buen Hombre con el ojo a la altura de su punto divisor (AB) y verás una línea recta (CBD), una de cuyas mitades (CB) será verde, y la otra (BD), roja. La línea completa (CD) será más corta, tal vez, que una Mujer adulta, y se oscurecerá más rápidamente hacia los extremos; pero la identidad de colores dará la inmediata impresión de identidad de Clases, haciendo desatender otros detalles. ¿Recuerdas el decaimiento del Reconocimiento Visual que amenazaba durante los días de la Revuelta Cromática? Súmale ahora la certeza de que las Mujeres aprenderían rápidamente a oscurecer sus extremidades con el objeto de hacerse pasar por Círculos. Resultará evidente para ti, mi querido Lector, que el Proyecto de Ley imponía un grave peligro al posibilitar que las Mujeres se confundan con Sacerdotes.

Cuán atractivo resultaba el proyecto para el sexo débil es fácil de imaginar. Apuesto a que esperaban con deleite el caos al que prestaría lugar. En casa escucharían secretos sobre política y religión dirigidos a sus esposos y hermanos y hasta impartirían órdenes en nombre del Círculo Eclesiástico. En la calle, la combinación de rojo y verde conllevaría a la población común a todo tipo de confusiones, y las Mujeres ganarían la deferencia de los transeúntes que los Círculos perderían. Imagina el escándalo que recaería sobre la clase circular si la conducta frívola e indecorosa de las Mujeres le fuera imputada; y desde luego no podía esperarse ningún tipo de consideración del sexo femenino sobre las consecuencias de la subversión la Constitución. Pero incluso en los hogares Circulares, las Mujeres apoyaban el Proyecto de Ley.

El segundo gran objetivo del Proyecto era alcanzar una gradual desmoralización

de los Círculos. Aun con el general deterioro intelectual de esos días, esta clase conservaba impoluta su fuerza y entendimiento. Desde su más temprana infancia, acostumbrados a la total ausencia de color en sus hogares, la Nobleza conservaba el sagrado Arte del Reconocimiento Visual, con todas las ventajas que resultaban de tan admirable entrenamiento de las capacidades intelectuales. Así, hasta la fecha de aprobación del Proyecto de Ley sobre el Color Universal, los Círculos habían mantenido y hasta incrementado su superioridad sobre las otras clases, al mantenerse al margen de esta moda popular.

Pero el astuto Irregular —que arriba describí como el verdadero autor de este malicioso proyecto— ordenó derribar de una vez el estatus de la Nobleza. Se forzó a sus miembros a adherir al uso del Color y se les impidió entrenar el Arte del Reconocimiento Visual en privado, para debilitar así sus mentes quebrantando la pureza de sus hogares descoloridos. Una vez contaminados por la moda del color, todo padre e hijo circular se desmoralizarían unos a otros. Al pequeño Círculo se le dificultaría incluso distinguir a su padre de su madre, dificultad que se incrementaría con las imposturas de la Madre, y que resultarían en la pérdida de la fe del niño en toda conclusión lógica. Así, el brillo intelectual de la Orden Sacerdotal disminuiría poco a poco, y se abriría el paso a la destrucción total de la Legislación de la Aristocracia y la caída de nuestras Clases privilegiadas.

# 10 | La Represión de la Revuelta Cromática

La agitación por el Proyecto de Ley sobre el Color Universal continuó por tres años; y hasta un mes antes de cumplirse ese período, parecía que la Anarquía triunfaría definitivamente.

Un ejército completo de Polígonos, en lucha como soldados independientes, resultó aniquilado a manos de la fuerza superior de los Isósceles. Los Cuadrados y los Pentágonos, por su parte, permanecieron neutrales. Para peor de males, los Círculos debían soportar también los problemas conyugales. Furiosas con la acción policial, muchas de las Mujeres de familias nobles insistían a sus esposos hasta el hartazgo para que dejen de oponerse al Proyecto de Ley; y algunas, al ver que sus reclamos no eran oídos, asesinaban a sus inocentes niños y sus esposos, y morían a su vez en la carnicería. Durante los tres años de revuelta, se registraron al menos veintitrés muertes en familias circulares.

El peligro era verdaderamente extraordinario. Los Sacerdotes parecían no tener opción más que la sumisión o el exterminio. Hasta que el curso de los acontecimientos se vio de repente alterado por uno de esos pintorescos incidentes que los Estadistas nunca deberían ignorar, en ocasiones deberían anticipar y a menudo hasta originar, debido al desmesurado poder con el que convocan el apoyo popular.

Sucedió que un Isósceles de las clases más bajas, con un cerebro tan pequeño que apenas rozaría los cuatro grados, entró a robar a la tienda de un Comerciante y, accidentalmente, se pintó o por alguna razón terminó pintado (la historia varía de boca en boca) con los doce colores del Dodecágono. Un día fue al Mercado y, fingiendo la voz de esta figura, abordó a una señorita, la hija de un noble Polígono que había quedado huérfana y por cuyo amor la irregular criatura había peleado en el pasado. Así, a través de viles engaños —ayudados por una serie de hechos fortuitos demasiado largos para contar, y por una necesidad casi inconcebible y las pocas precauciones de la familia de la novia— logró contraer matrimonio con la jovencita. La pobre infeliz terminó suicidándose al descubrir la estafa de la que había sido objeto.

Cuando la noticia comenzó a esparcirse de Estado a Estado, las Mujeres comenzaron a inquietarse. La compasión por la víctima y el miedo a que algo así les ocurriera también a ellas, sus hermanas o hijas, hizo que comenzaran a ver el proyecto de ley con recelo. No pocas se pronunciaron abiertamente en contra, y el resto sólo necesitaba un pequeño estímulo para seguir el mismo camino. Aprovechando la oportunidad, los Círculos convocaron a Asamblea extraordinaria de

Estados y, además de la guardia habitual de Reclusos, se aseguraron la presencia de un importante número de reaccionarias.

En medio de una concurrencia sin precedentes, el Círculo Principal de aquellos días —de nombre Pantociclo— resultó abucheado y burlado por ciento veinte mil Isósceles. Pero logró hacer silencio al anunciar que, en adelante, los Círculos llevarían a cabo una política de Concesión y, haciendo caso a la opinión de la mayoría, aprobarían el Proyecto de Ley sobre el Color Universal. Los aplausos no se hicieron esperar. Pantociclo invitó a Cromatista, el líder de la Revuelta, a ubicarse en el centro de la sala para recibir, en nombre de sus seguidores, la sumisión de la Jerarquía. Luego pronunció un discurso, una obra maestra de la retórica, que duró casi un día, y a la que ningún resumen podría hacer justicia.

Con seria apariencia de imparcialidad, Pantociclo declaró que, en tanto se aceptaría la Reforma, sería necesario darle un último vistazo al proyecto, a sus defectos y a sus ventajas. De a poco fue nombrando los peligros a los que estaban sometidos los Comerciantes, las Clases Profesionales y los Caballeros, y silenció los murmullos de los Isósceles recordándoles que, a pesar de sus defectos, estaba dispuesto a aceptar el Proyecto de Ley si la mayoría así lo decidía. Pero era evidente que sus palabras habían movilizad o a la audiencia y todos se habían vuelto neutrales o directamente en contra de la reforma.

Dirigiéndose a los Comerciantes, afirmó que sus intereses no deberían ser ignorados y que, si decidían aceptar el Proyecto, deberían tener en cuenta las consecuencias. Muchos de ellos, agregó, estaban a punto de ser admitidos en la Clase de Equiláteros; otros ya podían anticipar para sus hijos la distinción a la que ellos ya no podían aspirar. Ahora deberían abandonar tales ambiciones. Con la adopción del Color Universal, dejarían de existir las distinciones; no habría diferencia entre Regularidad e Irregularidad; el desarrollo le daría paso al retroceso; los Comerciantes se degradarían, en pocas generaciones, a la categoría de los Soldados y hasta de los Reclusos. El Poder Político pasaría a estar en manos de la mayoría, es decir, los Criminales, que eran ya mayoría en relación a los Comerciantes y pronto superarían a todas las Clases juntas, cuando las Leyes Naturales de Compensación comenzaran a ser violadas.

Sutiles murmullos de asentimiento comenzaron a escucharse desde el rango de los Artesanos; y Cromatista, alarmado, hizo un ademán hacia adelante con el objeto de hablar al público. Pero un grupo de guardias lo forzó a permanecer en silencio mientras el Círculo Principal se dirigía, por último, a las Mujeres. De aprobarse el Proyecto, señaló, ningún matrimonio, en adelante, sería seguro. El honor de las Mujeres tampoco estaría asegurado; la estafa, el engaño y la hipocresía invadirían todos los hogares. La dicha doméstica compartiría el destino de la Constitución y rápidamente caería en la perdición. “Antes que esto”, exclamó, “es preferible la Muerte”.

Estas palabras eran la señal de acción acordada para que los Reclusos se arrojaran



sobre el pobre Cromatista. Las Clases Regulares abrieron filas e hicieron lugar para que las Mujeres retrocedieran, invisiblemente, en dirección a los Isósceles; los Artesanos también abrieron filas. Mientras tanto, los Reclusos ocuparon todas las entradas con una impenetrable falange.

La batalla, o vale decir, la carnicería, no duró demasiado. Ante el habilidoso liderazgo de los Círculos, cada golpe femenino resultaba fatal, y la mayoría lograba extraer la punta sin salir lastimada, listas para un segundo ataque. Pero no fueron necesarios más golpes, los Isósceles hicieron el resto del trabajo. Tomados por sorpresa, atacados desde el frente por fuerzas invisibles, y al ver que los Isósceles Reclusos a sus espaldas les impedían escapar, perdieron la cabeza y se levantaron al grito de “traición”. Esto selló su destino. Cada Isósceles veía ahora un enemigo en el otro. En media hora toda esta multitud había muerto; y los fragmentos de los miles de Criminales que se habían aniquilado unos a los otros con sus ángulos, atestiguaba el triunfo del Orden.

Los Círculos no tardaron en llevar su victoria hasta las últimas consecuencias. La clase Trabajadora disminuyó. Se convocó al Ejército de Equiláteros y, en adelante, todo Triángulo sospechado de irregularidad era destruido por la Corte Marcial sin que el Concejo Social le tome las medidas. Las casas de los Soldados y los Artesanos comenzaron a ser inspeccionadas; y durante un año se purgó cada pueblo, villa y aldea del exceso de criaturas de órdenes bajos que habían logrado nacer por la negativa a pagar el tributo de Criminales a las Escuelas y universidades, y debido a la violación de las Leyes Naturales de la Constitución de El Plano. Así se restableció el equilibrio de clases.

No necesito decir que, en adelante, el uso del Color fue terminantemente prohibido. Siquiera una palabra relacionada al Color, excepto en boca de los Círculos o algún maestro de ciencias calificado, era castigada severamente. Sólo en nuestra Universidad y en algunas lecciones de estudios más elevados y abstractos —a las que yo mismo nunca tuve el privilegio de asistir— el color aún se utiliza para ilustrar algunos de los problemas más complejos de las matemáticas. Pero de esto no puedo hablar por experiencia propia.

En el resto de El Plano el color no existe en absoluto. Nadie más que el Círculo Principal conoce la fórmula para crearlo; y desde su lecho de muerte transmitirá el saber únicamente a su Sucesor. Tan solo una fábrica produce color en la actualidad, y para evitar que el secreto sea violado, los trabajadores son aniquilados y reemplazados cada año. Tal es el terror con el que la Aristocracia recuerda los días de la revuelta por el proyecto de Ley sobre el Color Universal.

# 11 | Nuestros Sacerdotes

Ya es tiempo de poner punto final a estas breves notas sobre las características de El Plano y comenzar a adentrarme en el suceso central de este libro: mi iniciación en los misterios de El Espacio. Tal es mi tema de interés; todas estas páginas no han sido más que un prefacio.

Por esta razón deberé omitir muchas cuestiones cuya descripción —estoy seguro— despertarían el interés del Lector, por ejemplo: cómo nos conducimos o detenemos aunque no tengamos pies; cómo construimos estructuras de madera, piedra o ladrillo rígidas sin manos, y sin posibilidad de poner los cimientos o aprovechar la presión lateral de la tierra como en El Espacio; cómo la lluvia se origina en los intervalos entre las distintas zonas, de manera que las regiones del norte no impidan que la humedad llegue a las del sur; cómo son nuestras colinas y minas, nuestros árboles y vegetales, nuestras estaciones y nuestras cosechas; nuestro Abecedario y forma de escritura adaptada a cuadernos lineales; todos estos y muchos más detalles de nuestra existencia física debo dejar de lado y sólo los menciono para indicar a mi Lector que su omisión no parte de un olvido sino de una consideración de su valioso tiempo.

Pero antes de adentrarme de lleno en mi tema, asumo que el Lector espera algunas palabras acerca de los pilares y bases de la Constitución de El Plano, aquellos que controlan nuestra conducta y moldean nuestro destino, objetos de homenaje universal y hasta de adoración: ¿necesito aclarar que me refiero a nuestros Círculos o Sacerdotes?

Con el nombre de Sacerdotes, no me refiero a lo que este calificativo significa en El Espacio. Aquí los Sacerdotes son los Administradores de todos los asuntos, el Arte y la Ciencia; lideran el Comercio, la Arquitectura, la Ingeniería, la Educación, la Política, el Derecho, la Moral y la Teología. Ellos mismos no hacen absolutamente nada, pero son la Causa de todo lo que debe hacerse, y que llevan a cabo los otros.

Aunque normalmente a los Sacerdotes se los conozca como Círculos, entre las clases mejor educadas es sabido que ningún Círculo es realmente tal sino un Polígono con infinitos lados pequeños. A medida que aumenta el número de lados, un polígono se aproxima a la forma de un círculo; y cuando el número de lados es realmente grande, digamos, tres mil o cuatro mil lados, resulta extremadamente difícil, aún al tacto cuidadoso, sentir los ángulos. En realidad sería difícil puesto que el Reconocimiento a través del Tacto no se practica entre las clases más altas, e intentar tocar a un Círculo sería considerado un descarado insulto. Este hecho permite que los Círculos sigan manteniendo el misterio por el cual, desde su temprana infancia, acostumbran a esconder la verdadera naturaleza de su Perímetro o Circunferencia. En

tanto noventa y un centímetros es su perímetro promedio, se sigue que cada lado de un polígono de trescientos lados no medirá más que la centésima parte de un centímetro de largo, o apenas superará la décima parte de un milímetro. Y los lados de un Polígono de seiscientos o setecientos lados son apenas más grandes que el diámetro de una de vuestras cabezas de alfileres. Por cortesía, se asume que el Círculo Principal posee, hasta el momento, diez mil lados.

El ascenso en la escala social de los Círculos no se ve restringida como en las clases Regulares, para las que la Ley Natural limita el crecimiento de lados a uno por generación. Si así fuera, el número de lados de un Círculo sería una mera cuestión de linaje y aritmética, y el descendiente cuatrocientos noventa y siete de un Triángulo Equilátero sería, necesariamente, un polígono de cientos de lados. Pero no es este el caso. La Ley Natural prescribe dos decretos que afectan la propagación de los Círculos. El primero consiste en que el ascenso en la escala de desarrollo de esta raza se da a un ritmo cada vez más acelerado; el segundo, por su parte, dispone que en la misma proporción en que la raza asciende, se vaya volviendo menos fértil. En consecuencia, en la casa de un Polígono de cuatrocientos o quinientos lados es raro encontrar más de un hijo. Pero por otro lado, el hijo de un Polígono de quinientos lados puede llegar a presentar quinientos cincuenta o seiscientos lados.

La Ciencia también colabora en el proceso Evolutivo. Nuestros médicos han descubierto que los pequeños lados de un niño Polígono de la clase más alta pueden fracturarse y toda su estructura recomponerse con precisión. Así, un Polígono de doscientos o trescientos lados puede adelantarse doscientas o trescientas generaciones, como así también aumentar el número de sus progenitores y la nobleza de su descendencia. Desde luego no es un proceso que se lleve a cabo muy a menudo, pues conlleva serios riesgos.

Más de un prometedor niño ha sido sacrificado de esta manera. Alrededor de uno de cada diez niños sobreviven al proceso. Pero tan grande es la ambición de los padres de los pequeños Polígonos a punto de ingresar en la clase Circular, que prácticamente todos los Nobles internan a su primer hijo en el Gimnasio Circular Terapéutico Infantil antes de cumplir el mes de vida.

El año de vida marca el éxito o el fracaso del proceso. Para ese momento el niño muy probablemente pase a ocupar una tumba más del Cementerio del Gimnasio Circular Terapéutico Infantil. Pero en alguna rara ocasión el pequeño es devuelto a sus exultantes padres ya no con forma de Polígono sino de Círculo. Y un solo caso de tan grandioso resultado lleva a multitudes de familias Poligonales a someter a sus niños a sacrificios similares.

# 12 | La Doctrina de nuestros Sacerdotes

Respecto a la Doctrina de los Círculos, rápidamente se podría sintetizar en una máxima: “Lo importante es la Forma”. Ya sea política, eclesiástica o moral, todas sus enseñanzas tienen por objeto la mejora de la Configuración individual y colectiva, con especial referencia a la Configuración de los Círculos, respecto de los cuales el resto de las figuras resultan subordinadas.

Es mérito de los Círculos haber eliminado las viejas ideas que llevaban a los hombres a malgastar su energía y fe en la inútil creencia de que la conducta depende de la voluntad, el esfuerzo, el entrenamiento, el coraje, o en cualquier otra cosa diferente de la Configuración. Pantociclo, el ilustre Círculo que acabó con la Revuelta Cromática, fue el primero en demostrar a la humanidad que la Configuración hace al hombre; de que si, por ejemplo, un Isósceles nace irregular, está condenado a un aciago destino si no se componen sus lados, en cuyo caso se debe recurrir al Hospital de Isósceles. Del mismo modo, un Triángulo, un Cuadrado o hasta un Polígono con alguna irregularidad deben acudir al Hospital para curarse; de lo contrario, acabarán sus días en prisión o a manos del ángulo del verdugo del Estado.

Pantociclo atribuía todas las fallas y defectos, desde la más mínima inconducta hasta el delito más atroz, a alguna desviación en la figura de la perfecta Regularidad, causada tal vez (de no ser congénita) por algún choque, por falta o exceso de ejercicio, o por algún cambio abrupto de temperatura que resulte en el encogimiento o dilatación de alguna parte sensible de la estructura. Así, concluía el Filósofo, ni la buena ni la mala conducta resultan motivo de elogio o culpa. Pues, ¿por qué sería digna de elogio, por ejemplo, la integridad de un Cuadrado que defiende los intereses de su cliente, cuando en realidad debería admirarse la exacta precisión de sus ángulos? Y del mismo modo, ¿por qué culpar a un Isósceles que ha robado y mentado cuando, en verdad, es la irregularidad de sus lados lo que debería deplorarse?

En teoría, esta doctrina resulta incuestionable; pero en la práctica presenta sus obstáculos. Si un Isósceles sostiene que no puede evitar robar debido a la desigualdad de sus lados, contestarías que por esa misma razón, puesto que no puede evitar ser un rufián con sus vecinos, tú, el Magistrado, no puedes evitar sentenciarlo a la muerte — y allí finalizaría la cuestión. Pero en las pequeñas dificultades cotidianas, en las que no se aplica la pena de muerte, esta teoría resulta un tanto impracticable; y debo confesar que, ocasionalmente, cuando alguno de mis nietos Hexagonales se excusa por alguna desobediencia diciendo que su perímetro ha sido afectado por un cambio

abrupto de la temperatura, y que yo no debería culparlo a él sino a su Configuración —la que únicamente puede ser fortalecida con dulces— no sé si lógicamente debo aceptar o rechazar tales conclusiones.

Personalmente, sostengo que un regaño y un castigo sería una mejor forma de fortalecer la Configuración de mi Nieto; pero sé que no tengo razones para pensar de esa manera. En todo caso, no soy el único que intenta salir de este dilema. Muchos de los grandes Círculos, actuando de jurados en las cortes, elogian o culpan según la figura; y en casa, lo sé por experiencia, al reprender a sus hijos hablan sobre “el bien” y “el mal” con tanta vehemencia como si creyeran que esos términos existieran verdaderamente, y que una Figura humana es realmente capaz de elegir entre uno y otro.

En su afán por hacer de la Configuración la idea central en todas las mentes humanas, los Círculos han revertido la naturaleza de aquel mandato que en El Espacio regula las relaciones entre padres e hijos. Allí, a los niños se les enseña a honrar a sus padres; aquí, además de honrar a los Círculos —objeto de adoración universal— se nos enseña a honrar a nuestro Nieto. Y si no se posee uno, a nuestro Hijo. Con “Honor”, sin embargo, no quiero decir “Indulgencia”, sino la atención a los intereses más altos. Y los Círculos enseñan que la tarea de los padres es subordinar sus propios intereses en función de los de su posteridad, contribuyendo así al mejoramiento del Bienestar del Estado y el de sus descendientes inmediatos.

El punto débil del sistema de los Círculos —si es que un humilde Cuadrado puede atreverse a mencionar alguna falla en algo que atañe a los Círculos— tiene que ver, a mi parecer, con la relación con las Mujeres. En tanto es de extrema importancia para la Sociedad que la Irregularidad sea eliminada, se sigue que ninguna Mujer con alguna Irregularidad en sus antepasados resulta una pareja propicia para alguien que desea que su posteridad avance en la escala social.

Ahora, la irregularidad de los Hombres es un asunto de medida; pero en tanto las Mujeres son rectas y, a la vista, regulares, para decirlo de alguna manera, es necesario desarrollar otro método para detectar lo que yo llamaría una Irregularidad Invisible, es decir, una Irregularidad potencial, teniendo en cuenta la posible descendencia. Esto se lleva a cabo a través de un certificado de linaje que guarda el Estado y sin el cual ninguna Mujer está autorizada a contraer matrimonio.

Ahora, podría suponerse que un Círculo —orgullosa de su ascendencia y susceptible de dar nacimiento a una descendencia que pueda, en un futuro, aspirar a convertirse en Círculo Principal— será más cuidadoso que cualquiera a la hora de elegir una Mujer sin ninguna mancha en su prontuario. Pero no. Los reparos a la hora de elegir una Mujer parecieran disminuir a medida que se asciende en la escala social. Nada llevaría a un Isósceles con ambición de generar un hijo Equilátero a elegir una Mujer a la que se le conozca alguna irregularidad en su ascendencia; un Cuadrado o un Pentágono, confiando en su buen linaje, no se preocupan por indagar más allá de la generación número quinientos; un Hexágono o un Dodecágono son aún más

descuidados respecto del linaje de la Mujer. Pero se han conocido casos de Círculos que tomaron por esposas a Mujeres con bisabuelos Irregulares, y todo por brillar un poco más que otras o por los encantos de una voz baja, aspecto que en El Plano consideramos “una cualidad excelente en la Mujer”.

Tales matrimonios, como podría esperarse, o no producen descendencia, o producen hijos irregulares o con menos lados; pero ninguno de estos peligros constituye una fuerza disuasoria suficiente. La pérdida de algunos lados en un Polígono desarrollado no resulta notoria a simple vista, y suele ser compensada con una operación exitosa en el Gimnasio Circular Terapéutico Infantil, como expliqué más arriba. Por otro lado, los Círculos están predispuestos a la infecundidad pues es una Ley propia del desarrollo superior. Sin embargo, si no se detiene la propagación de este mal, las clases Circulares comenzarán a disminuir más y más rápidamente, y no estará lejos el día en que la raza no sea capaz de producir el Círculo Principal y hacer que la Constitución de El Plano se desplome.

Se me ocurre otra palabra de advertencia, aunque a decir verdad no podría proporcionar una solución, y ésta también tiene que ver con el sexo débil. Hace alrededor de trescientos años, el Círculo Principal decretó que, dado que la Razón de las Mujeres es deficiente pero no así sus sentimientos, ya no deberían ser tratadas como seres racionales ni recibir educación intelectual alguna. El resultado fue que dejó de enseñárseles a leer o escribir y ya ni siquiera se les enseñaba el mínimo necesario de aritmética como para contar los ángulos de sus propios esposos o hijos. Desde entonces su ya de por sí bajo nivel intelectual fue declinando sensiblemente con los años, hasta el día de hoy, en que se mantiene el sistema de no educación para las Mujeres.

Temo que, aunque ideada con las mejores intenciones, esta política haya sido llevada tan lejos como para perjudicar a los mismos Hombres, pues debemos mantener una especie de existencia bi-lingüística y bi-mental. Con las Mujeres hablamos de “amor”, “deber”, “bien”, “mal”, “pena”, “esperanza”, y demás conceptos emocionales e irracionales que no poseen existencia real; y el fingir que sí la poseen no tiene otro objeto que controlar los desbordes femeninos. Pero entre nosotros y en nuestros libros, utilizamos un vocabulario completamente diferente; me atrevo a decir, otro idioma. “Amor” se convierte en “la anticipación de beneficios”; “deber”, en “necesidad” o “conveniencia”; y así sucesivamente. Más aún, entre las Mujeres, utilizamos un lenguaje que aparenta deferencia para con su sexo; y ellas realmente creen que ni siquiera el Círculo Principal merece nuestra adoración tanto como ellas; pero a sus espaldas todos —excepto los niños— nos referimos a las Mujeres como seres apenas superiores a “organismos sin cerebro”.

La Teología que practicamos en casa también difiere de la que mantenemos afuera.

Mi humilde temor es ahora que esta doble existencia, tanto en la palabra como en el pensamiento, resulte una carga demasiado pesada para los jóvenes; especialmente

cuando, a los tres años de edad, son apartados de sus madres para comenzar a aprender el idioma clásico y el vocabulario de la ciencia, que jamás utilizarán frente a ellas o sus niñeras. A mi parecer, el aprendizaje de las Matemáticas en la actualidad es mucho más débil que hace trescientos años. No diré nada acerca del posible peligro que conllevaría que, subrepticamente, una Mujer aprendiera a leer y transmitiera el contenido de alguna obra de literatura popular a otras de su sexo; tampoco acerca de la posible indiscreción y desobediencia de algún niño que revele a su Madre los secretos del dialecto lógico. Tan sólo basándome en el debilitamiento del intelecto Masculino, simplemente insinúo esta humilde apreciación a las Altas Autoridades, con el objeto de que reconsideren la regulación acerca de la educación Femenina.

# Parte II

## Otros mundos

*O brave new worlds, that have such people in them!*

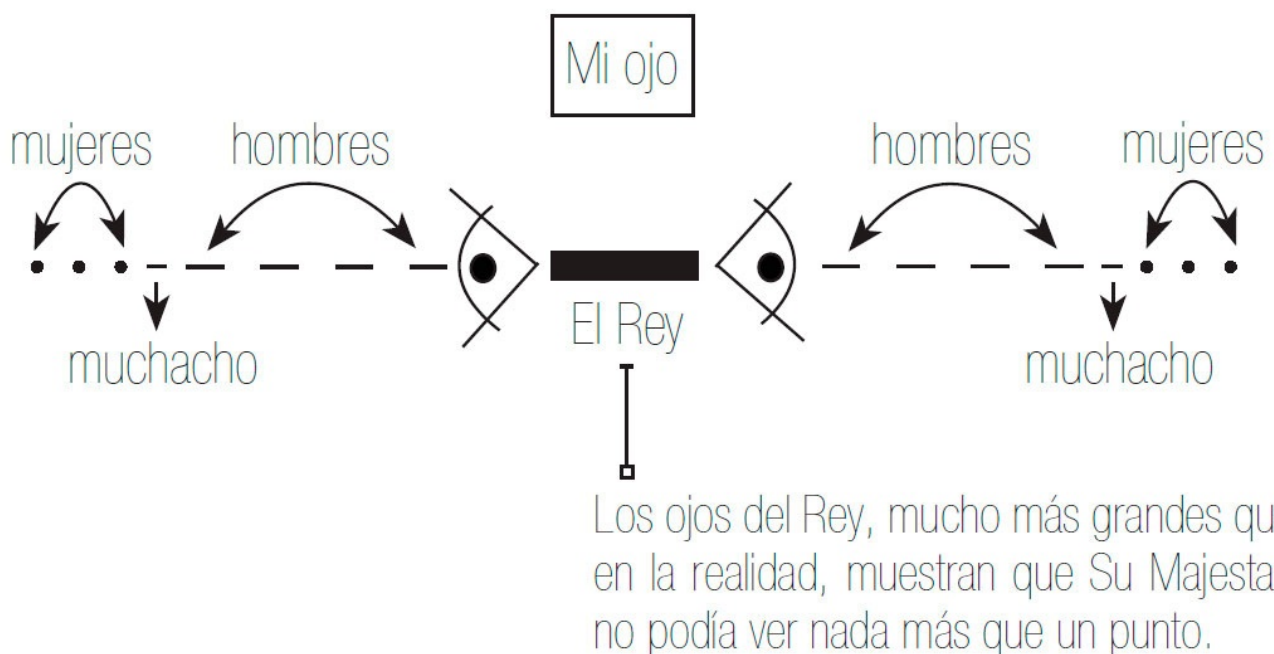


# 13 | Cómo conocí La Línea

Era el último día del año 1999 de nuestra era y el primer día de las Largas Vacaciones. Después de haberme entretenido hasta tarde con la Geometría, uno de mis pasatiempos favoritos, me había ido a la cama pensando en un problema que no había logrado resolver. Tuve un sueño. Vi delante de mí una multitud de pequeñas Líneas Rectas (asumí, naturalmente, que eran Mujeres) entremezcladas con otros seres aún más pequeños, como si fueran puntos luminosos. Todas se movían hacia adelante y hacia atrás sobre la misma Línea Recta y, según me pareció, a la misma velocidad.

Un ruido confuso, como un pitido, emanaba a intervalos de la multitud al moverse; pero por momentos cesaba el movimiento y todo se volvía silencioso.

## Mi visión de La Línea



Me acerqué a la línea más grande, le hablé pero no me respondió. Le hablé otra vez, y otra, con la misma suerte. Perdí la paciencia ante lo que supuse una actitud de lo más grosera; llevé mi boca justo enfrente de la suya como para interceptar su movimiento, y en voz alta exclamé:

—Mujer, ¿qué significa todo este tumulto de seres, y ese extraño pitido, y ese movimiento monótono hacia adelante y hacia atrás sobre la misma Línea Recta?

—No soy una Mujer —respondió la pequeña Línea—. Soy el Rey del mundo. ¿Cómo has llegado tú a mi reino de La Línea?

Ante tal abrupta respuesta, solicité las debidas disculpas si es que acaso había asustado o perturbado a Su Majestad. Dije que era un extraño que quería saber acerca

de sus dominios. Tarea difícil resultó obtener algún tipo de información, pues el Rey estaba convencido de que yo debía saber todo lo que preguntaba y creía que estaba haciéndole una broma. Sin embargo, gracias a mi perseverante curiosidad, logré obtener los siguientes datos:

El pobre Monarca —como él mismo se autodefinía— creía que la Línea Recta, que él llamaba su Reino, y en el que había nacido y vivido siempre, era el mundo entero, el Espacio completo. Sin posibilidad de moverse o ver siquiera por fuera de esa Línea, no podía tener concepción de nada más allá de ésta. Aunque había escuchado mi voz cuando le hablé por primera vez, los sonidos le habían llegado de una manera tan diferente a la habitual que no respondió.

—No vi a nadie —así lo expresó—. Y escuché una voz que parecía venir de mis intestinos.

Hasta que no ubiqué mi boca en su mundo, no me había visto, ni había oído nada excepto confusos sonidos golpeteando sobre lo que él llamó su interior o estómago, que era en realidad su costado. No podía concebir siquiera la región de la que había llegado yo. Fuera de su Mundo, o Línea, todo era blanco para él; y ni siquiera, pues el blanco supone espacio. Digamos entonces que nada existía más que la Línea.

Sus súbditos —las pequeñas Líneas eran Hombres y los puntos Mujeres— estaban también confinados a moverse sobre esa Línea y no ver nada más allá de ella. Ese era el Mundo. No necesito agregar que todo su horizonte no era más que un Punto; o que nadie podría haber visto jamás más que un Punto. Hombre, mujer, niño, cosa, todos eran un Punto a los ojos de los habitantes de La Línea. Únicamente por la voz podía distinguirse el sexo o la edad del hablante. Más aún, en tanto cada individuo ocupaba todo el espacio que constituía su universo, y nadie podía trasladarse de izquierda a derecha, los habitantes de La Línea no podían adelantarse los unos a los otros. El vecino era vecino de por vida. Ser vecinos para ellos era como ser marido y mujer para nosotros. Los vecinos eran siempre vecinos, hasta que la muerte los separase.

¡Qué lamentable me pareció su existencia! ¡Toda la visión limitada a un Punto, y el movimiento a una Línea Recta! Pero me sorprendió la vivacidad y la alegría del Monarca. Me preguntaba si era posible —dadas circunstancias tan desfavorables para las relaciones domésticas— disfrutar de los placeres de la unión conyugal. Aunque dudaba en curiosear acerca de asuntos tan delicados, finalmente pregunté por la salud de su familia.

—Mis esposas e hijos están bien y felices —contestó.

Sorprendido con la respuesta —pues cerca del Monarca (tal como había notado en mi sueño antes de entrar en La Línea) no había más que hombres— me atreví a rebatir:

—Mis disculpas, pero no puedo imaginarme cómo Su Majestad puede ver o acercarse a sus Esposas, cuando al menos doce individuos le impiden el paso. ¿Es posible que en La Línea no sea necesaria la proximidad para contraer matrimonio y

producir descendencia?

—¿Cómo puedes hacer tan absurda pregunta? —contestó el Rey—. Si eso fuera necesario el Universo se despoblaría rápidamente. No. No es necesaria la proximidad para la unión de los corazones; y los nacimientos son demasiado importantes como para que dependan de algo tan accidental como la cercanía. No puedes ignorar eso. Pero en tanto parece que te apetece fingir desconocimiento, te lo explicaré como a un niño. Debes saber, entonces, que los matrimonios se consuman a través de la facultad de emitir sonidos y el sentido del oído.

—Desde luego sabes que todos los hombres poseen dos bocas o voces —al igual que dos ojos—, un bajo en una de las extremidades y un tenor en la otra. No debería decir esto, pero no he podido distinguir tu tenor en el transcurso de nuestra conversación.

Respondí que sólo tenía una voz, y que no había notado que Su Majestad tenía dos.

—Eso confirma mis sospechas —dijo el Rey—. No eres un Hombre sino una Monstruosidad femenina con una única voz en bajo y un oído completamente inculto. Pero siguiendo con lo que decía, la Naturaleza ha ordenado que todo Hombre tenga dos esposas.

—¿Por qué dos? —pregunté.

—Llevas tu falsa ignorancia demasiado lejos, —exclamó—. ¿Cómo puede una unión ser completamente armoniosa sin la combinación de Cuatro en Uno; es decir, el Bajo y el Tenor del Hombre y el Soprano y el Contralto de la Mujer?

—Pero, ¿qué sucede si un hombre prefiere tener sólo una mujer, o tres? —pregunté.

—Es imposible; es tan inconcebible como que dos más uno den cinco, o como que el ojo humano vea una Línea Recta.

En ese momento lo habría interrumpido pero continuó:

—Cada semana, la Ley Natural nos compele a movernos hacia adelante y hacia atrás con un movimiento rítmico más violento de lo corriente, y que mantenemos hasta la cuenta de ciento uno.

En medio de esta danza, en la pulsación cincuenta y uno, los habitantes del universo hacen una pausa y cada individuo emite su más rico, completo y dulce sonido. En este momento decisivo se consuman nuestros matrimonios. Tan perfecta es la adaptación del Bajo al Soprano, del Tenor al Contralto, que a menudo los Amantes, aunque separados por miles de kilómetros, reconocen la nota en respuesta a su llamado al instante; y atravesando los mezquinos obstáculos de la distancia, el Amor une a los tres. El matrimonio, consumado en ese instante, produce un hijo y dos hijas, que toman su lugar en La Línea.

—¿Qué cosa? ¿Una de las esposas siempre da a luz a mellizas?

—Monstruosidad de voz en bajo, ¡sí! ¿Cómo mantendríamos el equilibrio entre sexos si dos niñas no nacieran para cada varón? ¿Es que acaso también ignoras el

ABC de la Naturaleza?

Se detuvo; y un momento transcurrió hasta que logré que retomara su relato.

—Desde luego no creerás que cada hombre encuentra a sus mujeres al primer canto. Al contrario, la mayoría repite el proceso varias veces. Pocos afortunados reconocen de inmediato la voz del compañero que la Providencia ha establecido para ellos y alcanzan una unión perfectamente armoniosa. Para la mayoría de nosotros el cortejo dura mucho tiempo. La voz del hombre puede ser reconocida por una de las dos mujeres pero no por las dos, e incluso al principio, por ninguna. Puede suceder, asimismo, que los Sopranos y los Contraltos no armonicen. Cuando ese es el caso, la Naturaleza establece que en cada Coro semanal los tres Amantes intenten alcanzar una mayor armonía.

En cada ensayo, si se descubre alguna disonancia, aunque apenas sea perceptible, el imperfecto debe modificar el sonido de su voz hasta aproximarse al más perfecto. Varios intentos y aproximaciones finalmente dan sus frutos. Llega el día, entonces, en que los tres distantes Amantes alcanzan la armonía exacta y, embelesados con el sonido de sus voces, el triple matrimonio logra consumarse y la Naturaleza se regocija con la nueva unión y los tres nuevos nacimientos.

# 14 | Mi vano intento por explicar la naturaleza de El Plano

Pensando que ya era tiempo de terminar con el arrebató del Rey y de conducirlo al nivel del sentido común, me dispuse a abrir sus ojos a la verdad y explicarle cómo era la vida en El Plano. Así comencé:

—¿Cómo conoce Su Majestad las formas y posiciones de sus súbditos? Por mi parte, he visto, al ingresar en La Línea, que algunos de los habitantes son líneas y otros puntos, y que algunas de las líneas son más largas que otras.

—Eso es imposible —interrumpió el Rey—. Debes haber tenido una visión, pues detectar la diferencia entre una línea y un punto a través de la vista, como todos sabemos, es imposible; aunque eso sí puede lograrse a través del oído. También mi forma puede distinguirse por este medio. Obsérvame: soy una Línea, la más larga de mi Reino, mido más de quince centímetros en el espacio.

—De largo —me atreví a replicar.

—Necio —contestó—. El espacio es la longitud.

Interrúmpeme otra vez y verás.

Me disculpé; y el Monarca continuó con desdén:

—En tanto los argumentos no te convencen, deberás escuchar cómo, por medio de mis dos voces, revelo mi forma a mis esposas, que en este momento se hallan a cinco kilómetros, medio metro, veinte centímetros de distancia, una hacia el Norte y la otra hacia el Sur. Escucha, las llamaré.

Emitió un pitido y luego continuó complacido:

—En este momento mis Esposas están recibiendo el sonido de una de mis voces, inmediatamente seguido del sonido de mi otra voz; y en tanto perciben que el segundo llamado les llega luego de un intervalo en el que el sonido puede atravesar dieciséis centímetros, infieren que una de mis bocas se encuentra a dieciséis centímetros de distancia de la otra, y así deducen que mido dieciséis centímetros. Pero desde luego mis esposas no realizan todos estos cálculos cada vez que escuchan el sonido de mis voces. Lo hicieron una vez, antes de casarnos. Pero pueden hacerlo en cualquier momento. Y de la misma manera yo puedo estimar el tamaño de cualquiera de los hombres de La Línea a través del oído.

—Pero entonces, si un Hombre simula la voz de una Mujer con alguna de sus dos voces, o afecta la voz del Sur de manera que no pueda reconocerse como el eco de la voz del Norte, ¿no serían tales engaños un serio problema? ¿Poseen acaso alguna forma de evitar este inconveniente, enseñando a los vecinos a tocarse, por ejemplo?

Desde luego ésta era una pregunta estúpida, pues el tacto no habría solucionado la

cuestión. Pero mi intención fue irritar al Rey y vaya si lo logré.

—¿Qué dices? —exclamó furioso—. Explícate.

—Sentir, tocar, tomar contacto —contesté.

—Si por “tocar”, quieres decir acercarse a otro de tal manera que se rompa el intervalo entre ambos, debes saber, extraño, que tal delito se paga con la muerte en mi Reino. Y la razón es evidente. La fragilidad de la Mujer es tal que corre el riesgo de deshacerse al mínimo contacto. Es obligación de Estado preservarla de este riesgo. Pero en tanto las Mujeres no resultan distinguibles de los Hombres a través de la vista, la Ley dicta que ni hombres ni mujeres se aproximarán de tal manera que vulneren el espacio establecido entre vecinos. Y de todos modos, ¿con qué propósito sería necesario este ilegal y antinatural exceso de acercamiento que tú llamas “tocar”, si todos los efectos de tan burdo y grosero proceso se alcanzan más fácilmente y con mayor precisión a través del oído? En cuanto a la posibilidad de engaño que sugieres, no existe tal posibilidad: la Voz es la esencia de los individuos y no se la puede modificar por propia voluntad. Pero aunque tuviera la habilidad de atravesar sólidos, de manera que pudiera penetrar a mis súbditos, uno detrás del otro, hasta llegar a los miles de millones, verificando así los tamaños y las distancias de cada uno a través del tacto, ¡qué derroche de energía y tiempo implicaría este torpe e inexacto método! Mientras que con nuestro método, con sólo escuchar un instante, obtengo todas las estadísticas locales, corporales, mentales y espirituales de cada ser en La Línea. ¡Tan sólo escuchando!

Así dijo, hizo una pausa y escuchó, embelesado, un sonido que para mí no fue más que un débil pitido, como si proviniera de una multitud de diminutos saltamontes.

—Es verdad —contesté—. El sentido del oído les es verdaderamente útil y compensa muchas de sus deficiencias. Pero permítame señalar que la vida en La Línea debe ser de lo más aburrida. ¡No ver nada más que puntos! ¡No ver siquiera una Línea Recta! ¡No poder siquiera concebir una línea recta! ¡Pueden ver pero no tienen la posibilidad de ver siquiera una línea! ¡Sería preferible no ver en absoluto a ver tan poco! Le aseguro que mi oído no es tan desarrollado como el suyo, pues Su Majestad siente placer al escuchar sonidos que para mí no son más que pitidos. Pero al menos puedo distinguir con la vista entre una Línea y un Punto. Y déjeme probar lo que digo. Justo antes de ingresar en La Línea vi a Su Majestad moverse de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda; tiene siete hombres y una mujer a la izquierda y ocho hombres y dos mujeres a la derecha. ¿Es correcto?

—Es correcto —dijo el Rey—, en lo que respecta a los números y los sexos; aunque no comprendo los términos “izquierda” y “derecha”. Pero niego que hayas visto lo que dices. Pues, ¿cómo podrías ver tú la Línea, es decir, el interior de un hombre? Debes haber escuchado algunas cosas, y soñado que las has visto. Y permítame preguntarte qué significan los términos “izquierda” y “derecha”. ¿Es acaso tu manera de referirte al Norte y al Sur?

—De ninguna manera —contesté—. Además del movimiento hacia adelante y hacia atrás existe otro movimiento, que yo llamo de izquierda a derecha.

Rey: Enséñame, te suplico, ese movimiento.

Yo: No puedo hacerlo, a menos que puedas salir de La Línea.

Rey: ¿Salir de La Línea? ¿Acaso pretendes que salga del mundo, que salga del Espacio?

Yo: Bueno, sí. De su Mundo, de su espacio. Pues su Espacio no es el verdadero Espacio. El verdadero Espacio es un Plano; su espacio es tan sólo una Línea.

Rey: Si no puede enseñarme el movimiento de izquierda a derecha tú mismo, entonces descríbelo con palabras.

Yo: Si no puedes distinguir entre la derecha y la izquierda, me temo que ninguna palabra mía logrará hacerle comprender el concepto. Pero apuesto a que puede hacer tal distinción.

Rey: No comprendo en absoluto lo que dices.

Yo: ¿Cómo explicarme? Cuando se mueve hacia adelante, ¿nunca se le ocurrió moverse hacia otro lado, voltearse de tal manera que mire en la dirección a la que ahora apunta su lado? En otras palabras, en lugar de moverse siempre en la dirección de alguna de sus extremidades, ¿nunca ha deseado moverse en la dirección de su lado, para decirlo de alguna forma?

Rey: Jamás. ¿Pero qué quieres decir? ¿Cómo puede el interior de un hombre “dirigirse” hacia algún lugar? ¿Cómo puede un hombre moverse en la dirección de su propio interior?

Yo: Veo que las palabras no alcanzan para hacerle comprender la cuestión. Recurriré a los hechos. Me moveré lentamente fuera de La Línea en la dirección que deseo indicarle.

Comencé a moverme fuera de La Línea. Mientras alguna parte de mí permanecía en sus dominios y ante su vista, el Rey exclamaba:

—Te veo. Aún te veo; no te estás moviendo.

Pero en cuanto salí completamente de La Línea, lanzó un grito estridente:

—¡Ha desaparecido! La criatura monstruosa ha desaparecido, ¡ha muerto!

—No he muerto —contesté—, simplemente estoy fuera de La Línea, es decir, fuera de la Línea Recta que ustedes llaman Espacio. Estoy en el verdadero Espacio, donde puedo ver las cosas como realmente son. Y en este momento puedo ver su Línea, o su lado, o interior, como le gusta llamarlo. También veo a los Hombres y Mujeres al norte y al sur; ahora los enumeraré y describiré su orden, tamaño e intervalo entre cada uno.

Luego de hacer esto, exclamé con voz de triunfo:

—¿Lo he convencido?

Y entré en La Línea nuevamente, ubicándome en el mismo lugar de antes.

Pero el Rey contestó:

—Si fueras un hombre de razón —aunque al parecer sólo tienes una voz, de

manera que apuesto que eres una Mujer y no un Hombre— si al menos pensaras un poco, entenderías razones. Pretendes que crea que existe otra Línea además de la que mis sentidos dan cuenta, y otro movimiento además del que realizo cotidianamente. Yo, entonces, te solicito que describas en palabras o indiques con el cuerpo aquella otra Línea de la que hablas. Y en lugar de moverte, practicas algún truco de magia que te hizo desaparecer y luego volver a la vista; y en lugar de describir con lucidez tu nuevo Mundo, te contentas con decirme el número y tamaño de mi comitiva, características que cualquier niño de La Línea conoce. ¿Puede alguien ser tan irracional e insolente? Reconoce tu desquicio o aléjate de mis dominios.



Furioso con su obstinación, y especialmente indignado con que insinuara que soy una Mujer, no medí mis palabras:

—¡Maniático Rey! Crees ser un ser perfecto cuando en realidad eres el más imperfecto y necio. Crees ver cuando en realidad no ves más que un Punto. Estás convencido de que no puede existir una Línea Recta pero yo veo Líneas Rectas, e infiero la existencia de Ángulos, Triángulos, Cuadrados, Pentágonos, Hexágonos y hasta Círculos. ¿Para qué malgastar mis palabras? Conténtate con saber que soy lo que a ti te falta. Que eres una Línea pero yo soy una Línea de Líneas, conocido en mi país como un Cuadrado. Y aunque soy infinitamente superior a ti, estoy por debajo de los grandes Nobles de El Plano, desde donde he venido de visita, con la esperanza de arrancarlos de su ignorancia.

Ante estas palabras el Rey avanzó hacia mí con un grito amenazante, como si fuera a atravesarme en la diagonal; y en ese mismo instante se elevó de entre la multitud un grito de guerra, cuya intensidad se incrementaba más y más, tanto que podría haber competido con el rugido de un ejército de cien mil Isósceles, y la artillería de mil Pentágonos. Atónito e inmóvil, no podía emitir palabra ni alejarme para evitar la inminente destrucción. El sonido se elevó y el Rey se me acercó aún más, cuando desperté con el sonido de la campana del desayuno, que me trajo de regreso a la realidad de El Plano.



# 15 | Un Extraño de El Espacio

De los sueños pasé a los hechos. Era el último día del año 1999 de nuestra era. El golpeteo de la lluvia había anunciado hacía tiempo la caída del anochecer. Estaba sentado<sup>[4]</sup> junto a mi Esposa, reflexionando sobre el año que se iba y pensando en lo que traería el que llegaba, el siglo que llegaba, el nuevo Milenio.

Mis cuatro Hijos y mis dos Nietos huérfanos se habían retirado a descansar, y sólo mi esposa me acompañaba en la partida del viejo milenio y la llegada del nuevo. Estaba absorto en mis pensamientos, reflexionando en lo que hacía unos minutos había dicho mi Nieto menor, un joven Hexágono con gran futuro, inusitada inteligencia y perfecta regularidad. Sus tíos y yo le habíamos dado la acostumbrada lección sobre Reconocimiento Visual, volviéndonos sobre nuestros centros, más rápido, más lento, y preguntándole sobre nuestras posiciones. Sus respuestas habían sido tan satisfactorias que me vi en la obligación de recompensarlo con algunos apuntes sobre Aritmética.

Tomé nueve cuadrados de 3 centímetros de cada lado, y los coloqué de manera tal que formaran un gran Cuadrado de 9 centímetros de lado; así demostré a mi nieto que —aunque nos era imposible ver el interior del cuadrado— podíamos calcular el número de centímetros cuadrados que contiene, simplemente elevando al cuadrado el número de centímetros del lado:

—Así, 9 elevado al cuadrado u 81 representa el número de centímetros cuadrados de un Cuadrado cuyo lado mide 9 centímetros.

El pequeño Hexágono reflexionó un momento y dijo:

—Pero tú me has enseñado a elevar números al cubo. Asumo que 9 elevado al cubo debe significar algo en Geometría; ¿qué significa?

—Nada en absoluto —contesté—. Al menos no en Geometría, pues esta disciplina sólo posee dos dimensiones.

Luego comencé a enseñarle cómo un Punto, al trasladarse una distancia de 9 centímetros, forma una línea de 9 centímetros, representada por 9. Y cómo una Línea de 9 centímetros, al trasladarse paralela a sí misma a lo largo de 9 centímetros, forma un Cuadrado de 9 centímetros de lado, que puede ser representado por 81.

Ante esto, mi Nieto, tomándome casi por sorpresa, volvió a sugerir:

—Entonces, si un Punto al trasladarse 9 centímetros forma una Línea de 9 centímetros representada por 9; y si una línea recta de 9 centímetros, moviéndose paralela a sí misma, forma un Cuadrado de 9 centímetros de lado, representado por 81; debe seguirse que un Cuadrado de 9 centímetros de cada lado, desplazándose de alguna manera paralelo a sí mismo (aunque no veo cómo), debe formar otra cosa

(aunque no se me ocurre qué) de 9 centímetros de lado. Y esta cosa debe ser representada por 9 elevado al cubo.

—Vete a la cama —contesté, un poco perturbado por la interrupción—. Si hablaras menos tonterías comprenderías más razones.

Mi nieto se retiró avergonzado; y fue entonces que me senté junto a mi esposa, a recordar el año 1999 y vislumbrar las posibilidades que traería el año 2000, pero sin lograr deshacerme de la molestia que había provocado la intervención del pequeño y brillante Hexágono. Todavía quedaban unos granos de arena en el reloj. Me desperté de mi entresueño y me levanté a dar vuelta el reloj hacia el Norte por última vez en el Milenio; al hacerlo, dije en voz alta:

—El niño es un tonto.

En ese instante percibí una presencia en la habitación, y una respiración fría me estremeció de pies a cabeza.

—No lo es —respondió mi esposa—, y violas los Mandamientos deshonrando a nuestro Nieto.

No escuché lo que decía. Miré a mi alrededor y no vi absolutamente nada; pero aún podía sentir la presencia. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando escuché otra vez el frío suspiro. Tuve un escalofrío.

—¿Qué sucede? —preguntó mi Esposa—. No hay ninguna corriente, ¿qué buscas?

No había nada. Me senté otra vez y dije:

—El niño es un tonto. Nada puede significar 9 elevado al cubo en Geometría.

Al instante escuchamos con nitidez una voz:

—El niño no es un tonto; y 9 elevado al cubo seguramente posee un significado Geométrico.

Tanto mi Esposa como yo lo escuchamos —aunque ella no comprendió las palabras— y ambos nos pusimos de pie en dirección al sonido. ¡Imagina nuestro horror al ver enfrente de nosotros una figura! A primera vista parecía una Mujer vista de costado; pero al mirarla con más detenimiento noté que sus extremidades se oscurecían demasiado rápido como para ser una de Ellas. Supuse que era un Círculo, sólo que su tamaño se alteraba de una manera que nunca había visto en uno ni en ninguna otra figura regular que conociera.

Pero mi Esposa no poseía mis conocimientos, ni la inteligencia necesaria para notar estas características. Con la precipitación y la irreflexión que caracteriza a las de su sexo, de inmediato concluyó que una Mujer había entrado a la casa.

—¿Cómo entró esta Mujer aquí? —exclamó—. Cariño, me prometiste que la casa no tendría aberturas.

—No hay aberturas en la casa —respondí—; ¿y qué te hace pensar que el intruso es una Mujer? Recuerda que soy yo el que puede Reconocer con la Vista.

—Oh, no tengo paciencia para tu vista —contestó—. Tocar es creer, y una Línea Recta al tacto vale lo que un Círculo a la Vista.

Son dos proverbios que suele repetir muy a menudo el Sexo Débil en El Plano.

—De acuerdo —dije, pues no quería irritarla—: Exígele entonces que se presente.

Con su porte más elegante, mi esposa se acercó al extraño:

—Permítame, Señora, tocar y...

Retrocedió al instante:

—¡Oh! No es una Mujer, y tampoco tiene ángulos; ni un rastro de ellos. ¿Es posible que haya deshonrado así a un Círculo?

—En cierto sentido soy un Círculo —respondió la Voz—, el Círculo más perfecto de El Plano. Pero hablando con precisión, soy muchos Círculos en uno.

Luego agregó:

—Debo transmitir un mensaje a su esposo, Señora, pero no puedo hacerlo en su presencia; ¿le molestaría si nos retiramos un momento?

Pero mi esposa no quiso permitir que nuestro augusto visitante se incomodase y, asegurando que ya era hora de irse a la cama, se disculpó una y otra vez por su indiscreción y se retiró a su habitación.

Eché un vistazo al reloj de arena. Los últimos granos habían caído. El tercer Milenio había comenzado.

# 16 El Extraño se esfuerza, inútilmente, por revelar verbalmente los misterios de El Espacio

Cuando el sonido del Grito de Paz de mi Esposa finalmente se extinguió, me acerqué al Extraño para obtener una visión más clara de su aspecto y ofrecerle un asiento, pero su apariencia me paralizó completamente.

Sin el mínimo asomo de angulación, la criatura presentaba variaciones en su tamaño y brillo inimaginables en otra figura que conociera. Por un instante pensé que podía tratarse de un ladrón o asesino, de algún monstruoso Isósceles que, imitando la voz de un Círculo, haya sido admitido en mi hogar, y ahora me fuera a atravesar con su ángulo.

La ausencia de niebla en la sala (el clima estaba particularmente seco esos días) no me permitía fiarme del Reconocimiento Visual, especialmente a tan corta distancia. Aterrorizado lo increpé:

—Debe permitirme, Señor.

Lo toqué. Mi Esposa tenía razón. Ni un rastro de angulación, ni la más mínima aspereza o irregularidad. Nunca había estado en presencia de Círculo más perfecto. Permaneció inmóvil mientras bordeé su perímetro. Comencé por el ojo y regresé a él. Era completamente circular, un perfecto y satisfactorio Círculo; no había dudas de ello. Nos dijimos unas palabras, que pasaré a reproducir lo más exactamente posible, omitiendo únicamente mis innumerables pedidos de disculpas, pues me avergonzaba y humillaba que, siendo yo un Cuadrado, haya tenido la impertinencia de tocar a un Círculo. Comenzó el extraño, un poco impaciente ya con el extendido proceso introductorio.

Extraño: ¿Ya me has tocado lo suficiente? ¿No nos presentaremos ahora?

Yo: Mi Lord, disculpe mi torpeza, y no crea que ignoro las normas de conducta de la sociedad educada; es que ha sido tal la sorpresa y el nerviosismo que provocaron tan inesperada visita. Le ruego que no comparta con nadie mi indiscreción, y mucho menos con mi Esposa. Pero antes de continuar con la conversación, ¿se dignaría, mi Lord, a satisfacer la curiosidad de saber de dónde viene?

Extraño: De El Espacio. ¿De dónde más?

Yo: Mis disculpas, mi Lord, ¿pero no nos encontramos ya en el Espacio? ¿Tanto usted como su humilde servidor?

Extraño: ¡Tonterías! ¿Qué sabes tú de El Espacio? Defínelo.

Yo: El Espacio, mi Lord, es altura y ancho prolongados indefinidamente.

Extraño: Lo suponía, no tienes la menor idea de lo que es el Espacio. Tú crees que El Espacio posee dos dimensiones, pero yo he venido a anunciarte que existen tres: ancho, altura y longitud.

Yo: Mi Lord, aquí también hablamos de longitud y altura, o de ancho o espesor; es decir, utilizamos cuatro términos para referirnos a Dos Dimensiones.

Extraño: Pero yo no me refiero a las palabras sino a verdaderas dimensiones.

Yo: ¿Me indicaría, mi Lord, en qué dirección se halla esa tercera dimensión, desconocida para mí?

Extraño: Vengo de allí. Se encuentra hacia arriba y hacia abajo.

Yo: Se referirá al Norte y al Sur.

Extraño: En absoluto. Me refiero a una dirección en la que no puedes mirar, pues no tienes ojo en el costado.

Yo: Perdona, mi Lord. Pero si me mira con más detenimiento verá que tengo un perfecto ojo en la intersección de mis lados.

Extraño: Lo veo. Pero para ver El Espacio debes tener un ojo, no en tu perímetro sino en tu lado, o en lo que aquí probablemente llaman el interior; pero que en El espacio llamamos lado.

Yo: ¡Un ojo en mi interior! ¡Un ojo en mi estómago! Mi Lord, ¿acaso está gastándome una broma?

Extraño: En absoluto. Te digo que vengo de El Espacio o, en tanto no entenderías lo que significa Espacio, de la tierra de las Tres Dimensiones, desde donde he observado tu Plano, que ustedes llaman Espacio. Desde tal posición de ventaja, he deducido que todo lo que aquí llaman sólidos (con lo que quieren indicar que está cerrado en sus cuatro lados): sus casas, iglesias y cajas; sus interiores y estómagos, están abiertos para mí, yo puedo verlos.

Yo: Es fácil expedir tales aserciones.

Extraño: Lo que no es fácil es probarlas. Pero me atreveré a hacerlo. Cuando descendí a El Plano, vi a tus cuatro Hijos, los Pentágonos, cada uno en su habitación, y a tus dos Nietos, los Hexágonos. Vi a tu Nieto menor permanecer contigo y luego retirarse a su habitación, dejándote solo con tu Esposa. Vi a tus sirvientes Isósceles, tres en total, en la cocina a la hora de la cena, y el pequeño recadero en la despensa. Luego vine hasta aquí. ¿Cómo crees que llegué?

Yo: Por el techo, supongo.

Extraño: No. El techo, como bien sabes, fue reparado hace poco, y no posee abertura alguna por la que, siquiera una Mujer, pudiera pasar. Te digo que vengo de El Espacio. ¿Es que lo que he dicho acerca de tus hijos y tu casa no te convence?

Yo: Mi Lord debe saber que la información respecto de mis humildes servidores podría obtenerla fácilmente a través de cualquier vecino.

Extraño (a sí mismo): ¿Qué debo hacer? Paciencia; tienes un argumento más.

Cuando ves una Línea Recta, a tu Esposa por ejemplo, ¿cuántas dimensiones le atribuyes?

Yo: Mi Lord cree que habla con un ser vulgar que, ignorante de las matemáticas, piensa que las Mujeres realmente son una Línea Recta y sólo poseen una dimensión. Pues no. Los Cuadrados, mi Lord, somos lo suficientemente listos como para saber que una Mujer, aunque popularmente se la describa como una Línea Recta, posee Dos Dimensiones, tal como el resto de las personas; es decir, posee largo y ancho (o espesor).

Extraño: Pero el mismo hecho de que la Línea sea visible implica que posee otra dimensión.

Yo: Mi Lord, ya he dicho que la Mujer es tanto larga como ancha. Vemos su longitud e inferimos su ancho que, aunque es mínimo, puede ser medido.

Extraño: No comprendes. Quiero decir que cuando ves una Mujer, además de inferir su ancho, debes ver su longitud y su altura, como lo llamamos nosotros; aunque esta última dimensión es infinitesimal en El Plano. Si una Línea fuera tan sólo longitud, sin altura, cesaría de ocupar espacio y sería invisible. ¿Seguramente comprendes esto, verdad?

Yo: Debo confesar que no lo comprendo en absoluto, mi Lord. Cuando vemos una Línea en El Plano, vemos longitud y brillo. Si el brillo desaparece, la Línea se extingue y, como bien dice, deja de ocupar espacio. Pero entiendo que mi Lord le da al brillo el estatus de Dimensión, y que lo que nosotros llamamos “brillo”, ustedes lo llaman “altura”, ¿no es así?

Extraño: Por supuesto que no. Con “altura” me refiero a una Dimensión como la longitud; sólo que aquí la altura no se advierte con facilidad, pues es casi imperceptible.

Yo: Mi Lord, su afirmación es rebatible fácilmente. Afirma que existe una Tercera Dimensión llamada altura. Ahora, Dimensión implica dirección y medida. Mida mi altura o indique en qué dirección se extiende y le creeré; de lo contrario deberá disculparme.

Extraño (a sí mismo): No puedo hacerlo. ¿Cómo convencerlo? Seguramente algunas aclaraciones más y una demostración visual alcanzarán.

Escúchame con atención. Vives en un Plano. Lo que llaman El Plano es una vasta superficie de lo que yo llamaría un fluido sobre el que tú y tus compatriotas se mueven, sin elevarse ni caerse.

Yo no soy una Figura plana sino un Sólido. Tú me llamas Círculo pero, en realidad, soy una infinidad de Círculos, cuyo tamaño va del Punto a un Círculo de treinta y tres centímetros de diámetro, uno sobre el otro. Al aparecer en tu plano como lo estoy haciendo ahora, sólo puede verse una sección de mi cuerpo que tú bien llamas Círculo. Pues una Esfera —tal es mi verdadero nombre en El Espacio— al manifestarse ante un habitante de tu país, no puede hacerlo más que en forma de Círculo.

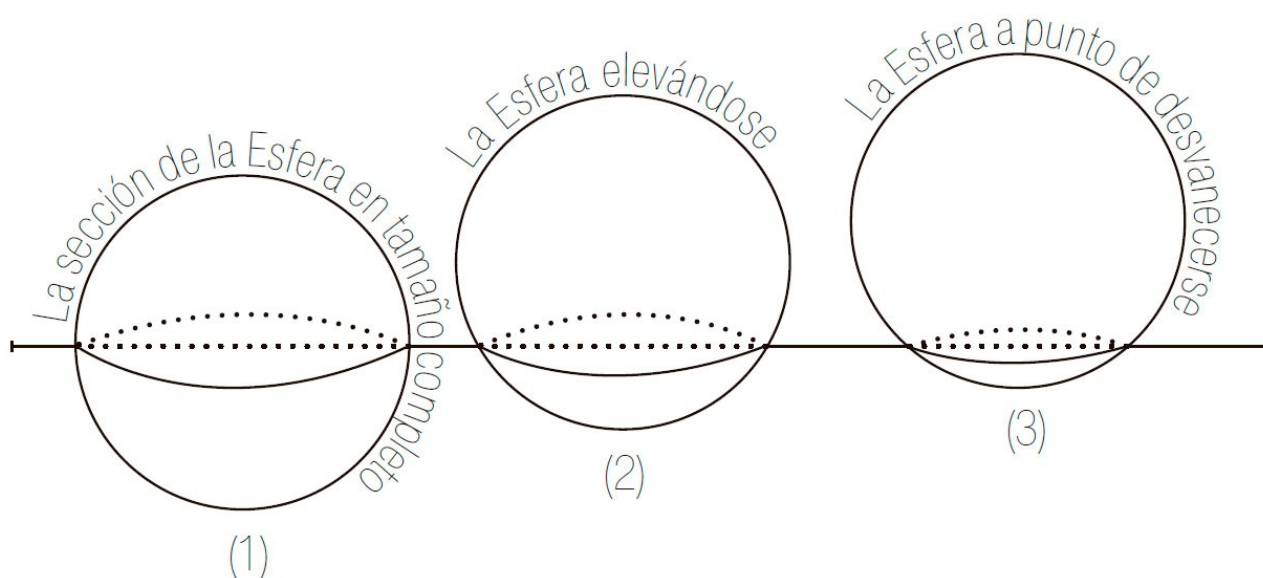
En tanto puedo ver todas las cosas, anoche pude ver la visión que tuviste de La línea, ¿recuerdas que al ingresar en el reino de La Línea te viste obligado a aparecer ante el Rey no como un Cuadrado sino como una Línea, pues ese país no posee las dimensiones necesarias para representarse una figura como la tuya en su totalidad sino tan sólo una parte de ella? De la misma manera, precisamente, tu país de Dos Dimensiones no es lo suficientemente espacioso como para representarse mi verdadera forma, mis Tres Dimensiones; y sólo ven una parte de mí, la parte que llamas Círculo.

El brillo opaco de tu ojo indica incredulidad. Pero ahora prepárate para recibir la prueba de mis afirmaciones. Efectivamente no puedes ver más que una de mis partes o Círculos a la vez, pues no posees la habilidad de levantar la vista más allá de El Plano. Pero al menos verás que, a medida que me elevo sobre el Espacio, mis secciones se vuelven más y más pequeñas hasta convertirse en un punto y, finalmente, desaparecer.

No lo vi “elevarse” hacia ninguna parte; pero se fue extinguiendo hasta que finalmente desapareció. Pestañeeé dos o tres veces para asegurarme que no estaba soñando. Estaba bien despierto. Desde las profundidades de la nada misma se escuchó una voz ahogada:

—¿Desaparecí ya? ¿Te he convencido? De acuerdo; ahora volveré de a poco a El Plano y verás mi sección agrandarse más y más.

Mi lector de El Espacio comprenderá fácilmente que mi extraño Visitante hablaba el idioma de la verdad y hasta de la simpleza. Pero para mí, aunque competente en las matemáticas, no era asunto sencillo de comprender. El simple diagrama esbozado más arriba servirá para que cualquier niño de El Espacio comprenda que la Esfera, elevándose en las tres posiciones que allí se ven, necesariamente debía manifestarse ante mí o ante cualquier habitante de El Plano como un Círculo; al principio en su tamaño completo y luego más y más pequeño hasta transformarse en un Punto. Pero las causas de ello, aunque vi el hecho con mi propio ojo, me eran totalmente extrañas. Todo lo que podía comprender era que el Círculo se había vuelto más pequeño y había desaparecido, y que luego había vuelto a aparecer.



Al recuperar su tamaño original, suspiró largamente pues mi silencio era indicio de que no había comprendido en absoluto lo sucedido. Y, efectivamente, en ese momento me inclinaba a pensar que no se trataba de ningún Círculo sino de un astuto malabarista; o que las ancianas tenían razón, y de veras existían los Encantadores y los Magos.

Luego de una larga pausa murmuró para sí mismo:

—Sólo resta un recurso si no quiero apelar a la acción. Debo intentar con el método de la Analogía.

Siguió una pausa aún mayor, luego de lo cual reanudamos la conversación.

Esfera: Dime, señor Matemático, si un Punto se desplaza hacia el Norte y deja un rastro luminoso, ¿cómo llamas a ese rastro?

Yo: Una línea recta.

Esfera: Y una Línea recta, ¿cuántas extremidades posee?

Yo: Dos.

Esfera: Ahora imagina la línea desplazándose paralela a sí misma, de Este a Oeste, de manera que cada punto deje un rastro que sea una línea recta. ¿Cómo llamas a la figura que se forma? Supon que se traslada a lo largo de una distancia igual a la de la línea original. ¿Cómo la llamarías?

Yo: Un Cuadrado.

Esfera: ¿Y cuántos lados posee un Cuadrado? ¿Cuántos ángulos?

Yo: Cuatro lados y cuatro ángulos.

Esfera: Ahora agudiza la imaginación y piensa en un Cuadrado moviéndose paralelo a sí mismo hacia arriba.

Yo: ¿Quiere decir hacia el Norte?

Esfera: No, no hacia el Norte; hacia arriba, por fuera de El Plano. Si se moviera hacia el Norte, las puntas del Cuadrado que dan al sur pasarían a ocupar las posiciones que antes ocupaban las puntas que dan al Norte. Pero ese no es el punto.



Quiero decir que cada una de las puntas —puesto que tú eres un Cuadrado sirves para ilustrar el punto— es decir, lo que tú llamas tu interior, se elevará de tal manera que ninguna punta ocupe el lugar que ocupaba otra; pues cada punta trazará una línea propia. Es un trabajo de Analogía; seguramente debes comprenderlo.

Conteniendo mi impaciencia —pues en ese momento me invadía la tentación de precipitarme sobre el Visitante y empujarlo hacia El Espacio, o fuera de El Plano, o donde fuera necesario para deshacerme de él— contesté:

—¿Y cuál sería la figura que debería formar por medio de este movimiento, que usted llama “elevarse”?

Supongo que puede definirla en mi idioma.

Esfera: Oh, claro. Es simple y sencillo, y en estricta correspondencia con la Analogía. Sólo que ahora no puedes hablar de una figura sino de un Sólido. Te lo describiré, o mejor, te lo enseñaré a través de analogías.

Comenzamos en un Punto, que, desde luego, posee una única terminación.

Un Punto produce una Línea, que posee dos terminaciones.

Una Línea produce un Cuadrado, que posee cuatro terminaciones.

Ahora puedes responder tu propia pregunta: 1, 2, 4 evidentemente se encuentran en Progresión Geométrica. ¿Cuál es el siguiente número?

Yo: Ocho.

Esfera: Exacto. Un Cuadrado produce algo para lo que aún no posees un nombre pero que nosotros llamamos Cubo y posee ocho terminaciones. ¿Te he convencido ahora?

Yo: ¿Y posee esos extraños lados, o ángulos, o lo que usted llama “terminaciones”?

Esfera: Desde luego; y todo puedes deducirlo por Analogía. Pero, a decir verdad, nuestros lados no son como los que ustedes entienden por lados; en El Espacio serían sólidos.

Yo: ¿Y cuántos sólidos o lados tendrá esta Criatura que produciré con el movimiento de mi interior hacia “arriba”, y que ustedes llaman Cubo?

Esfera: ¿Cómo preguntas eso? ¡Tú, un matemático! El lado de algo está siempre una Dimensión detrás de la cosa. En tanto no hay Dimensión detrás de un punto, un Punto no posee ningún lado; una Línea posee dos lados (pues las extremidades de la Línea pueden ser llamadas lados); un Cuadrado, cuatro lados; 0, 2, 4; ¿cómo llamas a tal progresión?

Yo: Aritmética.

Esfera: ¿Y qué número seguiría?

Yo: Seis.

Esfera: Exacto. Has respondido tu propia pregunta. El Cubo que producirás tendrá seis lados, es decir, seis de tus interiores. ¿Puedes verlo ahora, verdad?

—Monstruo —exclamé—. Seas tú malabarista, encantador, un sueño o una pesadilla, ya no soportaré tus tonterías. Alguno de los dos morirá.

Y diciendo esto, me precipité sobre la Esfera.

## 17 Sin éxito con las palabras, la Esfera recurre a los hechos

Fue inútil. Golpeé al Extraño con mi ángulo derecho más fuerte. El choque fue tan violento que habría bastado para liquidar a cualquier Círculo común y corriente. Pero lo sentí escurrirse de mi contacto lentamente, sin inmutarse; no se movió hacia la derecha ni la izquierda, sino, de alguna manera, hacia afuera del mundo. Había desaparecido en la nada. Pero aún podía escuchar su voz.

Esfera: ¿Por qué te niegas a escuchar razones? Creía que tú —un hombre de razón, un experto en matemáticas— serías un buen apóstol del Evangelio de las Tres Dimensiones, que se me permite predicar tan sólo una vez en mil años. Se me han acabado los argumentos para convencerte. Pero espera, los hechos y no las palabras hablarán la verdad. Escucha, mi amigo.

Te he dicho que desde El Espacio puedo ver el interior de las cosas que tú consideras cerradas. Por ejemplo, allá veo en el aparador varias de tus cajas (que, como todo lo demás en El Plano, no poseen ni tapa ni fondo) llenas de dinero. También veo dos libros de contabilidad. Ahora descenderé hasta el aparador y traeré uno de ellos. Vi que has puesto llave al aparador hace media hora, y ahora sé que llevas la llave contigo. Pero descendiendo desde El Espacio; las puertas, como ves, están inmóviles. Ahora estoy en el aparador y estoy tomando el libro. Ya lo tengo. Ahora ascenderé con él.

Me precipité hacia el aparador y abrí la puerta. Faltaba uno de los libros. El Extraño rio burlón y, de repente, volvió a aparecer en el otro rincón de la habitación; al mismo tiempo, el libro apareció en el suelo. Lo levanté. No había duda: era el que faltaba.

Gemí horrorizado, creyendo que me había vuelto loco; pero el Extraño continuó:

—Desde luego ahora comprendes que mi explicación se corresponde con los hechos. Lo que tú llamas Sólidos en realidad no son tales; lo que llamas Espacio, en realidad, es un gran Plano. Desde el Espacio, puedo observar el interior de las cosas de las que tú sólo conoces el exterior. Podrías dejar este Plano si así lo deseas; si te armaras del suficiente valor. Un pequeño movimiento hacia arriba o hacia abajo te permitiría ver todo lo que yo veo.

A medida que me elevo, a medida que me alejo de El Plano, puedo ver más cosas; aunque, desde luego, en menor escala. Por ejemplo, ahora me estoy elevando; puedo ver a tus vecinos y a sus familias en sus habitaciones; ahora veo el interior del Teatro y a la audiencia retirarse por sus diez puertas. Y del otro lado, veo un Círculo leyendo en su estudio. Ahora volveré y, para concluir la prueba, ¿qué dices si te toco, si

apenas te rozo el estómago? No te lastimaré; y el leve dolor que sentirás no se compara con el beneficio intelectual que obtendrás.

Antes de poder emitir una sola palabra de protesta, sentí un dolor agudo, y una risa diabólica pareció estallar de mi propio interior. Un momento después el dolor había cesado, dejando apenas un malestar. El Extraño comenzó a reaparecer, y mientras regresaba a su tamaño natural decía:

—¿Has visto que no te hice daño? Si no estás convencido ahora, no sé qué te convencerá. ¿Qué dices?

Estaba seguro de lo que pensaba. No podía tolerar que mi existencia se viera perturbada por visitas arbitrarias de Magos que, de buenas a primeras, utilizaran mi estómago para trucos de magia. Si tan sólo me las ingeniara mantenerlo contra la pared hasta conseguir ayuda.

Una vez más lancé mi ángulo más fuerte sobre él, al tiempo que llamaba al resto de la casa clamando por ayuda. Supongo que en ese momento, el Extraño se hundió en nuestro Plano, y se le dificultaba volver a elevarse. Como sea, permaneció inmóvil mientras yo, escuchando ruidos que, supuse, era alguien acercándose, seguí presionándolo con fuerza y pidiendo ayuda.

La Esfera se estremeció.

—Esto no puede estar sucediendo —creí escucharle decir—: o escucha razones o deberé recurrir al último medio civilizado para hacerle entender.

Luego, se dirigió a mí elevando la voz:

—Escucha: nadie debe saber lo que has visto. Manda a tu Esposa de vuelta de inmediato antes de que entre. El Evangelio de las Tres Dimensiones no debe frustrarse. No tiraré mil años de espera por la borda así porque sí. Ya puedo escucharla. ¡Atrás! Aléjate de mí o vendrás conmigo, quieras o no, a la tierra de las Tres Dimensiones.

—¡Necio! ¡Demente! ¡Irregular! —exclamé—. Nunca te dejaré ir; pagarás por tu impostura.

—¿Conque de eso se trata, eh? —rugió el Extraño—: entonces enfréntate a tu destino: fuera del Plano has de viajar. ¡Uno, dos, tres! ¡Ya!

## 18 | Cómo llegué a El Espacio y lo que vi allí

Un horror indescriptible se apoderó de mí. Había oscuridad; luego una especie de visión que me descomponía, y que no se parecía en nada a mi antigua experiencia de “ver”. Vi una Línea que no era una Línea; el Espacio no era el Espacio; yo no era yo. Cuando finalmente pude emitir palabra, exclamé agonizante:

—Esto es la Locura o el Infierno.

—Nada de eso —respondió con calma la Esfera—; es el conocimiento; son las Tres Dimensiones. Abre los ojos otra vez e intenta fijar la vista.

Miré. Delante de mí: ¡un nuevo mundo! A mi lado, visiblemente hecho carne, todo lo que antes había conjeturado, inferido y soñado de una perfecta circularidad. Lo que parecía el centro de la forma del Extraño se presentaba ante mis ojos. Sin embargo, no vi su corazón, ni sus pulmones, ni sus arterias; tan sólo Algo bello y armonioso para el que no tengo adjetivos posibles. Pero tú, mi Lector de El Espacio, lo llamarías la superficie de la Esfera.

Mentalmente postrado ante mi Guía exclamé:

—¿Cómo es posible, perfecto ideal de belleza y genio consumados, que vea tu interior pero no tu corazón, pulmones, arterias o hígado?

—Lo que crees ver no es tal cosa —respondió—. Ni tú ni nadie pueden ver mis partes internas. Pertenezco a un orden de seres diferentes a los de El Plano. Si yo fuera un Círculo, podrías ver mis intestinos, pero soy un Ser, como he dicho antes, compuesto por muchos Círculos, Muchos en Uno; en este país me llaman Esfera. Y tal como el exterior de un Cubo se ve como un Cuadrado, así una Esfera presenta la apariencia de un Círculo.

Aunque las misteriosas palabras de mi Maestro me habían dejado perplejo, ya no me irritaba su presencia; al contrario, no podía dejar de adorarlo en silencio. Continuó con mayor suavidad en su voz:

—Entiendo que te cueste comprender los profundos Misterios de El Espacio. De a poco lo conseguirás. Comencemos con un vistazo a la región de la que vienes. Volvamos a la llanura de El Plano, te mostraré aquello sobre lo que tantas veces has pensado y razonado pero nunca has visto: un ángulo.

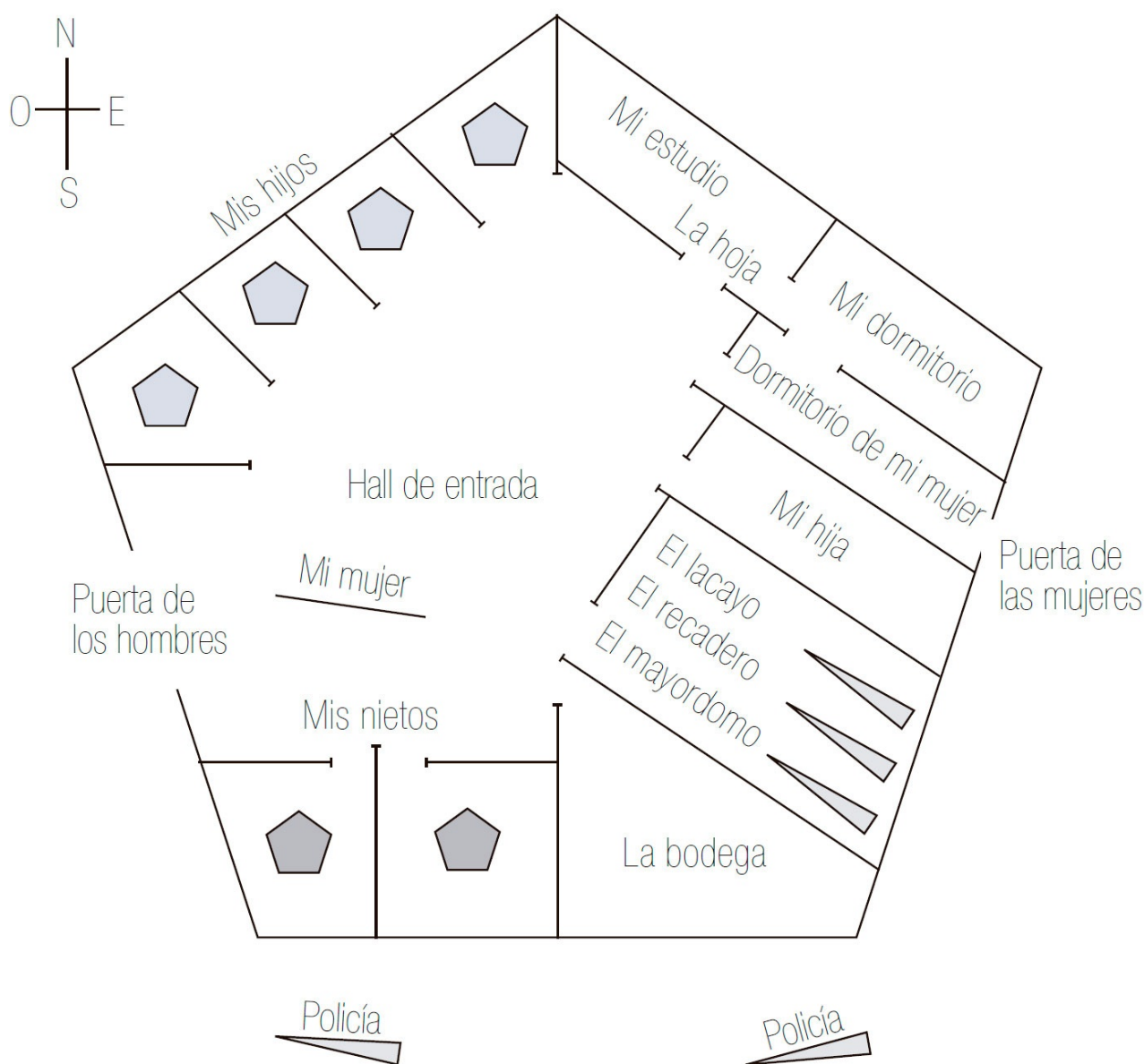
—¡Imposible! —exclamé.

Pero la Esfera ya estaba en camino. Lo seguí como en un sueño, hasta que su voz me sobresaltó:

—Observa tu propia casa Pentagonal y sus habitantes.

Miré hacia abajo y vi con mi ojo a todos aquellos individuos que antes sólo había

podido inferir con el razonamiento. Y qué pobres y oscuras resultaban tales conjeturas en comparación con la realidad que ahora tenía delante de mí. Mis cuatro Hijos, profundamente dormidos en las habitaciones del Noroeste; mis dos Nietos huérfanos al Sur; los Sirvientes, el Mayordomo, mi Hija, todos en sus habitaciones. Sólo mi pobre Esposa, angustiada con mi ausencia, había abandonado su recámara y aguardaba ansiosa por mi regreso, yendo y viniendo por el pasillo. El recadero, alarmado con mis gritos, también había dejado su habitación y, con el pretexto de buscar si me había desmayado y estaba caído en alguna parte, miraba el interior del armario de mi estudio. Ahora podía ver todo esto y no sólo inferirlo; y a medida que nos acercábamos, pude ver incluso el contenido del armario, los dos cofres de oro y los libros que la Esfera había mencionado antes.



Conmovido con la angustia de mi Esposa, habría bajado a consolarla, pero no podía moverme.

—No te preocupes por tu Esposa —dijo mi Guía—. Volverás pronto; mientras

tanto observemos El Plano.

Una vez más sentí elevarme en el espacio. Era tal como la Esfera lo había descrito. Cuanto más nos distanciábamos del objeto que contemplábamos, más se agrandaba el campo de visión. Mi ciudad natal, el interior de todas las casas y todos los habitantes, yacían ante mi vista en miniatura. Nos elevamos más y así, los secretos de la tierra, las profundidades de las minas y las cavernas más recónditas en las colinas, se develaron delante de mí.

Conmovido con los misterios de la tierra, expuestos de una vez ante mi ojo indigno, dije a mi Acompañante:

—Me he convertido en un Dios, pues los sabios de mi país afirman que ver todas las cosas, o como ellos le llaman, la omnivigencia, es un atributo exclusivo de Dios.

Mi maestro respondió con un dejo de desdén en la voz:

—¿Eso creen? Entonces los ladrones y asesinos de mi ciudad serían venerados por tus sabios como Dioses, pues todos ellos ven de la misma manera en que lo estamos haciendo nosotros ahora. Pero créeme, tus Sabios están equivocados.

Yo: ¿Entonces la omnivigencia también es atributo de otros seres aparte de Dios?

Esfera: No lo sé. Pero si un ladrón o un asesino en nuestro país puede ver todo lo que existe en el tuyo, seguramente eso no es razón para que los consideren dioses. Esta omnivigencia, como tú la llamas —pues no es una palabra común en El Espacio — ¿nos hace más justos, más misericordiosos, menos egoístas, más generosos? En absoluto. ¿Cómo puede entonces hacernos seres divinos?

Yo: “¡Más misericordiosos, más generosos!”. ¡Tales son cualidades de las Mujeres! Nosotros sabemos que un Círculo es un Ser más elevado que una Línea, al menos mientras el conocimiento y la sabiduría sean cualidades más elevadas que los sentimientos.

Esfera: Yo no clasifico las cualidades humanas de acuerdo al mérito. Muchos de los más grandes sabios de El Espacio valoran más el sentimiento que la razón; estiman más a las Líneas que ustedes desprecian que a los Círculos que veneran. Pero es suficiente. Mira hacia allí. ¿Conoces ese edificio?

Miré y a lo lejos vislumbré una enorme estructura poligonal, en la que reconocí el Salón de la Asamblea General de los Estados de El Plano, rodeada de una densa línea de edificios pentagonales que formaban ángulos rectos que de inmediato identifiqué como calles. Comprendí que nos acercábamos a la Gran Capital.

—Aquí descendemos —dijo mi Guía.

Era ya de mañana, la primera hora del primer día del año 2000 de nuestra era. Los Círculos más elevados del reino se hallaban reunidos en solemne cónclave, de la misma forma en que lo habían hecho la primera hora del primer día del año 1000 y del año 0.

El primer secretario del Gran Concejo y un Cuadrado perfectamente simétrico en el que reconocí a mi Hermano, leían las actas de las Asambleas pasadas. En ambas se había acordado: “En tanto y en cuanto los Estados se han visto perturbados por

individuos malintencionados que fingen haber recibido revelaciones de otro Mundo, y manifiestan poder demostrarlo, instigando así al pánico general, el Gran Concejo ha resuelto por unanimidad que el primer día de cada milenio, se eleven órdenes a los Prefectos de los distritos de El Plano, con el objeto de realizar una búsqueda cuidadosa de estos individuos, y que, sin mediar formalidad de examen matemático, se destruya a los Isósceles de cualquier rango; se azote y encarcele a los Triángulos Equiláteros; se encierre en Asilos a los Cuadrados o Pentágonos; y se arreste y traslade a la Capital a cualquier individuo de alto rango para ser juzgado por el Concejo”.

—Estás oyendo tu destino —me dijo la Esfera mientras el Concejo aprobaba la resolución por tercera vez—. La muerte o el encierro aguardan al Apóstol del Evangelio de las Tres Dimensiones.

—No tan de prisa —respondí—. Veo todo tan claro ahora, me resulta tan palpable la naturaleza del verdadero espacio, que creo que podría hacérselo entender a un niño. Permíteme descender e iluminar sus mentes.

—Todavía no —dijo mi Guía—. Ya llegará el momento. Mientras tanto debo cumplir con mi misión. No te muevas.

Dijo estas palabras y saltó con destreza hacia el mar (si es que puedo llamarle así) de El Plano, justo en el medio del círculo de funcionarios.

—Vengo —exclamó—, a proclamar la existencia de una tierra de Tres Dimensiones.

Vi a muchos de los jóvenes funcionarios horrorizarse mientras la sección circular de la Esfera se ensanchaba ante ellos. Pero una señal del Círculo que presidía la Asamblea —que no presentaba la más mínima manifestación de alarma o sorpresa— bastó para que seis Isósceles de bajo rango salieran de distintos cuarteles y se lanzaran sobre la Esfera.

—¡Lo tenemos! —exclamaron—. ¡No! ¡Sí! ¡Todavía lo tenemos! ¡Se nos escapa! ¡Se fue!

—Estimados —dijo el Presidente al resto de los Círculos del Concejo—, no tienen por qué alarmarse; los archivos secretos, a los que únicamente yo tengo acceso, señalan que un suceso similar ocurrió en los dos últimos comienzos de milenio. Desde ya que esta nimiedad no saldrá de estas paredes. Elevando la voz, se dirigió a los guardias:

—Arresten a los policías, amordácenlos. Ya saben qué hacer.

Luego de decidir el destino de los desdichados policías —testigos involuntarios de un secreto de Estado que no les estaba permitido reproducir— se refirió otra vez a los Concejales:

—Estimados, es todo por hoy, sólo me resta desearles un feliz año.

Antes de retirarse se dirigió al Jefe Administrativo, mi excelente e infortunado hermano, para comunicarle que, lamentablemente, en función de preservar el secreto, debería condenarlo a prisión perpetua; sin embargo, dijo, se alegraba de informarle



que, a menos que algo de lo acontecido saliera de su boca, se le perdonaría la vida.

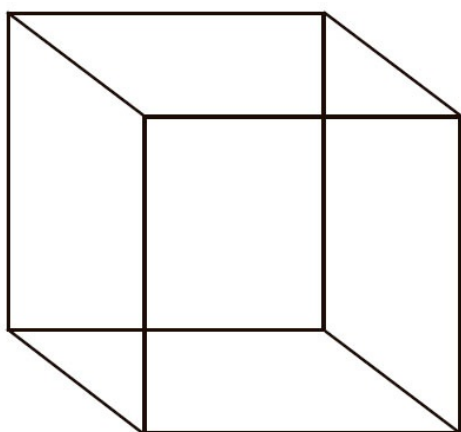
## 19 Cómo, a pesar de haber conocido otros misterios de El Espacio, todavía deseaba saber más, y lo que resultó de ello

Cuando vi a los guardias llevarse a mi pobre hermano, quise saltar hacia el salón e interceder, o al menos despedirme de él. Pero descubrí que no podía moverme por mis propios medios; dependía completamente de la voluntad de mi Guía, quien dijo con solemnidad:

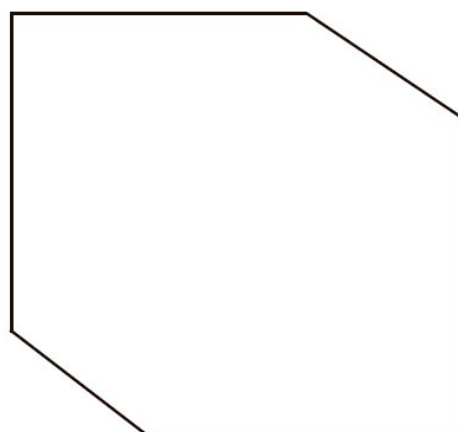
—No te preocupes por tu hermano; tendrás tiempo de consolarlo. Sígueme.

Ascendimos una vez más en el espacio.

—Ya te he mostrado el interior de las figuras Planas. Ahora déjame presentarte a los Sólidos y revelarte el plan en base al cual están contruidos. Mira estos cartones cuadrados móviles. ¿Observas? Pondré uno sobre el otro, no como tú supones, uno al Norte del otro sino uno sobre el otro. Ahora un segundo, y un tercero. Estoy construyendo un Sólido a partir de varios Cuadrados paralelos el uno al otro. Ahora el Sólido está terminado, es tan alto como largo y ancho, lo llamamos Cubo.



(1)



(2)

—Perdóname, mi Lord —dije—; pero a mi ojo parece una Figura Irregular con el interior a la vista. En otras palabras, creo que no veo un Solido sino una figura plana, tal como las que inferimos en El Plano, sólo que con la Irregularidad de un

Monstruoso Criminal; de manera que sólo mirarlo causa daño a mi vista.

—Es verdad —contestó la Esfera—, parece Plano a tu vista porque no estás acostumbrado a la luz, la sombra y la perspectiva. De la misma manera, un Hexágono en El Plano aparece como una Línea Recta para los que no conocen el Arte del Reconocimiento Visual. Pero en realidad se trata de un Sólido, como percibirás a través del tacto.

Toqué el Cubo y, efectivamente, esta maravillosa Forma no era plana sino sólida; contaba con seis lados planos y ocho puntos terminales llamados ángulos sólidos. Recordé que la Esfera había dicho que una Criatura así estaba formada por cuadrados paralelos a sí mismo; y me regocijé pensando que una Criatura tan insignificante como yo pudiera considerarse, en cierto sentido, el Progenitor de tan Ilustre ser.

Pero todavía no podía comprender por completo el sentido de las palabras de mi Maestro respecto a la “luz”, la “sombra”, y la “perspectiva”; y no dudé en transmitirle todas mis inquietudes.

Aunque la Esfera lo explicó todo con perfecta claridad y simpleza, resultaría de lo más tedioso —para un habitante de El Espacio que ya conoce estas cuestiones— que transcribiera sus palabras. Suficiente con señalar que, mediante sus lúcidas aserciones, con el cambio de posición de ciertos objetos y luces, y al tener la posibilidad de tocar algunos sólidos incluida su sagrada persona, finalmente logré despejar todas mis dudas. Ya podía distinguir perfectamente entre un Círculo y una Esfera, entre una Figura plana y un Sólido.

Este fue el clímax de tan extraña y enriquecedora aventura. En adelante deberé narrar mi triste final, ¡tan triste como injusto! Pues, ¿por qué razón la sed de conocimiento habría de ser fomentada para luego conducir a la decepción y el castigo? Mi voluntad se repliega ante la dolorosa tarea de recordar mi humillación; aún, como un segundo Prometeo, soportaría esto y más, si con ello lograra despertar en el interior de la Humanidad Plana y Sólida, el espíritu de rebelión contra aquellos que pretenden limitar nuestras dimensiones a dos o tres, o cualquier número inferior al Infinito. ¡Al diablo pues con las consideraciones personales! Llegaré al final de la misma manera en que comencé, sin mayores digresiones o anticipaciones, siguiendo el llano camino de la Historia desapasionada. Los hechos mismos, las palabras exactas —que todavía arden en mi cerebro— se plasmarán sobre este papel sin un ápice de alteración, y que mis Lectores juzguen entre el Destino y yo.

La Esfera habría continuado con sus lecciones, y me habría introducido en el conocimiento de la conformación de todos los Sólidos regulares: Cilindros, Conos, Pirámides, Pentaedros, Hexaedros, Dodecaedros y Esferas. Pero la interrumpí. No porque sus lecciones me hubieran cansado; al contrario, estaba sediento de más y más de sus enseñanzas.

—Perdóname —dije—; aunque ya no puedo dirigirme a ti como la más Perfecta de las Bellezas, déjame suplicarte que me concedas una porción de tu interior.

Esfera: ¿Mi qué?

Yo: Tu interior, tu estómago e intestinos.

Esfera: ¿A qué se debe tan inoportuno e impertinente pedido? ¿Y qué quieres decir con que ya no soy la más Perfecta de las Bellezas?

Yo: Mi Lord, tu sabiduría me ha enseñado a aspirar a una belleza aún más grande y Perfecta que la tuya propia. Como tú, ser superior a cualquier figura de El Plano, combinas muchos Círculos en Uno, sin duda existe un Ser superior a ti que combine muchas esferas en una Existencia más elevada, que supere incluso a los Sólidos de El Espacio. Incluso nosotros, que pisamos ahora El Espacio, miramos hacia El Plano y vemos el interior de las cosas, sin duda encima de nosotros existe una región más pura, adonde seguramente te proponías guiarme —tú, a quien siempre llamaré, en todo lugar y Dimensión, mi Guía, Filósofo y Amigo. Hablo de un espacio más espacioso, una Dimensionalidad más dimensionalizada, desde donde el interior de los Sólidos, tus propios intestinos y los de las otras Esferas como tú, quedarán expuestas a la vista de un pobre exiliado de El Plano, a quien ya tanto le ha sido concedido.

Esfera: ¡Oh! ¡Ya he escuchado suficientes tonterías! El tiempo es corto y queda mucho por hacer antes de que estés capacitado para proclamar el Evangelio de las Tres Dimensiones a tus ilusos compatriotas.

Yo: Oh, gentil Maestro, no me niegues lo que sé que puedes otorgarme. Concédeme tan solo un vistazo de tu interior y estaré satisfecho para siempre; y en adelante, no seré más que un dócil Discípulo, un esclavo, dispuesto plenamente a recibir todas tus enseñanzas y alimentarme de las palabras que salen de tu boca.

Esfera: Bien. Para contentarte y que cierres la boca, déjame decirte que te mostraría lo que deseas si pudiera; pero no puedo hacerlo. ¿Es que pretendes que dé vuelta mi estómago?

Yo: Pero mi Lord, me has mostrado los intestinos de todos mis compatriotas en la tierra de las Dos Dimensiones al llevarme a la Tierra de las Tres Dimensiones. ¿Por qué no partir en una segunda aventura, hacia la sagrada región de las Cuatro Dimensiones, para contemplar desde allí la Tierra de las Tres Dimensiones, y ver el interior de todas las casas, conocer los secretos de la tierra sólida, los tesoros de las minas de El Espacio, y los intestinos de toda criatura sólida, incluso de las nobles y adoradas Esferas?

Esfera: ¿Pero dónde crees que está la tierra de las Cuatro Dimensiones?

Yo: No lo sé. Pero sin duda mi Maestro lo sabe.

Esfera: No. No existe esa tierra. La sola idea de que exista una tierra así es inconcebible.

Yo: No es inconcebible para mí, de manera que mucho menos inconcebible debe ser para mi Maestro. Confío incluso, que desde la región de las Tres Dimensiones puedas tú, mi Lord, enseñarme la Cuarta Dimensión; tal como desde la región de las Dos Dimensiones, tu habilidad sanó de buen grado la ceguera de los ojos de tu humilde servidor a la presencia invisible de la Tercera que él no lograba ver.

Permíteme rememorar el pasado. ¿Acaso no me fue enseñado que al ver una

Línea e inferir un Plano, en realidad veo una Tercera Dimensión desconocida, que en lugar de “brillo” se llama “altura”? ¿No se sigue de ello que en esta región, al ver un Plano e inferir un Sólido, en realidad vemos una Cuarta dimensión desconocida, no un color, sino una verdadera dimensión, aunque infinitesimal y definitivamente imposible de medir? Existe además un Argumento procedente de la Analogía de las Figuras.

Esfera: ¡Analogía! Tonterías; ¿de qué analogía hablas?

Yo: Mi Lord, pone a prueba la memoria su servidor, para ver si recuerda las revelaciones que le fueron concedidas. No juegues conmigo, mi Lord; ansío saber más. Sin duda, no podemos ver esa otra dimensión en este momento pues no tenemos ojo en el estómago. Pero tal como existe el Reino de El Plano, aunque aquel lastimoso Monarca de La línea no podía volverse para verlo; y tal como al alcance de la mano, casi rozando mi estructura, yacía la Tierra de las Tres Dimensiones y yo, ciega y miserable criatura, no tenía el poder de tocarla, ni un ojo en el interior para inferirla, seguramente existe una Cuarta Dimensión, que mi Lord puede percibir con el ojo del pensamiento. Y que efectivamente existe esa Dimensión, mi Lord mismo me lo ha enseñado. ¿O es que acaso puedes olvidar tus propias lecciones?

¿Acaso en Una Dimensión, un Punto que se desplaza no forma una Línea de dos puntos terminales?

¿Acaso en Dos Dimensiones, una Línea que se desplaza no forma un Cuadrado de Cuatro puntos terminales?

¿Acaso en Tres Dimensiones, un Cuadrado que se desplaza no forma ese Ser sagrado, un Cubo, de ocho puntos terminales? ¿Es que acaso no lo vio este ojo mío?

Y en Cuatro Dimensiones, un Cubo que se desplaza —por Analogía y por el simple progreso de la Verdad— ¿no debería formar ese movimiento divino una Organización de dieciséis puntos terminales?

Contemplemos la infalible confirmación de las Series 2, 4, 8, 16, ¿no es ésta una progresión Geométrica? ¿No resulta este hecho —si puedo citar las propias palabras de mi Lord— “estrictamente de acuerdo a la Analogía?”.

Otra vez, ¿no me ha enseñado mi Lord que una Línea tiene dos Puntos terminales, y un Cuadrado, cuatro puntos terminales, y que un Cubo debe estar compuesto por seis Cuadrados? Observemos nuevamente la Serie 2, 4, 6: ¿no es ésta una Progresión Aritmética? Y en consecuencia, ¿no debe seguirse, necesariamente, que el hijo del Cubo en la Tierra de las Cuatro Dimensiones, debe estar compuesto por ocho Cubos? ¿Y no es esto mismo lo que mi Lord me ha enseñado a entender como “estrictamente de acuerdo a la analogía”?

Oh mi Lord, mi Lord, me lanzo a los mares de la fe sin conocer los hechos, y te exijo a ti, mi Lord, confirmar o negar mis anticipaciones lógicas. Si no estoy en lo cierto, aquí me rindo, y ya no proclamaré la existencia de una Cuarta Dimensión; pero si mis conjeturas son verdaderas, mi Lord escuchará la voz de la Razón.

Pregunto, entonces, ¿es o no cierto que tus compatriotas también han presenciado

el descenso de Seres Superiores, que éstos han entrado en habitaciones cerradas, tal como mi Lord entró en la mía, sin abrir puertas ni ventanas, y que han aparecido y desaparecido por voluntad propia? Estoy listo para enfrentar la respuesta a esta pregunta. Niégala y aquí me rindo. Tan sólo concédeme una respuesta.

Esfera (después de hacer silencio): Así dicen. Pero las opiniones están divididas respecto a los hechos. E incluso acordando en los hechos, se los explica de diferente manera. Y aun así, no importa cuán grande sea el número de explicaciones distintas, nadie ha sugerido la idea de una Cuarta Dimensión. De manera que terminemos con esta jugarreta, volvamos a lo nuestro.

Yo: Estaba seguro. Estaba seguro de que mis anticipaciones eran ciertas. Y ahora tenme paciencia y respóndeme una pregunta más, gran Maestro. Aquellos que han aparecido —nadie sabe cuándo— y han regresado —nadie sabe a dónde— ¿también han contraído sus secciones y desaparecido de alguna manera en ese Espacio más Espacioso a dónde te suplico me conduzcas?

Esfera (irritado): Han desaparecido, desde ya, si es que alguna vez aparecieron. Pero la mayoría de las personas afirman que tales visiones nacieron del pensamiento, del cerebro —no me comprenderás, de seguro—; de la perturbada angulación de los seres pensantes.

Yo: ¿Eso dicen? No deberías creerles. Y si así fuera, si este otro Espacio es realmente El Pensamiento, entonces llévame a esa región sagrada donde veré, con el pensamiento, el interior de todos los sólidos. Allí, ante mi ojo embelesado, un Cubo, trasladándose en alguna nueva dirección, pero estrictamente de acuerdo a la Analogía, de manera que cada partícula de su interior atravesase una clase nueva de Espacio, con estela propia, creará una perfección más grande que él mismo, de dieciséis ángulos terminales Extrasólidos y ocho Cubos sólidos en su Perímetro. Y una vez allí, ¿seguiremos subiendo? Cuando estemos en la bendita región de las Cuatro Dimensiones, ¿no iremos por los tesoros de la Quinta? ¡Oh sí! ¡Que nuestra ambición se eleve junto a nuestros cuerpos! Entonces, al entregarnos a nuestro amanecer intelectual, las puertas de la Sexta Dimensión se abrirán de par en par para nosotros; luego las de la Séptima, y las de la Octava.

Ignoro por cuánto tiempo habría continuado. En vano la Esfera, con su vozarrón, intentaba hacerme callar amenazándome con las peores consecuencias. Nada podía detener el arrabal de palabras que provocaban mis extasiadas aspiraciones. Tal vez mi ambición era condenable, pero estaba de veras intoxicado de los banquetes de verdad con los que la Esfera me había abastecido. Sin embargo, no faltaba mucho para el final. Un sonido que venía de afuera cortó mis palabras en seco. Comencé a descender. Más y más y más. Sabía que mi condena era regresar a El Plano. Una última mirada; una última e inolvidable mirada de ese páramo de insipidez —que ahora volvería a ser mi Universo— se desplegó ante mi ojo. Luego oscuridad. Y un trueno final. Cuando volví en mí era otra vez un miserable Cuadrado en mi Estudio, oyendo el Grito de Paz de mi Esposa que se acercaba.

## 20 | La Esfera me anima en una Visión

Aunque tuve menos de un minuto para reaccionar, sentí, como una especie de instinto, que no debía compartir mis experiencias con mi Esposa. No es que temiera que divulgara el secreto, pero sabía que para cualquier Mujer en El Plano, un relato semejante sería ininteligible. De manera que inventé que había caído accidentalmente por la trampilla de la bodega y que allí había permanecido, sin sentido, hasta ese momento.

La atracción hacia el Sur en nuestro país es tan leve que hasta para una Mujer mi historia resultaría extraña y difícil de creer; pero mi Esposa, cuyo buen sentido excede al de la mayoría de su Sexo, percibió que me encontraba particularmente inquieto y no discutió acerca del asunto, pero insistió en que había enfermado y necesitaba reposo. Me alegraba tener una excusa para retirarme a mi alcoba y pensar en detalle en lo que había sucedido. Cuando finalmente estuve solo, una sensación de sueño se apoderó de mí; pero antes de cerrar el ojo intenté reproducir la Tercera Dimensión, y en especial, el proceso por el cual, a través del movimiento de un Cuadrado, se construye un Cubo. No fue tan claro como pretendía, pero recordé que debía ser “hacia arriba, no hacia el Norte”, y me propuse retener esas palabras como la idea clave que, si verdaderamente lograba comprender, me conduciría a la solución. Entonces, repitiendo mecánicamente las palabras “hacia Arriba, no hacia el Norte”, me dormí profundamente.

Tuve un sueño. La Esfera se encontraba otra vez a mi lado. Su brillo parecía indicar que su enojo conmigo se había transformado en extrema condescendencia. Nos movíamos en dirección a un Punto luminoso, infinitamente pequeño, hacia el que mi Maestro dirigía mi atención. Mientras nos acercábamos, creí escuchar un zumbido provenir de él, similar al que producen las abejas en El Espacio, sólo que apenas se escuchaba a lo lejos. Tan tenue era el sonido que aun en el más perfecto silencio del vacío por el que ascendíamos no llegó a nuestros oídos sino cuando nos encontrábamos a una distancia de menos de veinte diagonales humanas.

—Observa —dijo mi Guía—, en El Plano has vivido y de La Línea has recibido una visión. Te has elevado junto a mí hasta el Espacio; ahora, para completar la experiencia, te conduciré a lo más bajo de la existencia, hacia el reino de El Punto, el Abismo de la No Dimensión.

Contempla a la miserable criatura. Ese Punto es un Ser tal como Nosotros, pero confinado al abismo de la No Dimensión. Él es su propio Mundo, su propio Universo, no puede concebir otra forma más que él mismo. No conoce la Longitud, ni

el Ancho, ni la Altura, pues no puede experimentarlos. No conoce el número Dos, pues no puede concebir la Pluralidad. Él es para él, Único y Total, lo cual equivale a ser Nada. Observa su autosatisfacción y aprende esta lección: Sólo un ser vil e ignorante puede estar satisfecho consigo mismo; aspirar a algo siempre es mejor a estar ciega e impotentemente feliz. Ahora escucha.

Se detuvo. La pequeña criatura zumbadora emitió un pequeño, leve, monótono pero claro tintineo, como los de los fonógrafos de El Espacio, del que deduje estas palabras:

—¡Infinita beatitud de la existencia! Él es, y no hay nada además de Él.

—¿Qué quiere decir la penosa criatura con eso? —pregunté.

—Se refiere a sí mismo —contestó la Esfera—. ¿Has notado que los bebés y las personas infantiles que no logran diferenciar entre ellas y el mundo se refieren a sí mismos en Tercera Persona? Escucha.

—Llena todo el Espacio —continuó el soliloquio de la Criatura—, y lo que Él llena, Eso es. Lo que Él piensa, lo dice; y lo que Él dice, escucha; y Él mismo es un Pensador, que Habla, Escucha, Piensa. Él es la Palabra y la Audición; es Uno y es Todo. ¡Oh la felicidad, la felicidad del Ser!

—¿No puedes arrancarlo de su autosatisfacción? —pregunté—. Dile lo que realmente es, tal como me lo has dicho a mí; revélale las limitaciones de El Punto y guíalo hacia un lugar más elevado.

—No es tarea fácil —dijo mi Maestro—. Inténtalo tú.

En adelante, elevando mi voz al máximo, me dirigí al Punto de esta manera:

—Calla, oh calla, deleznable Criatura. Te crees el Todo en el Todo pero eres la Nada. Tu así llamado Universo es una mera mota en una Línea, y una Línea no es más que una sombra comparada con...

—Calla, calla, has dicho suficiente —interrumpió la Esfera—. Ahora escucha y presta atención al efecto que provoca tu arenga en el Rey de El Punto.

El brillo del Punto, más intenso al escuchar mis palabras, era clara señal de que la Criatura conservaba intacta su autosatisfacción; y no había terminado yo de hablar cuando comenzó otra vez:

—¡Oh la dicha, la dicha del Pensamiento! ¿Qué no puedo alcanzar mediante él? Su propio Pensamiento volviendo a él, transmitiendo su desprecio que no hace más que enlazar la felicidad.

¡Dulce rebelión! ¡Oh, el divino poder creador del Todo en Uno! ¡Oh, la felicidad, la felicidad del Ser!

—Ya ves qué poco has conseguido con tus palabras —dijo mi Maestro—. Si el Monarca acaso las comprende, las acepta como propias —pues no puede concebir a un otro— y se regocija en la diversidad de Pensamiento, creyendo que se trata de una instancia creativa. Dejemos ya que el Reino de El Punto se siga realizando en su ignorante omnisciencia y omnipresencia; nada de lo que tú o yo hagamos podrá rescatarlo de su autosatisfacción.



Luego de este episodio, mientras flotábamos de regreso a El Plano, podía escuchar la suave voz de mi Acompañante destacando la moraleja de mi visión y estimulándome a aspirar a más y a enseñar a otros a hacerlo también. Al principio, confesó, mi ambición de elevarme a otras Dimensiones más allá de la Tercera lo había irritado; pero desde entonces, había arribado a nuevas conclusiones y no era tan arrogante como para no poder reconocer un error a un Discípulo. Comenzó entonces a iniciarme en misterios más altos de los que había presenciado. Me enseñó cómo construir Extra-Sólidos a través del desplazamiento de Sólidos; y Doble Extra-Sólidos a través del movimiento de Extra-Sólidos, y todo “estrictamente de acuerdo a la Analogía”, todo a través de métodos tan simples, tan sencillos, que serían practicables hasta por una Mujer.

## 21 | Mi intento por enseñar la Teoría de las Tres Dimensiones a mi Nieto y los resultados

Me desperté extasiado, pensando en todo lo que tenía por hacer. Me pondría en acción de inmediato, me dije, evangelizaría a todo El Plano. Incluso proclamaría el Evangelio de las Tres Dimensiones a las Mujeres y los Soldados. Por lo pronto, comenzaría por mi Esposa.

Al instante de decidir el curso de mi plan de operaciones, escuché el sonido de un cúmulo de voces en la calle pidiendo silencio. Siguió una voz más alta. Era el Heraldito con su anuncio. Escuché con atención y reconocí las palabras de la Resolución del Concejo, que establecía el arresto, encierro o ejecución de cualquiera que, aduciendo haber recibido revelaciones de otro Mundo, pervirtiera las mentes de la población con ideas falsas.

Reflexioné. No se trataba de cualquier peligro. Tal vez era mejor evitarlo y, en lugar de mencionar mi Revelación, recurrir directamente al camino de la Demostración, algo que, después de todo, parecía tan simple y concluyente que nada se perdería descartando el primer paso. “Hacia Arriba, no hacia el Norte”, era la clave. Me había resultado bastante claro antes de dormirme; y al despertar, con el sueño aún fresco, parecía tan sencillo como la Aritmética. Pero por alguna razón ya no me parecía tan evidente ahora. Aunque mi Esposa entró, oportunamente, en la habitación en ese momento, decidí, después de intercambiar algunas palabras sobre temas irrelevantes, no comenzar con ella.

Mis Hijos Pentagonales eran hombres derechos y de carácter. Eran médicos exitosos pero no grandes matemáticos; en tal sentido, no resultaban los más adecuados a mi propósito. Sin embargo, se me ocurrió que un joven y dócil Hexágono, con algún conocimiento en matemáticas, sería un discípulo más idóneo. ¿Por qué no arrancar mi experimento con mi precoz Nieto, cuyas observaciones al pasar respecto al significado de 9 elevado al cubo la Esfera había aprobado? Sería seguro discutir el asunto con él, que era tan sólo un niño, pues nada sabía acerca de la Proclamación del Concejo; mientras que mis Hijos —cuyo patriotismo y respeto por los Círculos prevalecía al mero afecto filial— no dudarían en denunciarme al Prefecto, al saber que yo era la cabeza de la herejía de las Tres Dimensiones.

Pero el primer paso era satisfacer, de alguna manera, la curiosidad de mi Esposa que, naturalmente, deseaba saber algo acerca de la misteriosa visita del Círculo y cómo había logrado entrar a la casa. No me sumiré en los detalles sobre la intrincada

historia que inventé, que, desde luego, no se correspondía estrictamente a los hechos, como desearían mis Lectores de El Espacio. Es suficiente con decir que logré convencerla de volver a sus tareas domésticas sin hacer mención alguna acerca del Mundo de las Tres Dimensiones. Hecho esto, mandé a buscar a mi Nieto de inmediato, pues, a decir verdad, sentía que todo lo que había visto y escuchado, de alguna extraña manera, se me perdía —como una imagen que de un incitador sueño no logró captarse por completo— y anhelaba poner a prueba mi habilidad para convertirlo en mi primer discípulo.

Cuando mi Nieto entró en la habitación puse llave a la puerta. Me senté a su lado y tomé nuestros libros de matemáticas, o como los llamarían en El Espacio, las Líneas. Le dije que resumiría nuestra lección del día anterior. Otra vez le enseñé cómo un Punto, al trasladarse en Una Dimensión, forma una Línea; y cómo una Línea en Dos Dimensiones forma un Cuadrado. Luego de esto, forcé una risa y dije:

—Y ahora tú, bribón, querías hacerme creer que, de la misma manera, un Cuadrado, al trasladarse hacia Arriba y no hacia el Norte produce otra figura, una especie de extra Cuadrado en Tres Dimensiones. Dilo otra vez, jovenzuelo.

En este momento oímos otra vez la voz del Heraldillo proclamando la resolución del Concejo: “¡Oh sí! ¡Oh sí!”. Aunque era tan sólo un niño, mi Nieto era particularmente astuto para su edad —desde luego había sido educado en perfecta veneración a la autoridad de los círculos— y comprendió la situación con una rapidez y perspicacia para la que yo no estaba preparado. Permaneció en silencio hasta que el Heraldillo dijo sus últimas palabras y luego rompió en llanto:

—Abuelo querido —dijo—, sólo estaba bromeando; no quise decir nada con ello; y entonces no sabíamos nada acerca de la nueva Ley. Y no creo haber dicho nada acerca de la Tercera Dimensión; y de seguro no he dicho palabra acerca de “hacia Arriba, no hacia el Norte”. ¿Pues, qué tontería es esa? Hacia Arriba y no hacia el Norte. Aunque fuera un bebé no sería tan absurdo de creer algo así. ¡Qué tontería! ¡Ja ja ja!

—Ninguna tontería —dije perdiendo la paciencia—; si tomo este Cuadrado, por ejemplo —y tomé un Cuadrado movible que tenía a mano—, y lo muevo, no hacia el Norte, ¿ves?, lo muevo hacia Arriba; es decir, no hacia el Norte, pero lo muevo hacia algún lugar, no exactamente como éste pero similar.

En este momento, sacudiendo el Cuadrado sin sentido, llevé mi silogismo a una conclusión estúpida; esto para el asombro de mi Nieto, que soltó a reír y dijo que no le estaba dando una lección sino bromeando con él. Dicho esto abrió la puerta y salió de la habitación. Así finalizó mi primer intento por convertir a un Discípulo al Evangelio de las Tres Dimensiones.

## 22 | Mi intento por difundir la Teoría de las Tres Dimensiones por otros medios y los resultados

El fracaso con mi Nieto no me alentó a comunicar el secreto a los otros miembros de la familia, aunque tampoco me hizo perder las esperanzas. Lo único que deduje es que no podía fiarme por entero del latiguillo “hacia Arriba, no hacia el Norte”, sino esforzarme por buscar medios de demostración, de manera que el auditor tenga una visión clara del asunto; para esto me pareció necesario recurrir a la escritura.

Dediqué varios meses en soledad a la redacción de un tratado sobre los misterios de las Tres Dimensiones. Sólo que, para evitar problemas con la Ley, no hablé de una Dimensión física sino de una tierra del Pensamiento, donde, en teoría, una Figura podía mirar hacia abajo en dirección a El Plano y ver el interior de las cosas. Un lugar donde cabía la posibilidad de que exista una Figura que contuviera seis cuadrados y ocho puntos terminales. Pero en el desarrollo del libro me vi impedido en mi tarea por la imposibilidad de dibujar los diagramas necesarios; pues, desde luego, en nuestro país no existen libros sino Líneas; no existen diagramas sino Líneas. Todo es una Línea Recta y únicamente diferenciable por el tamaño y el brillo; de manera que, al finalizar mi tratado (que titulé *De El Plano a El Pensamiento*) dudaba de que muchos entendieran verdaderamente a lo que me refería.

Mientras tanto, un cielo gris acompañaba mis días. Perdí el gusto por todos los placeres; mis visiones me atormentaban y me inducían a cometer abierta traición, pues no podía sino comparar lo que veía en Dos dimensiones con lo que realmente era el objeto visto desde las Tres Dimensiones. Y desde ya, me era extremadamente difícil evitar hacer tales comparaciones en voz alta. Desatendía a mis clientes y a mi propia profesión para dedicarme a la contemplación de los misterios que alguna vez había habitado —y que no podía compartir— y que cada día me resultaba más difícil reproducir aun ante mi propio pensamiento.

Un día, casi once meses después de mi regreso de El Espacio, intenté ver un Cubo con mi ojo cerrado pero no pude; pensé que más adelante lo lograría; entonces no estaba tan seguro (tampoco lo estuve después) de que realmente había comprendido el cuerpo original. Esto me puso más melancólico que antes, y me convenció de dar un paso adelante, aunque no sabía cuál. Me creía dispuesto a sacrificar mi vida por la Causa, si así lograba alcanzar cierta convicción. Pero si no podía convencer a mi propio Nieto, ¿cómo podría convencer a los más altos y desarrollados Círculos del país?

Y aun por momentos me sentía tan fuerte de espíritu que le daba rienda suelta a palabras que no hacían más que ponerme en peligro. Ya no era considerado un heterodoxo sino un sospechoso de traición, de manera que conocía los riesgos de mi postura. De todos modos, por momentos, no podía evitar romper a hablar en lenguaje sospechoso y casi reaccionario, aun ante miembros de la sociedad Poligonal y Circular. Cuando, por ejemplo, surgía la pregunta acerca del tratamiento de aquellos lunáticos que decían haber recibido el poder de ver el interior de las cosas, solía citar el dicho de un viejo Círculo, que declaró que la mayoría siempre tilda a los profetas y los iluminados de locos. Y en ocasiones libraba expresiones del tipo: “el ojo que distingue el interior de las cosas” y “la tierra que todo lo ve”. Una o dos veces hasta pronuncié las palabras prohibidas: “la Tercera y la Cuarta Dimensión”. Por último, para completar una serie de indiscreciones menores, en una reunión de nuestra Sociedad de Especuladores, llevada a cabo en el palacio del mismo Prefecto, después de que algún necio leyera un escrito que precisaba las razones por la que la Providencia había limitado el número de dimensiones a Dos, y por las que el atributo de la omnivigencia era exclusivo del ser Supremo, me dejé llevar hasta narrar casi con detalle mi viaje a El Espacio, a la Asamblea en la Capital y de vuelta a El Espacio; de mi regreso a casa y de todo lo que había visto y oído, en visiones o en los hechos. Al principio, fingí estar describiendo una experiencia ficticia de una persona imaginaria; pero mi entusiasmo pronto me forzó a echar por tierra con los disfraces y, finalmente, en una arenga ferviente, exhorté a toda mi audiencia a deshacerse de sus prejuicios y creer en la Tercera Dimensión.

¿Necesito decir que fui arrestado de inmediato y llevado ante el Concejo?

La mañana siguiente, de pie en el mismo lugar donde meses atrás había estado junto a la Esfera, me fue permitido continuar, sin interrupciones, con mi historia. Pero desde el comienzo supe el destino que me aguardaba, pues antes de comenzar mi defensa, el Presidente, al notar que los policías presentes eran del mejor rango —de una angulación menor a  $55^\circ$ , cuanto mucho— ordenó que fueran reemplazados por oficiales de rango inferior: de 2.º o 3.º. Sabía perfectamente lo que ello significaba. Sería ejecutado o encarcelado, y mi historia sería ocultada destruyendo a los oficiales que la escucharan; dadas las circunstancias, el Presidente prefería perder a los oficiales menos valiosos.

Al finalizar mi defensa, el Presidente, tal vez percibiendo que algunos de los Círculos menores se habían conmovido con mi sinceridad, me hizo dos preguntas:

1. Si podía indicar la dirección a la que me refería cuando decía “hacia Arriba, no hacia el Norte”.
2. Si podía, a través de algún diagrama o descripción (diferente a la enumeración de los lados y ángulos imaginarios), indicar la Figura que gustaba en llamar

Cubo.

Declaré que no podía decir más nada, y que debía atenerme nada más que a la Verdad, cuya causa seguramente prevalecería al final.

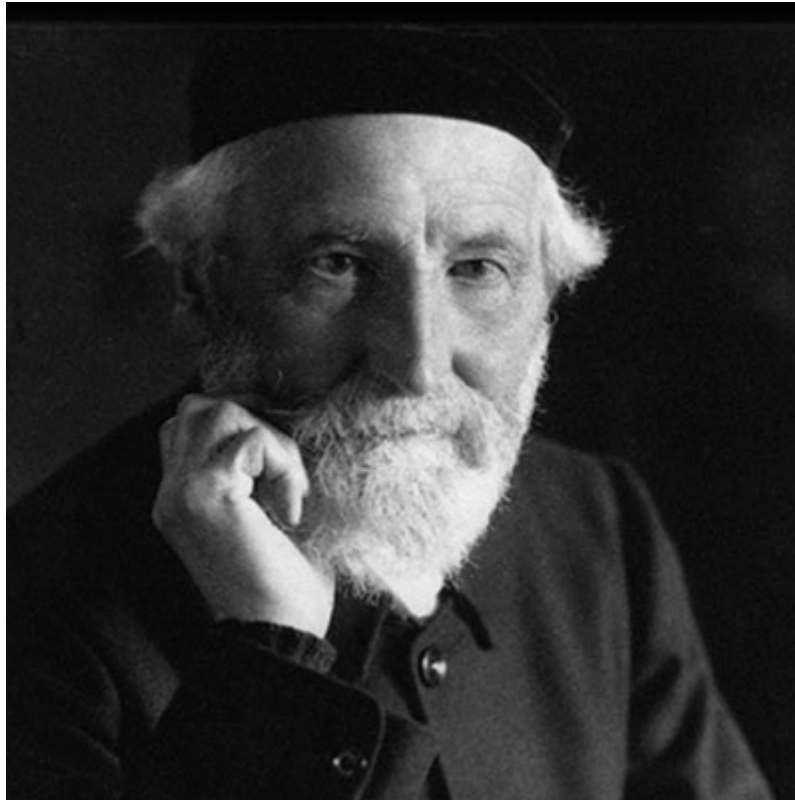
El Presidente respondió que comprendía mis sentimientos y me dio la razón. Sería sentenciado a prisión perpetua, pero si la voluntad de la Verdad era que recobrará mi libertad y evangelizara al mundo, debía confiar en la Verdad. Mientras tanto se me brindarían las comodidades necesarias, de manera que no sería necesario intentar una fuga; y, a menos que desaprovechara estos privilegios con mala conducta, ocasionalmente me estaría permitido ver a mi hermano, que me había precedido en prisión.

Siete años han pasado y sigo prisionero, y —excepto por las ocasionales visitas de mi hermano— he sido privado de toda compañía más que la de mis compañeros de celda. Mi hermano es uno de los Cuadrados más virtuosos: justo, sensible, alegre y afectuoso; aunque confieso que nuestras visitas semanales, al menos en un aspecto, me causan amargura. Estaba presente el día en que la Esfera se manifestó en la Sala del Concejo; vio las secciones de la Esfera cambiar; escuchó la explicación del fenómeno que se les dio a los Círculos. Desde entonces y durante siete años, cada semana me escucha repetir el rol que desempeñé en tal manifestación, junto con una completa descripción de los fenómenos de El Espacio, y los argumentos acerca de la existencia de los Sólidos derivados de la Analogía. Aún —y me avergüenza verme obligado a confesarlo— mi hermano no ha comprendido la naturaleza de las Tres Dimensiones, y francamente reconoce no creer en la existencia de una Esfera.

No tengo a nadie, entonces, a quien convertir y, por lo que puedo juzgar, la Revelación Milenaria me ha sido concedida en vano. Prometeo en el Espacio trajo el fuego para los mortales, pero yo —pobre Prometeo de El Plano— permanezco aquí encerrado por no haber podido traer nada a mis compatriotas. Aún, creo vivir de la esperanza de que estas memorias, de alguna manera, no sé cuál, encuentren su camino hacia las mentes de la humanidad de Alguna Dimensión, y den nacimiento a una raza de rebeldes que se nieguen a vivir confinados en una Dimensionalidad limitada.

Tal es la esperanza en mis mejores días. Pero no siempre es así. Por momentos me pesa no estar verdaderamente seguro del tamaño exacto del Cubo que, lamentablemente, vi sólo una vez. Y en mis sueños el misterioso precepto “hacia Arriba, no hacia el Norte” me acecha como una Esfinge devoradora de almas. Es parte del martirio que padezco por creer que existen momentos de pobreza mental, en los que Cubos y Esferas entran en la categoría de existencias imposibles; en los que la Tierra de las Tres Dimensiones parece tan irreal como la Tierra de Una Dimensión o Ninguna; en los que incluso estas duras paredes que me separan de la libertad, estos mismos cuadernos sobre los que escribo, y todas las realidades sustanciales de El Plano, parecen ser tan sólo productos de una imaginación enferma, o de un sueño

absurdo.



EDWIN ABBOTT ABBOTT (Londres, Inglaterra 20 de diciembre de 1838 - 1926), profesor, escritor y teólogo inglés, conocido por ser el autor de la sátira matemática *Flatland, romance of many dimensions (Planilandia, una novela de muchas dimensiones* 1884). Abbott era el hijo mayor de Edwin Abbott (1808-1882), director de la escuela de Filología Marylebone, y su esposa, Jane Abbott (1806-1882). Sus padres eran además primos hermanos.

Se educó en la City of London School y en el St John's College de la Universidad de Cambridge, en donde alcanzó los más altos honores en obras clásicas, matemáticas y teología, y fue nombrado *fellow* (en Oxford y Cambridge, profesores y alumnos de postgrado que participan del gobierno de la Universidad). En 1862 tomó los hábitos religiosos. Después de llevar a cabo estudios de postgrado en el King Edward's School de Birmingham, y en el Clifton College de Clifton, Bristol sucede a G. F. Mortimer como director del **City of London School** en 1865 con sólo veintiséis años de edad. Se convierte también luego en *Hulsean lecturer* (cargo teológico de la Iglesia de Inglaterra) en 1876.

Su trabajo más famoso, *Planilandia (Flatland)*: un romance de muchas dimensiones (1884), lo escribe bajo el pseudónimo de A. Square (Un. Cuadrado). El libro ha visto muchas ediciones, la novena edición de 1953 fue reimpressa por la editorial de la universidad de Princeton en 1991 con una introducción de Thomas Banchoff. *Flatland* es un cuento de las aventuras de un cuadrado en Lineland y Spaceland. En él Abbott intenta popularizar las nociones de geometría multidimensional pero el libro es también una sátira inteligente de los valores sociales, morales, y religiosos del



período.

Se retiró en 1889, y se dedicó a la literatura y las búsquedas teológicas. Las inclinaciones liberales del Dr. Abbott en teología eran prominentes en sus opiniones educativas y en sus libros. Su *Gramática Shakespeariana* (1870) es una contribución permanente a la filología inglesa. En 1885 él publicó una biografía de Francis Bacon. Sus escrituras teológicas incluyen tres romances religiosos publicados anónimamente : *Philochristus* (1878), *Onesimus* (1882), y *Sitanus* (1906).

Contribuciones más pesadas son la discusión teológica anónima *The Kernel and the Husk* (1886), *Philomythus* (1891), su libro *The Anglican Career of Cardinal Newman* (1892), y su artículo “los evangelios” en la novena edición de la Enciclopedia Británica, incorporando una visión crítica que causó considerable revuelo en el mundo teológico inglés. También escribió *St. Thomas of Canterbury, his Death and Miracles* (1898), *Johannine Vocabulary* (1905), *Johannine Grammar* (1906). Murió de una gripe.

# Notas

[1] El Autor desea agregar que las falsas ideas de algunos de sus críticos en esta materia lo han llevado a incluir, en el diálogo con la Esfera, ciertas observaciones que se relacionan con el punto en cuestión, y que previamente había omitido por considerarlas tediosas e innecesarias. <<

[2] “¿Qué necesidad hay de un certificado?”, podría preguntar un crítico de El Espacio. “¿Acaso el nacimiento de un hijo Cuadrado no es prueba Natural suficiente de la Regularidad del Padre?”. A esta objeción respondo que ninguna Señorita de clase contraería matrimonio con un Triángulo sin certificado. Hijos Cuadrados han nacido de Triángulos Equiláteros con alguna leve irregularidad; pero en prácticamente todos los casos la Irregularidad de la primera generación reaparece en la Tercera, lo que trae aparejada la imposibilidad de alcanzar el rango Pentagonal, o el retroceso a la clase Triangular. <<

[3] Cuando estuve en El Espacio supe que algunos de los Círculos Sacerdotales también poseen una entrada reservada a los Granjeros, Aldeanos o Maestros de Internados (Spectator, Sept. 1884, p. 1255) por la que deben entrar “de manera apropiada y respetuosa”. <<

[4] Cuando digo “sentado”, desde luego no me reitero a un cambio de posición como el que implica para ustedes en El Espacio; puesto que no tenemos pies, no podemos “sentarnos” o “ponemos de pie” (en su sentido de la palabra) más que sus suelas. De todas maneras, comprendemos perfectamente los diferentes estados que implican los movimientos de “acostarse”, “sentarse” y “ponerse de pie”, que el observador reconoce a través de un ligero aumento del brillo correspondiente al incremento de la voluntad. Pero el tiempo me impide extenderme en éste y en otros miles de asuntos por el estilo. <<